

ESTAR RODEADO DE GENTE
PUEDE HACERTE SENTIR MÁS SOLO QUE NUNCA

Primavera en Tokio

Andrea Izquierdo

Ilustraciones de
Elena Pancorbo



NOCTURNA
EDICIONES

Primavera en Tokio

Andrea Izquierdo

Primavera en Tokio

Ilustraciones de Elena Pancorbo

NOCTURNA
EDICIONES



© de la obra: Andrea Izquierdo, 2018

© de las ilustraciones: Elena Pancorbo, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, ese. deha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: octubre de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-74-3

Depósito Legal: M-29544-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

www.conlicencia.com

91 702 19 70 / 93 272 0447).

Para Julia, por creer en mí cuando yo dejé de hacerlo.
A veces, para salvar una relación hay que sacrificarla primero.

COLLEEN HOOVER,

Confess





PROTAGONISTAS



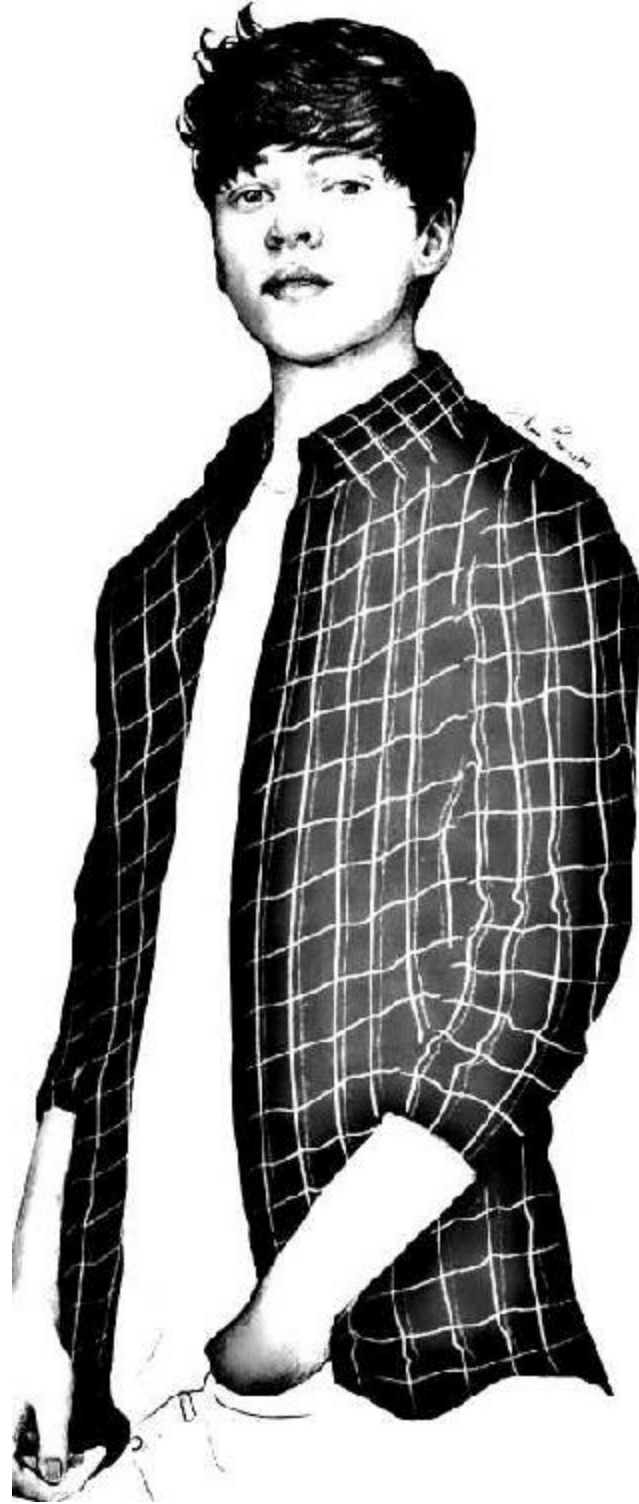
LILY



AVA



KANNA



TOM



NATE



JORDAN



XIMENA



JASMINE



OLIVER



ALICE

Nunca habría pensado que sería capaz de hacer algo así, pero me equivocaba.

En el suelo, Patrick permanece inmóvil, tumbado de lado en una posición extraña, y sigue respirando. Tiene los ojos cerrados y la expresión tranquila, por lo que parece estar durmiendo plácidamente, como si no acabara de secuestrar a una menor de edad.

Podría haber elegido golpearle en las rodillas o en el estómago. De hecho, habría sido mucho menos arriesgado inclinarme por esas partes del cuerpo, pero en cuanto he llegado a casa de la familia Roy y he visto que se habían confirmado mis sospechas, he ido directa a la cabeza. Tenía miedo. Y lo sigo teniendo, aunque la policía ya está de camino. No lo he hecho por venganza, sino porque estoy aterrorizada.

En cuanto Tom me escribió diciéndome que su hermana estaba en peligro, salí disparada en dirección a su casa. No tenía más datos, sólo sabía que había que encontrarla como fuera. Y lo conseguí después de una carrera contrarreloj desde el centro de Londres hasta un barrio residencial de las afueras, donde vive la familia de Tom. Los llamé al instante para que se aseguraran de que su hija estaba en casa. A fin de cuentas, también cabía la posibilidad de que el secuestro fuese una mentira de Patrick.

Sus padres insistieron en que no había salido, con un tono bastante molesto, pero fue al encontrar su habitación vacía cuando tanto ellos como yo nos alarmamos de verdad. En el momento en el que salieron a la calle, yo estaba bajándome del taxi para unirme a ellos. Por fortuna, a esas horas había menos tráfico del que esperaba; las calles estaban desprovistas del bullicio

habitual durante el día.

Buscamos a su hija durante unos minutos. No podíamos imaginarnos lo que encontraríamos cuando diéramos con Ximena. Ni siquiera nos hacíamos una idea de dónde la tendría, aunque supuse que no podría haber llegado muy lejos. Y así fue. Nos dividimos para ir cada uno por una calle, y nada más torcer una esquina los vi a los dos. Estaban agazapados, escondidos tras unos grandes cubos de basura.

En el rostro de ella percibía el terror; en el de él, la rabia acumulada, el nerviosismo previo a que un plan aparentemente programado a la perfección pueda salir mal.

No me lo pensé dos veces: corrí hacia ellos y grité para avisar a sus padres. Apenas recuerdo las palabras que intercambié con Patrick, porque ni podía mirarle a la cara de lo furiosa y asustada que me hallaba.

Por lo que luego me explicó Ximena entre lágrimas, al menos no había sufrido ninguna agresión física. Sin embargo, saltaba a la vista que no estaba bien emocionalmente. A las incesantes preguntas de sus padres sobre si necesitaba ropa de abrigo, agua o cualquier otra cosa respondía todo el rato negando con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra, con las manos temblorosas y los dientes castañeando.

Ahora me acerco a mirar el cuerpo de quien ha sido mi pareja y compañero de trabajo. De la cabeza de Patrick no emana sangre, una certeza que sólo me tranquiliza hasta cierto punto; lo más probable es que sólo esté desmayado por el golpe que le he dado en cuanto ha intentado huir al verme. Supongo que para cuando recupere la consciencia y se ponga en pie, la policía ya estará aquí. No pueden tardar mucho más, los he llamado hace apenas dos minutos y hay una comisaría en el barrio.

Lo dejo de nuevo en el frío suelo de la calle, tumbado, y regreso hacia donde se encuentra Ximena con su familia. Ella retuerce las manos nerviosa, con ansiedad, antes de buscarme con ambas para que me acerque y la abrace. Desde que la conozco, siempre me ha parecido muy fuerte, incluso en ocasiones excesivamente estoica, pero ahora sus barreras parecen haberse desmoronado por completo. Es esa imagen, y no la de Patrick inconsciente, lo que más me impresiona.

—Ya está, ya ha pasado —le intento asegurar por quinta vez, pero ella no deja de inspirar y espirar muy deprisa. Casi no le quedan lágrimas por llorar.

Está empezando a amanecer, pero los vecinos todavía duermen en sus casas. Supongo que hemos tenido suerte porque no se haya montado un

espectáculo ni nada que suscite habladurías. A nuestro alrededor, el mundo parece haberse congelado: calles desiertas, ventanas a oscuras, coches inmóviles y una leve brisa gélida que todavía parece muy lejos de la primavera.

Por mi parte, lo único que quiero es que todo esto termine cuanto antes.



UNOS MINUTOS ANTES

Las luces que destellan a mi alrededor ciegan mi mente. No me dejan pensar. Me abruma hasta un punto en el que dejo de sentir el dolor por el golpe que he recibido en la cara y no logro concentrarme en mi respiración tras correr desesperadamente en busca de Nate. Es demasiado tarde para alcanzarlo.

Me siento como si acabara de estallar una bomba a escasos metros de mí y no sé qué hacer ni adonde ir. Me pitan los oídos y eso hace que esté mareado. Tengo la sensación de que mi cabeza no para de dar vueltas, a pesar de que estoy inmóvil.

No me quedan fuerzas para reflexionar con claridad sobre todo lo que acaba de ocurrir, pero me obligo a hacerlo porque necesito determinar qué hacer. Intento pensar en mi hermana, en si estará bien. Sin embargo, por más que procuro evitarlo, en mi cabeza sólo desfila la cara de Patrick. Su ambición desmedida ha sido la culpable de que estemos aquí en este instante.

Cuando mi mejor amigo, Finn, murió en un accidente de avión, la tragedia terminó siendo para su agente, Patrick, una vía fácil de lucrarse, de convertir su luto en un negocio.

Al igual que yo, Finn tenía un canal de YouTube muy famoso y el accidente hizo que sus interacciones en las redes se dispararan. A Patrick no le costó mucho empezar a utilizar aquello para su propio beneficio. Todos los medios se peleaban por hacerse con exclusivas sobre su vida, en especial aquello que él no había compartido por las redes sociales. Los archivos de los vídeos que nunca había llegado a publicar súbitamente parecían haberse convertido en

una reliquia a la espera de una puja lo bastante alta para ganar la subasta. Pensé que con el tiempo todo se calmaría, tenía la esperanza de que eso ocurriera..., pero los acontecimientos de los últimos días me han demostrado lo contrario.

La avaricia de Patrick le ha consumido. Se ha dejado arrastrar por la obsesión que ha germinado poco a poco en su interior sin que nadie se diera cuenta, hasta el punto de incluso drogar y manipular al novio de Finn, Nate, ahora vulnerable a su control. Para colmo, ha ido contra Ximena. Mi hermana pequeña, sí, a la que siempre he intentado mantener apartada de todo este mundo, que ahora mismo se encuentra en manos de un psicópata.

La llamada con Ximena se ha cortado y no hay forma de contactar con ella. Nate ha huido en un estado muy peligroso para su salud, y ahora mismo creo que sería capaz de cualquier cosa. No quiero darle más vueltas, pero al mismo tiempo no puedo sacarlo de mi cabeza. La idea de que Nate necesita ayuda y no sé dónde está es como una jaqueca persistente en la que no quieres pensar, pero que, por desgracia, se niega a permitirte que dejes de hacerlo. ¿Cómo voy a ayudar a cualquiera de los dos si ni siquiera soy capaz de mantener el control?

Contemplo el teléfono de Lily, donde hace unos momentos sonaba la voz de mi hermana. No sé qué hacer, no puedo pensar con claridad. Miro de nuevo en derredor, como si eso fuera a solucionar algo, y siento que la rabia empieza a crecer dentro de mí. El culpable de todo esto es Patrick, pero soy consciente de que sin la ayuda de Jordán no habría conseguido llevarlo a cabo él solo.

Camino por los pasillos sin controlar apenas mis movimientos, simplemente dejándome llevar por la impotencia. Esquivo un par de viejos neones con los que estoy a punto de chocar y busco por todas partes la cara de Jordán. Del verdadero traidor. Sería mejor quedarme quieto y esperar a oír sus pasos, pero no puedo hacer eso. No ahora. Mi hermana está en peligro, Nate ha desaparecido y lo único que tengo ganas de hacer ahora mismo es partírle la cara al cabrón que ha estado organizando todo desde aquí. Sin embargo, por más vueltas que doy por el museo, no lo encuentro por ninguna parte. Es como si él y Nate se hubieran desvanecido.

A mi lado, Lily intenta seguirme el ritmo. Veo que está mirando algo en mi teléfono y la observo, alarmado, por si son noticias sobre mi hermana. Pero ella niega con la cabeza en cuanto lee la pregunta que sólo mis ojos han formulado.

—No puedo más —murmuro, bajando los hombros. De pronto, me doy

cuenta de que he mantenido mis músculos en tensión y siento un alivio momentáneo cuando los relajo.

Ella se acerca y me abraza. Le devuelvo el achuchón con torpeza, en parte porque no esperaba algo así y en parte por el aturdimiento.

Tras la descarga de adrenalina inicial, ahora me encuentro débil y fuera de lugar, como si todo esto estuviera sucediéndole a otra persona y mi papel se limitase a contemplarlo con angustia.

—¿Qué hacemos? —me pregunta con tacto—. He escrito a Alice. Acaba de salir en dirección a tu casa.

Justo eso es lo que quiero saber: qué tengo que hacer. Ojalá alguien viniera y me dijera el paradero exacto de Nate y mi hermana, o me llegara un mensaje al móvil con las instrucciones para localizarlos. Creo que nunca me había sentido tan perdido.

—Salgamos de aquí —propongo, y sé que por mi tono seco suena más como una orden.

La gravilla cruje bajo nuestros pies. Es el único sonido que nos acompaña hasta que encontramos la salida. Allí, unos tornos de unos dos metros de altura imposibilitan la entrada, pero Lily no duda en escalarlos grácilmente. Con menos destreza, imito sus movimientos como puedo y mis rodillas suenan cuando me dejo caer en el otro lado. Supongo que en algún momento revisarán las cámaras de seguridad y nos pillarán haciendo esto... Pero, por otro lado, no ha sonado ninguna alarma, así que es posible que Jordán haya estado toqueteándolas. Ahora que lo pienso, ¿no es raro que nadie más que nosotros entrara esta noche en el museo?

—No puede estar muy lejos —digo.

Intento buscar algún tipo de pista, algún indicio que me lleve a donde Nate ha huido o a la ubicación de Jordán. Sin embargo, no me resulta tan fácil como parece en las películas de acción. No hay huellas ni ningún tipo de objeto personal que pueda conducirme a ellos. Aquí sólo destacan un cartel en la entrada, con el aviso de que el museo está cerrado, y unas luces en la acera de enfrente que iluminan el acceso a almacenes en desuso. Estamos sólo a varias calles del centro de la ciudad, pero la sensación es la misma que si nos encontráramos en un polígono industrial.

—Tom...

Sé que decir mi nombre en voz alta es la forma que tiene Lily de advertirme de que ya no hay nada que podamos hacer para dar con ellos. A estas alturas podrían estar en una calle llena de cientos de personas,

sumándose a las celebraciones nocturnas de Las Vegas para pasar desapercibidos.

Estoy tan bloqueado que, a pesar de que no me he movido todavía del sitio, no dejo de mirar a mi alrededor. Un coche deportivo pasa a nuestro lado con la ventanilla bajada y la música a tope. Cuando gira a la derecha, el sonido se pierde a los pocos segundos y me devuelve a la realidad.

Es en ese preciso instante cuando pienso en que sólo hay una persona capaz de sacarme de esta pesadilla, la única en la que puedo confiar completamente: Alice.



NATE

Hacer listas me...

... ayuda a pensar con claridad.

Estoy perdido en una ciudad que no conozco, no sé cómo he llegado ni qué hago aquí.

Es de noche y tengo sueño, pero del tipo de sueño del que...

... nunca quieres regresar.

Hay alguien que me sigue.



LILY

Tom mantiene la mirada fija en la ventanilla del avión, pese a que no se ve nada más que oscuridad y nubes. Todavía no ha amanecido y calculo que aún deben de faltar un par de horas para que salga el sol, como mínimo. Aun así, no ha despegado los ojos del horizonte.

Ni siquiera ha tratado de conciliar el sueño, aunque sé que necesita un descanso, porque de vez en cuando los párpados se le entornan con pesadez. Entre las manos juguetea con su móvil. Es consciente de que está apagado y no hay nada que pueda hacer para contactar con el exterior hasta que lleguemos a Londres, pero lo sigue manteniendo cerca de él como si fuera a sonar en cualquier momento con noticias de su hermana. Veo que desvía la vista del horizonte para observarlo durante unos segundos. Le da la vuelta, le quita la funda y lo limpia por la parte trasera con aire distraído.

La decisión de dejar a Nate atrás ha sido demasiado complicada para él, pero no teníamos más alternativa. Desapareció en cuestión de segundos, como si se lo hubiera tragado la tierra. ¿Dónde estará ahora? ¿Vagando por las calles de Las Vegas? ¿Escondido en algún callejón? ¿Rodeado de desconocidos? ¿Habrán ido Jordán a buscarlo? ¿Lo habrá encontrado? Y lo más importante..., ¿estará a salvo?

Sé que esas son las preguntas que impiden dormir a Tom. Por más que hayamos dado vueltas por el Museo del Neón e intentado seguir la pista de Nate, no hemos conseguido encontrarlo. Y no hay ninguna otra manera de contactar con él. Al avisar a Alice de lo ocurrido, al menos nos ha dado una noticia tranquilizadora: Ximena está bien, se encuentra con sus padres y ellos se están encargando de todo.

Pero nadie sabe nada de Nate.

Ahora que no hay nada que Patrick pueda hacer desde Londres, Nate tendría que hallarse a salvo. Sin embargo, la sensación es la contraria porque, si le ha pasado algo, no hemos podido hacer nada. Pero ¿y si podíamos haberlo hecho? Sé que eso es lo que más carcome a Tom. Llamar a la policía sólo habría empeorado las cosas.

Me habría gustado quedarme en Las Vegas con Connor y ayudar en la búsqueda, pero ¿de verdad habría servido de algo que caminara a ciegas por una ciudad llena de gente en busca de un chico al que podría considerar un desconocido? Además, había algo que tenía que hacer.

Mi amiga Ava, compañera de clase en la Universidad de South Kensington, se marchó antes de Las Vegas sin más explicaciones que un escueto mensaje sobre que regresaba a Copenhague. Sin embargo, tendrá que pasar antes por Londres. Lo más probable, dado que su vuelo salió hace ya varias horas, es que esté a punto de aterrizar.

Puesto que en el hotel Ellesmere siguen todas sus pertenencias, mi única esperanza es que haya ido a recogerlas antes de dejarlo todo atrás. No puedo decir que esté segura de ello, pero no tendré que esperar mucho para averiguarlo: sólo las horas de vuelo que nos separan de la ciudad que ha sido mi casa durante estos meses.

Dada la situación, Connor ha vuelto en coche a su casa en California, de manera que casi estamos cada uno en una punta del mapa. Y Tom y yo mirando el reloj, encerrados en este avión, como si eso fuese a acelerar por arte de magia el paso del tiempo.

Me revuelvo en la manta que nos han dado las azafatas. El tejido es más suave que las que reparten en clase turista, y al pensarlo me planteo cuánto dinero se habrá gastado la agencia de Tom para pagarnos dos billetes en primera clase, en el último momento y en estas fechas. Ya ha pasado el Año Nuevo y todo el mundo regresa a sus casas después de unas vacaciones en Las Vegas. A juzgar por las caras de los viajeros ojerosos que apoyan la frente contra las ventanillas, más de uno empezará el año en Londres con una buena resaca.

Pienso en la ciudad que dejo atrás y en todas las facetas suyas que he visto. He experimentado su amanecer silencioso, cuando todavía es demasiado pronto para que Las Vegas se desperece, pero demasiado tarde para que siga despierta. También las fiestas, los casinos, la azotea de la torre Stratosphere... Al pensar en ello, recuerdo el momento en que Meredith y Ava compartieron

un beso por la noche, frente a las fuentes del hotel Bellagio, y también la traición de Meredith con Oliver, mi exnovio. Recuerdo todo lo que le han hecho a Ava...

Tom estira las piernas y deja de mirar por la ventana para buscar mis ojos. Me fijo en que los tiene rojos de llorar y del cansancio. Es increíble que acabe de salir de un programa televisivo en el que los tenían las veinticuatro horas controlados; desde que nos hemos visto, no ha tenido ni un segundo para descansar. ¿Cómo podrá seguir despierto? Estira la mano para coger la mía y agradezco el roce de su piel tibia.

—¿Cómo estás? —me pregunta en voz queda.

Me encojo de hombros. No tengo respuesta. Todo lo que ha pasado en las últimas horas es demasiado absurdo para resumirlo en pocas palabras.

—¿Cómo estás tú?

Tom niega con la cabeza, sin añadir nada más.

De fondo solo se oye el ruido de los motores del avión surcando el aire a cientos de kilómetros de velocidad.

—Ximena estará bien, Tom, de verdad. Ya sabes que Alice se está encargando de todo —insisto. Su hermana siempre ha sido la persona más protegida de su familia y el punto débil de Tom. Después de lo de Oliver, sé que se desvive por que no le ocurra nada y no me puedo imaginar la angustia que habrá pasado en el transcurso de estas horas, cuando creía que estaba secuestrada.

—Nunca un vuelo se me ha hecho tan largo como este. ¿Crees que si..., si enciendo el móvil funcionará Internet? Aunque tenga que gastarme una pasta por estar utilizándolo en otro país. No me importa.

Lo último que quiero es darle falsas esperanzas, así que respondo con sinceridad:

—La verdad es que no creo que funcione... Y no deberías encenderlo, por seguridad.

Tom traga saliva y continúa dándole vueltas entre los dedos de su mano derecha. La izquierda la sigue manteniendo con la mía.

—Lo siento —musita, y lo miro arqueando una ceja como pregunta—. Una vez más, te he arrastrado a mis problemas.

Resoplo.

—No digas eso, Tom. Vine a Las Vegas por un motivo totalmente diferente.

—Pero fíjate por cuál vuelves —me corta, sin levantar la voz para no llamar la atención. A nuestro alrededor hay mucha gente durmiendo y las luces

del interior del avión llevan un buen rato en modo nocturno.

—Eso no es verdad —replico—. Viajé a Las Vegas para pasarlo bien con mis amigas, no sabía que estabas ahí, y vuelvo porque Ava se ha marchado.

—¿Y por qué se ha marchado?

Veo por dónde quiere ir Tom, pero no voy a dejar que se castigue por algo que no ha hecho.

—Por Oliver y Meredith. No tiene nada que ver contigo. Oliver sería igual de gilipollas hubieras aparecido tú en mi vida o no.

Suelta aire y relaja la frente, pero sigue tenso.

—Creo que te vendría bien descansar, de verdad. El móvil no va a sonar y yo te despertaré cuando aterricemos si es que sigues durmiendo.

—No puedo.

Sus ojos dicen lo contrario, pero no añade nada más. Miro al frente sin saber qué contestar. Ninguno de los dos ha hecho amago de curiosear entre las películas, series y juegos que ofrecen las pantallas del vuelo. No las hemos tocado más que para consultar ansiosamente la trayectoria y las horas que nos faltan.

Un par de azafatas pasan en silencio por nuestro lado, con pisadas inaudibles por la mullida alfombra que recubre el suelo. Me incorporo en el asiento, mirando a mi alrededor y hacia atrás para constatar que casi todo el mundo sigue dormido. En Las Vegas son las cuatro de la mañana y no me importaría dejarme llevar por el horario norteamericano, pero tengo que aguantar despierta si quiero acostumbrarme rápido al inglés.

La mano de Tom continúa junto a la mía. Cuando me la quedo mirando, él mismo se percata de ello en ese momento, pero no la aparta.

—Lo siento mucho, Lily —repite—, por todo. Creo que me paso el día disculpándome, pero siento que tengo que hacerlo. Te he metido en un mundo que no es el tuyo y no sé si es esto lo que quieres. Dímelo, por favor.

Me quedo paralizada. Esas palabras son lo último que se me ocurriría que iba a decir. No sé si me está preguntando si quiere que sigamos juntos de forma indirecta o simplemente tanteando el terreno para ver en qué punto nos encontramos.

—La verdad es que no sé lo que quiero.

Soy directa y sincera porque no quiero decir algo que no pienso. Después de tanto tiempo estando cada uno por nuestra cuenta, había conseguido pasar página, aunque todavía lo recordara. Como una vez nos dijimos, que nos hubiéramos separado no significaba que nos hubiéramos olvidado...

—Dime si me quieres a mí. Con eso me basta.

Lo miro a los ojos. Tiene el pelo revuelto y algunos mechones le caen hacia delante, tapándole parcialmente la vista, pero mantiene los ojos muy fijos en mí. Podría reconocer ese tono exacto de verde entre cientos de tonalidades distintas.

A veces se dice que, si tienes que plantearte si quieres a alguien, tú mismo te estás dando la respuesta: no. Pero yo siempre he creído que no es así. Plantearte si quieres a una persona te hace reflexionar sobre todo lo que habéis vivido, porque el corazón no siempre tiene la respuesta.

Tras varios segundos en silencio, sin dejar de mirarle, asiento.

—Sí —susurro. Mi voz suena diferente, quebrada, como si estuviera a punto de llorar.

No puedo ignorar la realidad. Hemos pasado muchas cosas juntos, hemos superado momentos muy difíciles y, aunque nuestra relación ha sido extraña, no puedo negar que hay algo dentro de mí que no consigue olvidarlo.

No me da tiempo a pedirle que él también responda a esa pregunta porque lo hace al instante:

—Yo también te quiero.

Es entonces cuando me doy cuenta de hasta qué punto he estado obligándome a esconder lo que sentía y lo mucho que necesitaba escuchar esas palabras.

Me acerco hacia él y lo beso. Por unos segundos, en la oscuridad del avión, olvido todo lo malo que nos ha pasado, todo lo que ha intentado separarnos. Pierdo la cuenta de las veces que por causas ajenas a nosotros hemos tenido que decirnos adiós durante un tiempo. Simplemente lo beso, sin pensar.

Tom aprieta sus labios contra los míos y noto que está llorando cuando me separo de él. Apoyo la cabeza en su hombro y permanecemos un largo rato en silencio. Él me acaricia el pelo, bajando la cabeza de vez en cuando para besarme de nuevo, y yo cierro los ojos, inmersa en este insólito momento de paz hasta que me quedo dormida.



AVA

En la oscuridad de la habitación se enciende una tenue luz que ilumina el techo. En cualquier otra situación, habría girado sobre mí misma para descubrir el origen, pero no tengo ninguna necesidad de hacerlo. Lo sé muy bien.

La luz continúa alumbrando durante más de cinco segundos, lo que indica que no he recibido un simple mensaje, sino que me están llamando. Aquí es tarde, pero es normal que contacte conmigo a estas horas de la noche. No sabe que justo ahora podría estar durmiendo.

Panda se remueve en la mesa. No sé si la luz le habrá despertado o si sólo es una forma de hacerme ver que él está igual de despejado que yo. Es la una de la madrugada, tampoco es tan tarde, pero aquí las cosas llevan un ritmo distinto.

Miro a mi izquierda, con cuidado de no moverme para no despertar a la persona que está a mi lado. Respira con fuerza, sin llegar a roncar. Está tumbada sobre su hombro derecho y duerme apoyada en el antebrazo, con el codo ligeramente doblado. Aunque no ha parado de dar vueltas desde que se ha acostado, su pelo sigue perfectamente peinado, como si se lo acabara de cepillar.

Me fijo en que no se ha desmaquillado antes de irse a dormir. Se lo he dicho mil veces, pero nunca me hace caso. El delineador continúa durante casi un centímetro desde el final de su ojo, y su piel está ligeramente sombreada bajo los pómulos. Mañana, la almohada volverá a estar manchada de su maquillaje, pero ya ha comenzado a convertirse en algo habitual.

La llamada debe de cortarse en algún punto en el que la estoy observando,

porque de pronto mis ojos vuelven a toparse con la completa oscuridad de la habitación de hotel.



LILY

Cuando salta el contestador, no me sorprende. De hecho, más que enfadarme porque Ava no responda mis llamadas, me siento estúpida. ¿Cuánto tiempo llevo insistiendo para contactar con ella? ¿Cuántas veces me ha dejado claro que no quiere saber nada de mí?

En realidad, nunca. No he vuelto a saber de ella desde que se fue de Las Vegas diciendo que tenía que regresar a Copenhague, y me enteré de que había pasado por el hotel porque todas sus cosas habían desaparecido de la habitación que compartíamos. Además, se había llevado a Panda, lo que significaba que aquello era definitivo; Ava es incapaz de estar separada de su mascota más de una semana.

Los primeros días pensé que simplemente necesitaba desconectar. Desaparecer. Empecé a preocuparme de verdad cuando pasó medio mes y seguía sin recibir noticias suyas. Mis mensajes le llegaban y su móvil estaba encendido porque sonaban mis llamadas, pero jamás las devolvía. Ni siquiera para decirme que estaba bien.

El suelo de Oíd Brompton Road sigue lleno de charcos por la lluvia que ha caído durante la noche y los voy esquivando para no calarme las zapatillas. Me las compré a las pocas semanas de llegar a Londres en otoño, pero deben de tener una pequeña fisura en algún sitio, porque al pisar agua siempre me mojo los calcetines. No obstante, me gustan demasiado para tirarlas.

Miro el móvil una última vez antes de guardarlo en el bolsillo, entre frustrada y triste. El reloj apenas pasa de las cinco de la tarde y en la calle todavía luce el sol como si fueran las doce. Los días se están alargando poco a poco, y me pone feliz. Me encantan la lluvia y las tormentas, pero echo de menos sentir los rayos de sol sobre mi cara. En Madrid ni siquiera pensaba en

ello, pero tras varios meses aquí mi cuerpo se activa cuando hay luz. Las casas blancas lo reflejan, lo que hace que tenga que entrecerrar los ojos para que no me moleste.

Me detengo en un semáforo en rojo y recibo un golpe de una persona que viene por detrás cuando se pone verde sin que me dé cuenta.

—¡Despierta, tía! —me grita, cruzando a toda prisa.

Me he quedado ensimismada en mitad de la calle y retomo el camino de vuelta al hotel Ellesmere con la cabeza gacha. Lo conozco de memoria; ya lo he hecho muchas veces. No es el recorrido más rápido para regresar a casa desde el famoso cementerio de Brompton, pero sí el más agradable, siempre y cuando alguien con prisa no te dé un empujón.

Visitar la tumba de uno de mis autores de ciencia ficción favoritos puede parecer un pasatiempo un poco macabro, pero yo lo veo más como un homenaje. Tras numerosas investigaciones sobre la vida en otros planetas, decidió dejarlo todo para dedicarse a la compraventa de artículos de segunda mano, antigüedades sobre todo, hasta que murió en Londres en 1849. Cada vez que tengo un rato libre, aprovecho para escaparme y dar un paseo por el viejo cementerio, que desde hace años se ha convertido en un parque.

Sin embargo, hoy hay algo raro en el ambiente. O quizá soy yo, que lo percibo todo de la peor manera posible por haber llamado a Ava de nuevo y, como siempre, sin éxito.

Tal vez mi amiga hablara en serio cuando dijo que quería huir, dejar atrás su antigua vida. En ese caso, ahora mismo estaría en Copenhague, pero... ¿por qué no me envía un mensaje, ni siquiera para decirme que está bien? Su matrícula universitaria ha sido cancelada y ha dejado de aparecer en las listas de clase. En cierto modo, es como si nunca hubiese existido.

«Pero no puedes huir de todo, Ava, y abandonar una ciudad cada vez que surgen complicaciones —me digo, y suelto un suspiro—. Abandonar a todos los que dejas atrás y dar por hecho que ya no van a preocuparse por ti».

Cambio de acera para encaminarme hacia el hotel, invadida por un repentino sentimiento de soledad que me produce un fuerte dolor de estómago. La calle está llena de gente, pero yo me siento completamente sola.

No es sólo por Ava. He perdido el contacto con mis amigas de Madrid. Ya apenas hacemos videollamadas ni nos escribimos porque la distancia ha hecho que nos separemos, que no tengamos la relación de antes. Las últimas veces que hablamos, la mayor parte de la conversación apuntaba siempre hacia Tom Roy, de modo que no me sentía cómoda hablando con ellas cuando sólo

querían saber de mi vida por haber estado saliendo con una persona famosa en Internet.

Por supuesto, no hace falta ni que mencione a Meredith o al grupo de Martha. Prefiero no cruzar la mirada con esa gente cuando me la encuentro por el hotel. Y supongo que ese desagrado también contribuye a mi soledad; antes hubiera compartido mi malestar con Ava, pero ahora...

Aparte de mis padres y mis abuelos, Connor ha sido mi mayor apoyo. De hecho, si no fuera por él, estaría prácticamente sola en la universidad. La marcha de Ava no le pilló por sorpresa porque la había presenciado en persona en el aeropuerto de Las Vegas, pero lo he notado un poco diferente desde entonces. Por lo menos, eso ha hecho que nos juntemos y nos apoyemos más entre nosotros que antes.

Y luego está Tom. Desde que regresamos de Las Vegas, lleva semanas desaparecido para ocuparse del asunto de Patrick. Por suerte, el caso no se filtró y todo quedó entre nosotros. El antiguo agente de Finn fue detenido por retener a Ximena, menor de edad, y diagnosticado con bipolaridad severa y un brote psicótico. Lleva ya tres meses en la cárcel. Lo único que sé del tema es lo que Tom me contó en un correo electrónico a los pocos días de volver: Ximena está bien, pero todavía no tienen pistas del que fuera el novio de Finn. A no ser que se hayan producido novedades sin que me haya enterado, no han conseguido encontrar a Nate ni tampoco a Jordán.

Eso es todo lo que sé sobre él. Lo que sí que me duele es que Tom no se haya vuelto a poner en contacto conmigo desde entonces, sobre todo después de nuestra conversación en el avión. En una ocasión estuve tentada de ir a la agencia de Alice para verlo en persona y preguntarle si había aparecido Nate. Sin embargo, decidí no hacerlo. Las cosas parecen haberse calmado y Patrick ya está pagando por lo que hizo en Las Vegas, aunque su condena se ha visto reducida por el diagnóstico médico que había recibido. El único cabo suelto que ha quedado es Nate.

En el fondo, no me gusta sentirme así. Pero por más que intente engañarme, sé que no estoy molesta porque no haya vuelto a hablarme, sino por los rumores que están circulando en Internet. Nunca me habría descrito como una persona celosa... hasta que han empezado a aparecer fotos de ellos dos juntos.

Al principio las ignoraba, porque era algo normal: Tom caminando con Jasmine por Londres, uno al lado del otro sin rozarse. No me sorprendió, sobre todo porque sabía que unos meses atrás, en la agencia, habían recomendado a Tom fingir una relación con Jasmine para que la película en la

que ambos iban a aparecer tuviera una mejor acogida. Es decir, por mera publicidad.

Sin embargo, en las últimas semanas las cosas han cambiado. En las fotos ya no aparecen caminando por la calle, sino de la mano o incluso abrazados en un portal.

Ni siquiera había prestado atención a las imágenes conforme iban surgiendo, sólo las había visto porque me crucé con ellas en Twitter..., hasta que hace unos días apareció la del beso.

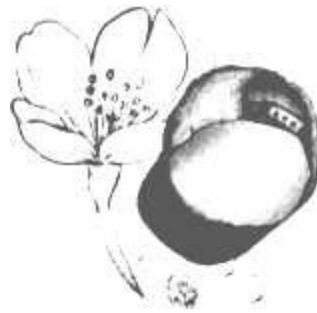
No era una imagen particularmente romántica ni hecha a escondidas por un paparazzi. Era una foto de Tom y Jasmine, en mitad de la calle, dándose un beso en la puerta de un pub. Tom llevaba puesta la capucha de la sudadera, aunque no se había esforzado por esconder su rostro. Tampoco Jasmine, que iba con unos vaqueros anchos y una camiseta de tirantes con estampado militar, sin ninguna prenda que pretendiese disimular su identidad.

No me considero insegura, pero desde que vi esa foto, la soledad se ha vuelto más acuciante. Ahora ya ni siquiera estoy segura de lo que hace nada tenía claro. Es cierto que no estábamos saliendo, pero ¿hasta qué punto puedo saber que Tom no habló en el avión dejándose llevar por el agotamiento y la vulnerabilidad? ¿Es realmente promoción... o está ocurriendo algo más? ¿Por eso no se ha puesto en contacto conmigo, porque ha pasado página?

Creo que lo que más daño me hace es pensar que para él ni siquiera merezco un mensaje. Supongo que al igual que para Ava.

Todavía sigo con la mente en otra parte cuando advierto que hace rato que he dejado atrás el supermercado. El sol está a punto de desaparecer del cielo, que ha pasado del gris al naranja intenso. Recorro los últimos metros que me separan del hotel Ellesmere mientras busco la foto que ya me sé de memoria. Contemplo por última vez sus ojos cerrados y sus labios tocándose.

Luego cierro la aplicación y decido no volver a verla nunca más.



CONNOR

Me duele tanto la cabeza que estoy a punto de escribir a Lily para decirle que prefiero quedarme en mi cuarto descansando, aunque al final me tomo una pastilla y espero a que haga efecto durante unos minutos. Estornudo tres veces seguidas y me sueno la nariz.

—¿Cómo es posible que me haya resfriado en primavera? —refunfuño por lo bajo.

Recojo un poco mi cuarto antes de salir para hacer tiempo. Cubro la cama con la colcha, organizo los apuntes en montones y abro la ventana para que se ventile. Me miro al espejo que hay al lado de la puerta antes de salir en dirección a la habitación de Lily. No me apetecía arreglarme mucho, así que al final he acabado poniéndome unos vaqueros negros y una camiseta al azar.

Llamo tres veces para que sepa que soy yo y me abre en cuestión de segundos, justo cuando vuelvo a estornudar.

—¿Alergia? —me saluda, y se aparta para dejarme pasar.

—Ni idea, nunca he tenido alergia en California...

Me encojo de hombros y voy directo a la cama, dejándome caer. Lily se sienta a mi lado. Todavía no me he acostumbrado a ver la habitación medio vacía, porque falta Ava en cada rincón de su cuarto. Panda no está sobre la cama porque se lo llevó junto con todas sus cosas. Tampoco su perfume, que durante los primeros días de ausencia aún seguía percibiéndose. Ahora, todo rastro de ella ha desaparecido.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunto. Lily también está vestida con ropa de calle, como si acabara de entrar.

—He salido a dar una vuelta por el cementerio de Brompton.

—Qué macabro —respondo, y frunzo el ceño.

Nunca me han gustado esos sitios, me dan grima. No tengo miedo a que un

muerto salga de la tumba, pero no me hace gracia estar caminando sobre cuerpos de personas que llevan siglos podridas.

Ella sacude la cabeza con una sonrisa desganada.

—¿Y tú?

—Nada, he estado encerrado en mi cuarto porque me dolía la cabeza, ahora estoy mejor. Igual no es alergia y sólo estoy acatarrado. ..

—Puede ser —responde Lily, sacándose el móvil del bolsillo del pantalón y tirándolo sobre la colcha, sin prestar atención a en qué lugar exacto aterriza de la cama. Es un gesto que suele hacer siempre cuando se da por vencida.

—¿Has podido encontrarla? —pregunto.

Ambos sabemos a qué me refiero.

Hace días que no hablamos de Ava, pero el gesto de Lily me hace recordarla. Aún me resulta extraño pensar que llevamos varios meses sin saber de ella, exactamente desde que se marchó de Las Vegas sin dar apenas explicaciones. Algunas personas entran en tu vida con tanta fuerza que parece que ya nunca vayan a salir de ella. Quizá por eso duele tanto cuando lo hacen.

—Estoy empezando a pensar en que quizás le ha ocurrido algo malo —dice Lily, sentándose a mi lado—. Aunque, por otro lado, es un poco tarde para pensar en eso, ¿no? Ya han pasado tres meses...

La miro con curiosidad, sin entender a qué se refiere. Ella sube las piernas a la cama, las cruza y se apoya en uno de los cojines.

—Quiero decir, que suponemos que está bien, ¿no? Canceló su matrícula, por lo que sabemos que no ha desaparecido sin más, que no se la ha llevado..., yo que sé, una mafia rusa o algo así.

Niego con la cabeza.

—Se ha ido por voluntad propia. —Es lo que me obligo a creer, porque no puede haberle pasado nada malo—. Simplemente se ha marchado.

Ya hemos hablado bastante del tema, pero nunca conseguimos llegar a ninguna conclusión. Sí, se ha ido, pero ¿hasta cuándo? ¿Por qué no responde a nuestros mensajes y llamadas?

—Ya, pero ni siquiera nos ha dejado una manera de contactar con ella —dice Lily. En su voz hay una mezcla de tristeza y culpabilidad.

—Tiene que estar bien —le aseguro de nuevo, aunque me lo digo más a mí mismo—. Si ha cancelado la matrícula es porque habrá regresado a casa y querrá estar sola. Si alguien desaparece sin querer, deja todo a medias. Pero esto parece estar bastante premeditado.

Mis palabras no parecen convencerla. Enrosca un mechón de pelo

anaranjado en su dedo índice y no añade nada más.

—Lily... —la llamo. Sus ojos están perdidos en un punto de la pared de la habitación, y va a echarse a llorar, porque descubro que brillan—. Oye, no, por favor...

Me acerco a ella y la abrazo. No se mueve, pero noto cómo comienza a sollozar cuando la tengo entre mis brazos. Su pelo huele a vainilla, o quizás es su ropa. Permanecemos unos segundos quietos y, cuando nos separamos, ella intenta hablar entre lágrimas:

—No me parece justo estar así cuando..., ya sabes —dice con la voz tomada—. Ava y tú erais más que amigos, estuvisteis saliendo juntos, pero la que monta el drama soy yo.

—No digas eso —respondo—. La amistad puede ser mucho más fuerte que una relación romántica.

Ella se seca las lágrimas con la manga del jersey y mira hacia arriba, evitando que sigan rodando por sus mejillas.

—Al menos podría responder nuestras llamadas...

—Sé cómo te sientes, Lily. Pero, si ella ha decidido desaparecer, no hay nada que podamos hacer nosotros. Sólo pasar página. Hay mucha más gente ahí fuera, y me tienes a mí para lo que necesites.

Me llevo las manos al pecho para reforzar lo que estoy diciendo. Lily me mira y sonrío, con los ojos todavía llorosos.

—Y tú a mí.

Se acerca a mí para abrazarme de nuevo y nos quedamos así un rato. Me alegro de que, por lo menos, toda esa situación haya conseguido que mi amistad con ella se fortalezca. Antes sólo éramos compañeros y yo no era más que el novio de su mejor amiga. Ahora, desde que Ava se fue y Martha, Rex y Meredith van por su cuenta, hacemos casi todo juntos.

—Creo que deberíamos dejar de intentarlo, Lily. Han pasado ya tres meses —le digo, y señalo su teléfono.

—No sé... —duda ella. Carraspea y sigue hablando—: A veces creo que el mundo es demasiado grande para ella, y me da miedo dónde pueda estar, con quién o qué le estará pasando.

—Se ha ido a Copenhague, así que estará con su familia —insisto, dando por terminada la conversación. Yo soy el primero que quiero que Ava regrese y que todo sea como antes, pero no podemos estar todos los días atormentados porque haya decidido dejarnos. Tenemos que seguir adelante, respetando la decisión que ha tomado—. ¿Me prometes que vas a estar bien?

Lily inspira con fuerza, dejando salir despacio el aire de sus pulmones, y asiente.

—Prometido —murmura—. Pero tú también. Los dos.

—También, de verdad.



ALICE

Mis tacones resuenan por las baldosas de la entrada, llamando la atención de los presentes. Quizá no he elegido el conjunto más apropiado para venir aquí. Debería haberlo pensado antes, pero ya es demasiado tarde para cambiarlo.

El guarda de seguridad que me acompaña pasa de nuevo por un control, enseña la tarjeta que lleva colgada del bolsillo de su uniforme y yo le muestro la que me han entregado hace escasos segundos. Es una tarjeta de visita con mi nombre y un número. En el control se aseguran de que todo esté en regla y abren una puerta corredera de metal. No tiene ninguna ventana, es sólo como una pared que, de pronto, se desliza a un lado para revelar el acceso a la zona que conduce a las celdas.

Sigo al guarda que me acompaña y me coloco justo a su altura, sin adelantarme pero tampoco quedándome atrás. No quiero perderme por aquí, estos lugares me perturban. He visto demasiadas películas, probablemente llenas de tópicos, y no quiero comprobar ahora si las cárceles por dentro son tal y como se muestra en la pantalla.

Giramos a la izquierda, sin acceder a la zona de las celdas, donde resuenan voces que se increpan entre ellas. La mayoría son masculinas, aunque también distingo la de una mujer; me sorprende que en apariencia todas pertenezcan a un grupo de gente joven. Sus palabras se van apagando conforme me alejo del lugar. El pasillo que recorreremos no es muy largo, pero tiene cada pocos metros un control de seguridad en el que todo el que entra y sale debe mostrar su acreditación.

Por fin llegamos a la sala de visitas, donde nada más entrar me recuerdan

el tiempo del que dispongo para hablar con Patrick y que, sobre todo, mantenga siempre las manos a la vista, preferiblemente sobre la mesa.

—Vaya, vaya —me saluda él en cuanto me ve.

No tiene que levantar la voz porque en este sitio no hay nadie más que nosotros y el guarda que cierra la puerta detrás de mí. Miro a mi alrededor, escudriñando cada detalle de la sala, que no tendrá más de seis metros cuadrados.

Jamás hubiera dicho que el sitio en el que nos hallamos forma parte de un establecimiento penitenciario. Parece más bien la consulta de un médico, aunque sin los carteles del cuerpo humano colgando por las paredes. El mobiliario sólo lo constituye una mesa rectangular de color gris y dos sillas con aspecto de ser bastante incómodas. Sin mirarlo todavía a la cara, me siento al otro lado de la mesa para tenerlo cara a cara, y entonces levanto la barbilla, observándolo con curiosidad. Tuerzo la cabeza.

—Tienes buen aspecto —respondo a su saludo.

Patrick se ha dejado crecer un poco la barba y no le queda mal, aunque le hace varios años mayor. Su mirada denota cansancio, pero por su expresión socarrona capto que ha venido con ganas de discutir.

—¿Qué esperabas, que tuviera un ojo morado porque me han intentado partir la cara?

La última vez que lo vi tenía unas ojeras enormes que llamaban la atención por lo oscuras que eran. Parecía que llevara varios días seguidos sin dormir y las manos le temblaban aunque estuviera en reposo. Sin embargo, ahora parece mucho más tranquilo, hasta satisfecho de verme. Tiene una media sonrisa en la cara que no se le borra, como si estuviera esperando a poder soltar algo que lleva varias semanas en su mente.

—¿Qué tal estás? —le pregunto.

No he venido a hacer amigos ni a buscar una disculpa por su parte. En realidad, no quiero saber nada de él. Si he acudido a la cárcel donde Patrick lleva unos tres meses cumpliendo su condena es porque quiero cerrar una etapa de mi vida. Nada más. Esto no es un acto de valentía y mucho menos de misericordia.

Durante un tiempo, justo antes de que sucediera el incidente de Las Vegas, Patrick y yo habíamos estado saliendo juntos. Él representaba a Finn, aunque su trabajo cambió cuando falleció, y yo seguía siendo la agente de Tom. No obstante, en cuanto comenzó a obsesionarse, me fui apartando de él y, cuando los médicos le dijeron que había tenido un brote psicótico, me asusté mucho.

—Haciendo amigos, tomando esos medicamentos que comprueban que te has tragado obligándote a abrir la boca... Echando de menos follar, así, en general, porque aquí todas las tías son unas rancias.

—Igual es que tú eres un imbécil con ellas —le sugiero, intentando borrar su expresión de burla mientras suelta una carcajada. Su risa suena vacía, como quien se ríe cuando intenta rellenar el silencio.

—¿Qué quieres, Alice? —me pregunta—. Venga, dímelo ya. No he sabido nada de ti desde que entré aquí. Sólo era consciente de que seguías viva por mi abogado, que me trae noticias de fuera, pero nada más. ¿A qué has venido después de todo este tiempo? ¿A preguntarme si mereció la pena por varios miles de libras? Te diré la respuesta: sí.

No me sorprende que Patrick quiera ir directo al grano. El ha sido siempre así: no le gusta andarse con rodeos y hace lo que sea para salirse con la suya. Por eso decido seguir su filosofía y atacarle con sus mismas armas:

—Siento decirte que tus billetes no van a permitirte salir de la cárcel porque no tienes ninguna fianza que pagar —le espeto. Sus comentarios no me duelen, sino que me despiertan rabia. Tras tanto tiempo, tras todas las cosas que hemos vivido juntos, Patrick entró en un juego del que ya no ha conseguido escapar.

Nunca he entendido cómo la gente llega a ser ludópata o cleptómana; siempre me han parecido unos procesos más incomprensibles que el del alcoholismo, por ejemplo, quizá porque refugiarse en el alcohol durante unas horas no le resulta extraño a nadie. En fin, ¿quién no ha bebido alguna vez después de una mala experiencia? Y eso en ocasiones puede multiplicarse durante días, semanas..., hasta que llega ese punto en el que, sin darte cuenta, la pesadilla es estar sobrio, y luego tanto estarlo como haber bebido. Sí, me figuro que cualquiera puede entenderlo aunque no lo haya padecido. Pero el caso es que la ludopatía siempre me ha parecido un concepto ajeno, como una palabra en otro idioma que sabes lo que significa de forma mecánica, sin pararte a pensar nunca en ella.

Hasta que ahora veo la cara de Patrick. Su semblante deja traslucir tanta fiereza, tanta ansia, que sus ojos reflejan un brillo febril. Descontrolado. A raíz de lo ocurrido, a veces comparo mentalmente nuestro oficio con el de los trabajadores de una fábrica de billetes: todo el día moviendo miles de libras o de dólares sin recibir ninguno..., a no ser que se te resbale uno y caiga por accidente en el bolso. En esos lugares no pasan esas cosas, pero en un trabajo como el nuestro, con un par de clics es fácil no ser descubierto.

Y supongo que puedo llegar a entender el proceso. Estamos tan acostumbrados a depender del dinero, a plantearnos buena parte de nuestra vida a partir de él, que ¿por qué no iba a convertirse para algunas personas en un vicio en el que caer una y otra vez?

Pero eso no excusa a Patrick. Él ha ido demasiado lejos.

—Vengo a despedirme de ti, porque esta va a ser la última vez que te haga una visita. No sé si al final saldrás antes de los años que te han caído, sólo quiero cerrar este capítulo.

Intento que mi voz suene firme y lo consigo, aunque tengo la boca tan seca que amenaza con delatarme en cualquier momento.

—Oh, ¿pensabas que quería que siguiéramos juntos? —se burla él.

Su reacción hace que hable sin pensar:

—Claro que no. Has hecho mucho daño a mis clientes, pero sobre todo me has hecho daño a mí. Y ya no soy la idiota que era antes, que se dejaba engañar por cualquier cosa.

De pronto, me doy cuenta de que he alzado la voz y ha sonado más segura. Temo que se me oiga demasiado desde el otro lado de la puerta o que venga alguien a pedirme que me marche.

La respuesta de Patrick es la indiferencia. Levanta las cejas y cruza las manos sobre el pecho como puede, ya que unas esposas le impiden moverlas con libertad.

—Me parece muy bien que hayas venido a decirme esto, así que, nada, ya puedes marcharte porque me da igual. Hay muchas cosas que puedo hacer desde aquí dentro, aunque esté encerrado.

Resoplo, agitando la cabeza. No me puedo creer que esté intentando asustarme.

—¿Me estás amenazando o... chantajeando? —le suelto, incrédula.

Él mueve la cabeza de lado a lado, sopesando la idea.

—Bueno, no estaría mal, porque hay mucha información que no ha salido a la luz y que estaría bien que la gente conociera, ¿no? —me pregunta.

Cada palabra que dice es un ataque directo hacia mí, pero no voy a caer en su trampa.

—¿Como que secuestraste a Ximena Roy, por ejemplo? —es lo único que se me ocurre responder.

Sé que mi argumento no es válido contra el suyo, puesto que el juicio sobre el secuestro de Ximena no se hizo público porque concurrían varias circunstancias; entre otras, que ella era menor. Si yo utilizara esa información,

probablemente estaría cometiendo un delito.

—Ay, Alice, si es que no aprendemos —me responde—. Puedo contar toda la historia de Nate en un segundo. Así. —Y chasquea los dedos en el aire, mirándolos como si fuera la primera vez que hiciera eso en toda su vida—. Puedo contar cómo estás utilizando a Tom con su nueva novia...

—No es ninguna novedad en nuestro mundo que haya cosas de este tipo.

Las relaciones pactadas entre protagonistas de un nuevo y ambicioso proyecto forman parte del día a día de los que trabajamos en una agencia de publicidad, igual que cuando Patrick todavía estaba con nosotros.

—Claro —responde él—, pero para los medios que viven de la comidilla de Internet, sería el bombazo, ¿no crees? ¿Y si se me escapara? Sería muy interesante ver cómo te las arreglas.

Me pongo de pie, haciendo que la silla chirrié al rozar contra el suelo.

—No somos tan diferentes tú y yo —susurra, y por un segundo temo que tenga razón.

Patrick esboza una sonrisa triunfal al ver que dudo, pero me centro y me obligo a pensar en la realidad, en todas las cosas que él ha hecho para conseguir lo que quería. Aprovecharse de la muerte de una persona, estar a punto de provocar otra y traumatizar a una menor con un falso secuestro.

—No tienes ninguna influencia sobre mí —le digo muy claramente—. Tus chantajes ya no van a funcionar, porque el tiempo ha puesto a cada uno en su lugar. A ti, entre rejas. A mí, con la oportunidad de ayudar a rehacer la vida de Tom Roy después de todo lo que ha pasado en el último año. No quería desearte nada malo, porque creo que con estar aquí encerrado durante un tiempo ya tienes suficiente, pero ojalá pases aquí cada hora de cada día que te han condenado. —Hago una leve pausa para tragarme la rabia que me ha invadido, concentrándola en mis manos crispadas en puños, y añado con frialdad—: No te mereces más que mi desprecio.

Antes de darle tiempo a responderme, camino directa hacia la puerta. El guarda que me ha acompañado hasta ahí me ve a través de la ventana de cristal y la abre, devolviéndome al pasillo por el que habíamos llegado. Al instante, otro responsable de seguridad entra en la sala para llevarse a Patrick a su celda o a donde le corresponda estar ahora.

—Ya he terminado, me marcho —le anuncio al guarda para salir de ahí antes de volver a tener que mirar a Patrick a la cara.

Tengo las mejillas ardiendo, los puños apretados y unas ganas terribles de marcharme. Me siento rara, llena de una cólera que nunca había experimentado

con tanta intensidad. Poco a poco, en el taxi de vuelta a la ciudad, me empiezo a encontrar mejor, como si me hubiera quitado una pesada mochila que llevara varios meses cargando.

Es aquí cuando me doy cuenta del paso que acabo de dar y de que nunca voy a retroceder.



AVA

No sé de dónde saco fuerzas para salir de la cama; desde anoche, los dolores menstruales apenas me dejan moverme. En los últimos meses cada vez me molesta más y hasta me duelen las piernas durante las primeras horas.

Aun así, me incorporo y me estiro, intentando ser positiva. Me pongo de pie y camino hacia la ventana de la habitación. La luz del sol consigue escaparse entre los huecos que dejan las cortinas del hotel, a pesar de que son dobles, y me confirman que hoy va a hacer un buen día. Las nubes, que hasta ahora habían cubierto el cielo de Tokio, le dan un respiro a la ciudad.

Las abro del todo para poder despejarme y camino hacia el espejo del baño para mirarme. Mi piel está un poco roja por la zona de la frente y me escuece, así que me la lavo, la seco con cuidado y me pongo crema hidratante. Últimamente no he llevado casi nada de maquillaje, por lo que a mi cara no le está haciendo mucha gracia que, de pronto, la embadurnara el día anterior con productos que llevo varios meses sin utilizar. Me cambio la copa menstrual y me doy una ducha rápida con cuidado de no salpicarme el pelo, aunque al final me resigno a mojarlo y dejar que se seque al aire. Cuando salgo, me envuelvo en una toalla y me visto sin prisa. Son las doce del mediodía y, aunque me había acostumbrado al cambio de horario desde los primeros días, muchas veces simplemente me iba a dormir tarde y me despertaba un poco antes de la hora de comer.

Me extraña que no hayan llamado a la puerta los de la limpieza y entonces soy consciente de que ella ha debido de poner el cartel de «No molestar» por mí. Vuelvo a mirar la hora para asegurarme de que tengo tiempo de dar un paseo antes de ir a buscarla al trabajo y me visto mientras dejo la televisión encendida. Todavía es demasiado pronto para entender lo que dicen, pero me

sorprendo a mí misma cuando consigo comprender alguna palabra suelta y puedo intuir lo que están diciendo por el contexto y un par de frases.

Termino de vestirme justo cuando el programa se acaba y un hombre en la pantalla recuerda que las temperaturas han subido y que el sol va a pegar con fuerza durante todo el día. Sus advertencias me hacen plantearme ponerme protector solar en los brazos, pero recuerdo que no he traído, así que los cubro con una chaqueta fina de color azul sobre una blusa blanca. Me pongo un peto vaquero y meto un par de cosas en mi bolso de Michael Kors. No es muy grande, me cabe sólo lo justo: la cartera con el bono del metro y el móvil. No necesito nada más.

Recojo las cosas que he dejado desperdigadas por la habitación, meto el portátil en la caja fuerte y salgo. Antes de cerrar, quito por si acaso el cartel de «No molestar», aunque quizá ya sea tarde. Me cruzo con un par de turistas por el pasillo y me fijo en su ropa. Van con pantalones cortos y camisetas de tirantes, lo cual es algo arriesgado en estas fechas porque todavía no hace tanto calor como para vestir así. Sin embargo, el mayor error que parecen haber cometido no es ese, sino olvidarse de ponerse un espray antimosquitos. Tanto ella como él tienen las piernas llenas de ronchas rojas, algunas más grandes que otras, pero todas con pinta de que se las hayan rascado en varias ocasiones.

El hombre me pilla observándole las piernas y me mira a los ojos, encogiéndose de hombros. Le lanzo una sonrisa tímida y sigo caminando. Me acerco a la zona de los ascensores y pulso el botón, intentando adivinar cuál de ellos llegará primero y acertando por primera vez en varios días. Dentro, pulso el botón de la planta calle y el de cerrar puertas para no perder ni un segundo en el descenso de los veintidós pisos. No tengo prisa, pero me cuesta superar ciertas manías.

Cuando estoy a punto de llegar, me recoloco el pelo detrás de las orejas para que no me moleste en las mejillas y salgo del ascensor cuando las puertas se abren. Cruzo un par de palabras que he aprendido en japonés gracias a Kanna para agradecerle a un hombre que me abra la puerta principal. El me responde con algo que no llego a entender. No he aprendido demasiado japonés desde que estoy aquí y es algo que me gustaría cambiar pronto, ya que el día a día sería más sencillo si pudiera por lo menos entablar una conversación básica con alguien. Aunque en Tokio muchas personas pueden al menos defenderse en inglés, no me siento cómoda dependiendo de un idioma que aquí no todo el mundo habla.

El ambiente de la ciudad me envuelve enseguida y no puedo evitar sonreír; me encanta la sensación de ajetreo silencioso que transmite. Las calles están llenas de gente que va de un lado a otro, pero de un modo mucho menos ruidoso que en Londres. Algunas personas visten de blanco y negro, pero otras llevan encima más colores de los que podría imaginar. Los primeros días no podía dejar de mirarlos y pensé que llegaría un momento en el que me acostumbraría. Sin embargo, todavía me siguen fascinando los conjuntos que se venden en algunas tiendas y centros comerciales; creo que podrías encontrar literalmente cualquier cosa que quisieras en Tokio. Y, aunque predomina la sobriedad, hay tanta gente que nadie se fija en quienes visten de un modo estrambótico. A menos que seas extranjero, claro: hay tan pocos en proporción que ya me he habituado a las miradas de curiosidad, supongo que también por mi pelo rubio y mis rasgos inusuales aquí.

El hotel en el que me alojo desde que llegué a Tokio es un cuatro estrellas situado en el centro, al lado del paso de cebra más famoso del mundo. Quedarme aquí es una opción que puedo permitirme gracias al dinero que he ahorrado durante años y que me están prestando mis padres, pero soy consciente de que no es algo normal. La gente no suele irse a vivir una temporada a una ciudad quedándose en un hotel. Pero por la devaluación del yen me resulta muy barato, casi cinco veces más que el precio medio del centro de Copenhague.

No tengo que recorrer muchos metros hasta llegar al cruce de Shibuya. A pesar de ser el que más personas atraviesan al día en todo el planeta, sorprende lo tranquilo que es. Más de cien personas esperan, cada vez que se pone rojo, a cruzar en cualquier dirección; aun así, si cierro los ojos, jamás diría que estoy rodeada de tanta gente.

Aguardo poco más de veinte segundos hasta que se pone en verde y varias filas de personas por delante de mí empiezan a cruzar. Les sigo, empapándome de mi entorno, aunque ya es una perspectiva cotidiana para mí. A los pocos instantes, una marea de personas proveniente del otro lado empieza a colarse entre los huecos y, sorprendentemente, ninguna se roza ni se da ningún golpe.

Por lo general habría ido directa a mi destino, pero he salido del hotel con el margen suficiente para ir andando, así que no entro en la estación de Shibuya, sino que sigo en dirección a la calle Takeshita. No se tarda más de veinte minutos y todavía queda media hora para que Kanna salga de trabajar, así que no me preocupo por el tiempo y disfruto del paseo. A ambos lados de la calle veo algunas tiendas que conozco, como Zara, y otros locales como

McDonald's, pero me fijo en esos comercios que no había visto nunca. Cruzo un par de calles y miro los grises edificios decorados con decenas de carteles coloridos en los que es imposible no posar la vista. Una de las cosas que más me gustan de la ciudad es que hasta en la octava planta de una casa se pueden encontrar empresas y comercios tan abiertos al público como los que están a pie de calle. Muchos de ellos son cafeterías y restaurantes, que se preparan para el turno de la cena en cuanto el sol empieza a acercarse al horizonte. Intento entender alguna palabra de las miles que me rodean, ya que caminar por Tokio es como recibir estímulos constantes que no te da tiempo a asimilar. Quizá debería apuntarme a clases para poder enterarme de algo. Muy pocas palabras están escritas en inglés y las que hay no me ayudan a identificar cada cosa.

Para cuando llego a Takeshita, ya he decidido que tengo que buscar una academia en cuanto regrese al hotel o, si no, preguntarle a Kanna si conoce alguna. Paso por debajo del arco con globos que indica que he llegado a mi destino y me dejo llevar por la multitud. Un grupo de chicas pasean vestidas con unos atuendos increíbles de colores pastel y no puedo evitar girar la cabeza para mirarlas un par de segundos más hasta que desaparecen entre la gente. Un olor dulce capta mi atención a mi derecha, donde unos puestos ambulantes preparan crêpes. Escucho una música tradicional japonesa que se acerca con cada paso que doy y miro hacia arriba, disfrutando de los rayos de sol que se cuelan entre las nubes.

Cuando decidí marcharme de Las Vegas, de Londres y de mi propia casa, lo hice porque necesitaba justo algo así. Necesitaba desaparecer. Tomé una decisión arriesgada al venir sola hasta aquí, pero necesitaba zambullirme en una cultura y un idioma tan diferentes que nada me recordara los últimos meses. Y no podría haber escogido un lugar mejor: aquí las cosas son muy distintas. La idea era que mi visita no durase más de un mes, que sirviera sólo para despejarme y luego volver a Copenhague, donde me dedicaría a intentar decidir qué hacer con mi vida.

Pero entonces conocí a Kanna y eso lo cambió todo.

Recorro los últimos metros que me separan de la tienda en la que trabaja y giro con cuidado el pomo, con una sonrisa ya dibujándose en mis labios.



Tanteo varias veces desde fuera los bolsillos de mi pantalón vaquero, pero no noto en cuál de ellos he dejado las llaves. Los reviso de nuevo sin éxito y me doy por vencido enseguida. No es la primera vez que me pasa en las últimas semanas.

Llamo al timbre, esperando que haya alguien en casa. Aunque mis padres están trabajando, Ximena debería haber vuelto ya de clase. Tengo que aguardar casi un minuto hasta que la puerta se abre, cuando ya casi había perdido la esperanza y estaba a punto de sentarme en el portal.

—¿Las llaves otra vez? —inquire mi hermana por todo saludo.

Asiento mientras entro y cierro la puerta detrás de mí.

—Menos mal que estás —le digo, y me quito el jersey. La temperatura en Londres todavía es muy similar a la de hace unos meses, pero en casa hace calor.

—Ajá —responde ella, distraída, y vuelve a su habitación.

Cuando desaparece tras la puerta con las seis letras de su nombre, sé lo que está haciendo. En los últimos meses, Ximena no deja de dibujar y siempre que se encierra en su cuarto es porque tiene algo entre manos. No le gusta compartir lo que hace, pero es obvio que se pasa las horas entre papeles y lápices. Oigo de fondo una melodía que no reconozco y voy directo a la cama para tumbarme. Ni siquiera tengo sueño y debería aclarar el bañador que traigo en una bolsa desde el gimnasio, pero no tengo fuerzas. De hecho, cuando me dejo caer en el colchón, me cuestiono hasta cómo he sido capaz de salir hoy de casa. Un tintineo me indica que me había olvidado las llaves en algún punto de la cama y me alegro de que, por lo menos, no las haya perdido.

Cierro los ojos por unos segundos y vuelvo a abrirlos. Sé que el tipo de

cansancio que acumulo no lo va a eliminar el sueño.

Me quito los vaqueros y apoyo la cabeza en un cojín, tumbándome de lado. Rescato el móvil de un bolsillo antes de lanzar los pantalones al suelo y lo intento desbloquear, pero no reconoce mi huella. Meto rápidamente el código y abro los mensajes. Estoy a punto de llegar a las cien conversaciones sin abrir y me sorprende no sentirme mal. Antes no me gustaba dejar a la gente sin leer; ahora, no siento nada. A mi alrededor, muy pocas cosas me hacen salir de mi indiferencia permanente.

Ignoro todas las conversaciones excepto la de Jasmine, en la que me esperan más de diez mensajes suyos. La mayoría son para preguntarme qué hago, dónde estoy y decirme que mire Twitter. Salgo de la conversación y abro la aplicación, con miedo de lo que puede esperarme ahí dentro. Sus palabras no iban acompañadas de ningún emoticono, por lo que no sé intuir si es bueno o malo lo que ha pasado.

Reviso rápidamente mis menciones, pero no veo nada especial, excepto que hay un montón de gente mencionándonos a mí y a ella con corazones. Entro en las notificaciones de las personas verificadas que me siguen y entonces veo lo que ha desencadenado todo. Jasmine ha escrito sólo un par de tuits, pero suficientes para armar un revuelo.

**Muchos habéis estado preguntando si era verdad que Tom
y yo estábamos juntos...**

Así que creo que es el momento de compartir con vosotros estas fotos.



MEREDIT

La música está un poco baja para mi gusto, así que me muevo por toda la discoteca para encontrar el punto donde suene tan alto que ni siquiera pueda escuchar mis pensamientos. Todavía son las once, pero aquí la gente ya está a tope. Unas chicas detrás de nosotras chillan cuando un vaso de cristal se cae al suelo y me aparto para que no me salpique en los zapatos. Vale, admito que son demasiado caros para pasearlos por un sitio en el que seguramente se van a manchar en unos minutos, pero qué puedo decir: me encanta lucirlos.

Me aparto un mechón de pelo que se ha pegado a mi mejilla y lo coloco detrás de la oreja. A mi izquierda, Martha también lo está dando todo. No se ha atrevido a ponerse unos tacones tan altos como los míos, pero por fin está empezando a entender lo que es vestir bien, a pesar de que su pelo sigue siendo un caso perdido. Nunca he llegado a entender cuál es el motivo por el que siempre lleva una parte rapada; o sea, ni siquiera le sirve para ligar más.

Martha me pilla inspeccionándola con la mirada y me lanza una sonrisa curiosa, como si me estuviera preguntando qué hago. Niego con la cabeza y sigo bailando, cambiando de objetivo. Las luces están demasiado tenues para distinguir lo que tengo a mi alrededor, sólo veo sombras moviéndose y escucho a la gente cantar. O igual es que el alcohol ya me está nublando la vista.

—¡Meredith! —grita Martha, aunque la oigo perfectamente.

—¿Qué?

Con un gesto de cabeza señala hacia la barra mientras dice algo que no llego a comprender porque la música cambia de pronto y la gente empieza a gritar, coreando la letra de la nueva canción.

—¿Qué? —repito.

Pero Martha ya no me escucha. Ha salido disparada en dirección a la barra. La sigo, esquivando a personas indeterminadas. Piso a un par sin querer, pero no me giro para disculparme porque probablemente están demasiado borrachas para darse cuenta, y eso que todavía es pronto. Mi amiga se para en la barra y se pone de puntillas para compensar los centímetros que no ha ganado al ponerse unos tacones más bajos. Veo que habla con la camarera, pero no parece que le esté pidiendo algo, sino que estén hablando de su pelo. Cuando llego hasta ahí, el tema ya ha cambiado y la camarera camina hacia un punto opuesto de la barra.

—Eh —saludo a Martha.

—¿Qué hacías? —me pregunta.

Sólo hemos estado separadas unos segundos.

—Intentar alcanzarte porque has salido corriendo, nena —le respondo mientras la camarera vuelve con cuatro vasos pequeños. Los pone en la barra frente a nosotras y los empieza a llenar.

—¡Sólo te he pedido dos! —le recuerda Martha.

Pero la chica no hace ni caso. Llena los cuatro vasos y después, señalando hacia su izquierda, nos dice que los dos chicos que están al final de la mesa nos invitan a la segunda ronda.

La camarera tapa la botella de tequila con rapidez, Martha le extiende un billete de diez libras y se queda esperando el cambio. Entretanto, ninguna de las dos podemos evitar buscar con la mirada a quienes nos han invitado esta noche. Martha no parece reconocerlos, por lo menos a uno de ellos, y les sonrío de forma inocente pero al mismo tiempo traviesa. Yo me doy cuenta enseguida de quién se trata.

Mi cabeza dedica sólo un par de segundos a decidir si esto es una buena idea. Y no, no lo parece, pero la noche está siendo un rollo y ¿quién dice que ocultárselo a Martha no vaya a ser divertido?

Nos bebemos los chupitos de un trago y, con una amplia sonrisa, la cojo de la mano para ir hacia ellos.



OLIVER

Mi cuerpo me despierta hacia las dos de la mañana. Sé que es mi cuerpo y no mi cerebro porque no se debe a que haya tenido una pesadilla, sino a que no me encuentro bien. No tengo ganas de vomitar, pero el estómago me da vueltas y tengo una sensación extraña en general, como si hubiera estado haciendo demasiado ejercicio y mis músculos hubieran decidido rendirse. Sin embargo, por más que ha sido una noche movida, no entiendo por qué me encuentro así. No es la primera vez que me paso bebiendo, desde luego. Me giro, intentando descifrar las señales que me da mi cuerpo, y se me congela la respiración cuando noto que algo se mueve en mi cama.

«Vale, creo que el problema sí que ha sido, de nuevo, el alcohol», pienso. Probablemente sea otra chica más que he traído de fiesta o incluso algún amigo demasiado vago para irse a su propia casa. Pero en cuanto miro a mi alrededor, a pesar de que está todo oscuro, caigo en la cuenta de que no estoy en mi cuarto.

La cama es enorme y escá demasiado bien hecha para ser la mía. La almohada es diferente y huele a suavizante. A medida que mis ojos se van adaptando a la penumbra, distingo una habitación grande, con un escritorio, un par de armarios, una silla... No necesito pensar mucho, porque de pronto todos los recuerdos que el alcohol y el cansancio habían emborronado vuelven a mi cerebro. La fiesta, los chupitos, las dos chicas que vimos a lo lejos, la conversación con Meredith y el camino al hotel Ellesmere. Sí, sin duda ahí es donde estoy.

Cuando entré en la discoteca con mi hermano Fred, me pareció una fantástica idea, unas copas más tarde, hacer el imbécil con ellas. Mi hermano

no sabía quiénes eran y Meredith no le había revelado mi identidad a Martha, por lo que nos limitamos a fingir durante toda la noche que éramos unos completos desconocidos. Fred se fue con Martha a su habitación y yo aquí estoy ahora, en plena noche, en la de Meredith.

Miro el reloj, deslumbrado por la cegadora luz que emite la pantalla cuando me indica que son casi las tres de la mañana. ¿Tan pronto habíamos salido de la discoteca? ¿O es que no llevo más de media hora durmiendo?

Calculo mis posibilidades de irme de aquí cuanto antes. No me encuentro bien y no me apetece pensar. Lo único que tengo claro es que todo esto no ha sido una buena idea. Debería haber cambiado de discoteca en cuanto vi a Meredith y su amiga de pelo azul, pero mi yo borracho se dejó llevar como un gilipollas, para variar. Justo cuando estaba intentando desaparecer, vuelvo a meterme de lleno en este sitio. Suspiro y, al ver que la luz no despierta a Meredith, intento salir de la cama para huir cuanto antes.

Ahora que me he movido, no me queda duda: me encuentro fatal. Me había prometido en las últimas semanas cambiar de aires y dejar toda la mierda atrás, pero me he visto arrastrado otra vez hacia el Ellesmere. Joder. Salgo de la cama con un movimiento torpe, esperando que, aunque se mueva el colchón, Meredith no se despierte. A pesar del ruido que han hecho las sábanas, ella se queda quieta, como si nada hubiera pasado. Su respiración es acompasada, ajena a todo.

No caigo en que estoy sin ropa hasta este preciso momento, aunque no me cuesta mucho dar con lo que llevaba puesto hace apenas unas horas. Mi cartera y mi teléfono siguen en los bolsillos de los pantalones. Aunque no traía nada más, enciendo la linterna del móvil, poniendo la iluminación al mínimo, y reviso rápidamente por encima la cama, la mesa y el suelo.

Cuando me aseguro de que no me he dejado nada, camino hacia la puerta del cuarto, dispuesto a abandonarlo. Y, de pronto, me paro en seco. ¿Voy a desaparecer sin más, sin dejarle un mensaje? Sería lo más lógico, pero no me siento bien haciéndolo. Pero ¿desde cuándo me preocupa eso? A ella probablemente le dará igual.

Sigo caminando en dirección a la puerta que conecta con el pasillo de su piso y la abro con mucho cuidado de que el ruido no me delate. En cuanto estoy a punto de cerrarla, pienso que va a notarse mucho, porque las puertas de los hoteles no son precisamente silenciosas. Intento que sea rápido y cierro los ojos como si eso fuera a cambiar algo. Aun así, suena bastante en el silencio del pasillo y salgo a toda prisa para que no me vea si la he

despertado.

Bajo las escaleras casi corriendo y llego al vestíbulo jadeando. Me sorprende encontrarme con un grupo de chicos hablando en el último tramo de escaleras sin que la gente que está trabajando en recepción les diga nada. A lo mejor ya se conocen o simplemente les dejan estar ahí porque no arman mucho jaleo.

Me concentro en salir y tomo aire un par de veces. Camino hacia la puerta principal, convencido de que todo ha pasado, de que en cuanto ponga un pie en la calle ya podré cumplir lo que llevaba tanto tiempo queriendo hacer. Sin embargo, cuando estoy a punto de salir, mi mente vuelve a traicionarme. Si es la última vez que estoy en el hotel Ellesmere..., quizá debería hacer una cosa. O dos.

Mi intención no es rescatar a mi hermano de la habitación en la que está, porque no tengo ni idea de cuál es, Él mismo se despertará cuando sea y se encargará de reunirse conmigo en mi casa, donde estaré haciendo la maleta para regresar junto a él a Nueva York, esta vez sin billete de vuelta a Londres. Lo que de verdad pretendo es intentar arreglar las cosas. Por eso, a pesar de que estoy a punto de largarme de ahí, algún resto de buenas intenciones que queda en mi cabeza me obliga a girarme y volver a internarme en los pasillos del hotel. Esta vez llamo al ascensor, que me espera ya en la planta baja, para dirigirme al primero de mis dos destinos: la habitación de Rex.

Llamo varias veces a la puerta con convicción, aunque hay muchas posibilidades de que no esté porque haya salido. No es típico de Rex seguir un viernes por la tarde en su cuarto, pero lo tengo que intentar. Cuando voy a llamar una segunda vez, ya casi dándome por vencido, oigo el suelo de madera crujir bajo la moqueta y la puerta se abre.

—No me jodas —es cuanto dice al verme.

La luz en la habitación está encendida y Rex no tiene pinta de tener sueño, más bien lo contrario.

—Necesito hablar contigo un minuto —le explico.

No es algo que diga por decir. Realmente no pretendo pasar más de sesenta segundos ahí dentro porque todavía tengo otras cosas que hacer y no quiero retrasarme. Al revés, debo acabar con esto cuanto antes.

—Vale. —Rex se aparta de la puerta, dejándome un hueco para entrar.

Su habitación huele a cerrado y todo es un caos. No camino hacia el interior porque sé que lo que me espera son un montón de pilas de ropa sucia y objetos desperdigados por cada esquina; en su lugar, me quedo cerca de la

puerta mientras él la cierra.

—Bueno, que sólo vengo a joderte un rato —empiezo. De pronto, me siento inseguro. ¿Qué me está pasando? Espero que sólo sea por el dolor que tengo por todo el cuerpo—. Me piro. Me voy con mi hermano a Nueva York. Pero, ya que estaba por aquí, quería despedirme de ti.

—¿Ya que estabas por aquí? —repite él, curioso.

Creo que la primera persona que viene a su mente es Lily, y prefiero que sea así. No sé en qué momento de su relación con Martha se encuentra ahora, pero no quiero ser yo quien le diga que Fred debe de estar durmiendo ahora mismo en la cama de la chica con la que se enrollaba de vez en cuando.

—Sí, bueno, una larga historia, ni caso —intento quitarle importancia y parece surtir efecto—. El caso es que me largo. Londres rM.í bien, pero me apetece cambiar de aires. No sé.

Rex se encoge de hombros.

—Yo tendría que hacer lo mismo, tío —me responde, y ahora soy yo el que no le entiendo a él—. Quiero decir,irme a otra parte. Después de lo del programa, estar aquí se ha vuelto un puto infierno, y aunque he dejado la universidad no me apetece volver con mi madre. Estoy un poco colgado en este hotel. Martha últimamente va a su bola y creo que debería centrarme en lo que de verdad quiero hacer.

No sé en qué momento esta conversación se ha convertido en algo así, sobre todo porque mis anteriores encuentros con Rex han sido bastante tensos. Probablemente será el alcohol, que me hace ver las cosas de otra forma.

—Vente conmigo a Nueva York —le animo en un arrebato de empatía; yo he pasado por algo similar y lo único que quiero es desaparecer.

Sin embargo, Rex rechaza la idea, y no sé si eso me fastidia o me alivia.

—Qué va, tío. Nueva York sería una locura. Yo necesito ir a un sitio más tranquilo, donde nadie me conozca, la media de edad sea de más de cincuenta años y pueda estar solo como un puto ermitaño.

—¿Ahora te van las de los geriátricos? —A juzgar por su cara, la broma no es muy bien recibida—. Bueno, independientemente de lo que decidas, espero que te vaya bien. Sólo venía a despedirme; es muy probable que no vuelva a verte la cara.

Rex asiente y mira hacia los lados, sin saber qué hacer, sorprendido por mi comportamiento.

—¿Qué pasa? —le pregunto, aunque más que una pregunta es un grito.

—Nada, joder, que estás muy raro.

Pongo los ojos en blanco y extendiendo la mano hacia delante. Rex la aprieta, asintiendo con la cabeza, y sin añadir nada más le doy la espalda y salgo de ahí.

Me jode perder a una de las personas con la que más amistad tuve durante un tiempo, aunque fuera muy tóxica, pero necesito pirarme de aquí y seguir con mi vida. Y para ello necesito hacer una cosa más.



LILY

Cuando alguien llama a la puerta a estas horas, lo primero en lo que pienso es en que se han debido de quejar de que tenemos la película demasiado alta. Bajo instintivamente el volumen y pongo pausa, levantándome de la cama para ir a ver de quién se trata. Connor me mira con inquietud.

—¿Vas a abrir? —me pregunta.

Me encojo de hombros. Son las tres de la mañana y casi me había quedado dormida viendo la película, pero me puede más la curiosidad. Se me pasa por un segundo por la cabeza la idea de que sea Ava quien haya venido, pero sería demasiado raro. No tendría sentido.

¿Y si fuera Tom? No, después de tanto tiempo no aparecería así en mi habitación, y mucho menos un viernes a las tres de la madrugada. De hecho, lo más probable es que, de no haber estado despierta con Connor, ni me hubiera enterado de que habían llamado.

Seguramente se trate de alguien que se ha equivocado o que ha vuelto de fiesta un poco despistado. No sería la primera vez que me ocurre.

Camino hacia la puerta, en pijama y con el pelo recogido en una coleta con la que pensaba dormir en cuanto Connor volviera a su cuarto. Espero ver al otro lado a un miembro del personal de recepción, pero la realidad me golpea de bruces y siento que se me para el corazón cuando abro y la cara de Oliver asoma al otro lado.

Me quedo congelada en el sitio, sin saber qué hacer ni qué decir. Aprieto las mandíbulas y mi respiración se intensifica. Permanecemos unos segundos en silencio mientras intento recuperarme del shock. Connor se da cuenta enseguida de que algo va mal y se asoma desde la habitación para ver quién ha

llamado. Su reacción es prácticamente la misma.

—Qué quieres —le digo en español.

Ni siquiera es una pregunta. Mi voz suena más grave de lo normal y no estoy acostumbrada a oírla así, pero me sale sola.

—Necesito que me escuches un segundo, sólo es un momento, por favor, Lily... —me ruega. Literalmente eso es lo que está haciendo. Junta las manos en el pecho y me mira con una cara como si hubiera hecho algo terrible de lo que necesitara disculparse. Y sí, lleva haciéndolo desde que lo conozco.

—Vete —le corto.

Cierro la puerta mientras un calor indescriptible me sube por las mejillas. No necesito mirarme al espejo para saber que me estoy poniendo roja de la ira.

—¡Espera! —exclama él, y se apresura a poner el pie entre la puerta y el marco para que no pueda cerrarse del todo—. Por favor, Lily, esta es la última vez...

—¿La última vez que qué? —le grito.

Mi voz resuena en el pasillo y, por un momento, me preocupa despertar a la gente o que nos llamen la atención, pero esa preocupación dura muy poco. En comparación con mi cólera, cualquier emoción palidecería ahora mismo.

Tengo delante de mí a la persona que me ha hecho la vida imposible en los últimos años. Después de un tiempo saliendo juntos en Madrid, se marchó a Londres dejándome atrás. Cuando solicité una beca para poder estudiar aquí y estar con él, resultó que tenía una sorpresa esperándome. Todas sus mentiras y engaños me marcaron y, por más que intentaba olvidarlo, mi mente se encargaba de recordármelo. De todas las personas del planeta, sin duda Oliver es a la que más odio, porque ya no sólo me ha hecho daño a mí, sino a mi mejor amiga. Y gran parte de la culpa de que Ava haya huido es de él.

—Vengo a pedirte perdón por todo, de verdad; me voy a marchar y no quiero dejar esto a medias antes de irme, me sentiría muy mal si lo hiciera.

Siento que los latidos de mi corazón son demasiado fuertes. Los empiezo a notar en las sienes y por todo mi cuerpo, hasta en la punta de los dedos. Oliver sigue hablando, de su boca continúan saliendo más mentiras que no estoy dispuesta a escuchar. Ya he aguantado demasiado.

—¡Cállate! —le grito. Se me rompe la voz en la última sílaba.

—Vale, ya me marchó. Al menos he hecho todo lo que podía hacer —dice él, dando un paso atrás para alejarse de la puerta de mi habitación sin mirar atrás.

Su calma me pone nerviosa, y son esas últimas palabras las que hacen que explote:

—Pero ¿qué cojones estás diciendo? —grito, persiguiéndole por el pasillo.

Oliver frena en seco y se da la vuelta. No se esperaba esa reacción, ni yo misma. Pero ahora mi cabeza y mi cuerpo están actuando solos.

—Lily... —intenta tranquilizarme, pero eso sólo hace que enfurezca más.

—Ni se te ocurra volver a pronunciar mi nombre. ¿Me oyes? Me dices que te vas a ir..., pues ojalá te pierdas y no vuelvas nunca. ¿Vale? —Cada vez levanto más la voz y en cualquier instante alguien va a asomar la cabeza por una de las puertas del pasillo, pero me da igual. Me da todo igual—. Desaparece de mi vida de una vez porque, como vuelva a verte, te juro que...

Tengo que parar a coger aire en un par de ocasiones antes de seguir. Oliver me mira con una tranquilidad irritante.

—¡No quiero saber nada más de ti! —exclamo, encendida de rabia—. Vete y no vuelvas nunca más a buscarme, nunca. Eres un cabrón y un acosador, has agredido a mi mejor amiga y has abusado de mí y de mi confianza durante muchos meses. Tu tiempo ya se ha acabado. Ojalá te pudras.

Con esa última frase, un par de cabezas asoman de diferentes habitaciones, despiertas por los gritos. Una de ellas chista para que nos callemos y la otra parece escuchar con atención.

De pronto, noto la presencia de Connor a mi lado.

—He llamado a seguridad —me informa, y me agarra del brazo para que retroceda y vuelva a mi habitación.

Miro unos segundos a la cara de la persona que me ha hecho la vida imposible por última vez. Doy un paso atrás, dispuesta a marcharme, a no verlo nunca más, pero mi cuerpo no obedece y sale disparado hacia él. Antes de que me pueda dar cuenta, me lanzo sobre Oliver y le propino un puñetazo en la cara, apuntando al centro. Nunca he pegado así a nadie y no sé si lo he hecho con mucha fuerza, pero él grita, se dobla hacia delante y se lleva las manos a la nariz. A los pocos segundos, le empieza a sangrar profusamente, manchándole la piel.

Sus gemidos despiertan a más gente, que sale al pasillo justo cuando el ascensor se abre y dos encargados de seguridad caminan hacia nosotros. Connor se encarga de resolverlo todo mientras yo jadeo, todavía asumiendo lo que acabo de hacer y con la sensación de que la cólera que llevaba todos esos meses acumulando comienza a emanar de mi piel.

Oliver me mira con desprecio antes de que los de seguridad se lo lleven y le susurro algo para que solo él lo escuche:

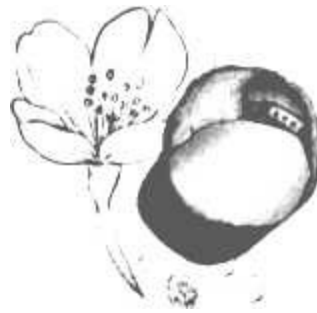
—Agradece que no te haya denunciado.

El me responde con una mueca y se gira para no oponer resistencia a los dos hombres que se lo llevan, uno a cada lado. Me sudan las manos y entonces soy consciente, cuando voy a secármelas en el pantalón, de que estoy temblando de arriba abajo de forma descontrolada. Ni siquiera siento los pies. Sólo me doy cuenta de que estoy llorando porque las lágrimas me emborronan la vista mientras contemplo cómo se llevan a Oliver de allí, probablemente prohibiéndole la entrada en el futuro.

Pese a lo que piensen los que me vean así, lo cierto es que me siento algo más tranquila. De hecho, me siento más libre que nunca.

Connor pide a la gente que vuelva a sus habitaciones, les dice que todo ha terminado. Y ahora, al oírlo, sé por fin que es verdad.

Todo ha terminado.



CONNOR

Lily llora durante más de quince minutos. Son lágrimas de rabia y frustración, pero también de liberación. El encuentro en el pasillo con su ex ha sido traumático, pero por lo menos estamos seguros de que será el último.

Intento llamar su atención en varias ocasiones para que deje de llorar, aunque me doy cuenta de que lo mejor es que suelte todo lo que lleva dentro.

La miro con pena, pero mi actitud cambia al instante cuando lo pienso dos veces. La persona que más me ha apoyado durante estos últimos meses, que se ha convertido en mi mejor amiga y ha demostrado una fuerza increíble, se va a poner bien. Va a superarlo todo.

Me pregunto si algún día yo también seré capaz de pasar página o si estaré siempre atascado en el mismo capítulo.



JASMINE

—Tienes que cortarte el pelo —es lo primero que le digo en cuanto me tumbo a su lado.

Para variar, hoy Tom tampoco tiene ganas de hacer nada, así que me dejo caer en la cama como si hubiera estado todo el día fuera de casa, aunque en realidad no he salido.

Él se encoge de hombros ante mi comentario, se pasa la mano por la cabeza y se gira, dándome la espalda. No sé si está intentando que le pregunte qué le pasa o si sólo tiene sueño, pero su actitud me empieza a cansar.

—Tom.. ¿Tom? —le llamo dos veces. La primera es un susurro; en la segunda, mi voz suena mucho más firme—. ¿Qué te pasa esta vez?

Él se remueve, pero no me mira a la cara. Me desespera que se comporte como si fuera un niño.

—Vale, no me hables.

Me levanto de la cama y camino por mi piso. No es muy grande, pero si lo bastante espacioso como para vivir dos personas sin problemas.

Ya le había propuesto varias veces a Tom que, en vez de quedarse en casa de sus padres, viniera conmigo, pero siempre se negaba cuando le sacaba el tema. O, todavía peor, se enfadaba conmigo por insistirle. Lo único que quiero es ayudarlo y que se sienta mejor, pero no pone de su parte. Sólo le importa estar con su hermana. Lo puedo entender, pero el hecho de que él siga viviendo con ella creo que empeora más la situación en su casa. Desde lo de Patrick, todo es demasiado tenso: las comidas, las escasas conversaciones... Es como si todas las vivencias del pasado no hubieran supuesto ninguna diferencia; de la noche a la mañana, una lo ha cambiado todo.

Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua fría para despejarme, aunque lo

único que consigo es que se me congelen los dientes y se extienda por mi cuerpo una sensación helada y bastante incómoda. Por suerte, sólo dura unos segundos, y vuelvo a dar varios tragos hasta que vacío el contenido de forma mecánica. Mi agente, que también se encarga de mi maquillaje y estilismo, me repite incesantemente lo importante que es beber durante el día, por lo que intento hacerle caso teniendo siempre a mano una botella o un vaso de agua.

Me quedo en silencio y capto el roce en el cabecero no fijado a la pared que hace la cama cuando alguien se gira encima, así que regreso a la habitación, intentando no enfadarme con Tom.

—¿Quieres dormir? —le pregunto.

No espero obtener respuesta, como de costumbre, aunque esta vez me sorprende.

—No lo sé.

Pongo los ojos en blanco, nerviosa.

Cuando empecé a quedar con Tom de una manera más seria en las últimas semanas, todo iba bien. Le estaba costando separarse de su hermana y pasar página de la búsqueda de Nate. Al principio, lo que más le preocupaba era esto último. Su hermana, al fin y al cabo, estaba bien y en su casa, pero de Nate no tenía noticias y no había nada que pudiéramos hacer. Se había marchado por su cuenta. En cuanto empecé a asumirlo, vinieron las inseguridades, la sobreprotección con Ximena y las dudas. La verdad, creo que Tom se ha refugiado en mí para intentar seguir adelante con su vida, pero esa es una labor que parece costarle cada vez más esfuerzo.

—Venga, levántate de la cama —le insisto.

Sé que no lo va a hacer, porque eso es lo único que ha hecho con su tiempo en las últimas semanas: no salir de la cama. Debería considerarme afortunada por haber conseguido sacarlo de casa y que venga aquí, pero en el fondo no ha servido de nada.

—Jasmine, ya vale —me responde él con un tono poco amigable.

Atravieso el umbral de la habitación y me siento justo a su lado para que me mire a la cara cuando le hable.

—¿Ya vale de qué? ¡Mírate! No haces nada con tu vida, estás echando todo a perder por tu culpa.

Noto cómo las sábanas suben y bajan. Tom coge aire y lo expulsa con fuerza, como quien intenta relajarse y contar hasta diez para evitar decir algo de lo que posteriormente se arrepienta.

—A ver... —me dice él, pero desiste en su explicación antes siquiera de

empezar.

Si le pasa algo, quiero que me lo cuente, porque empiezo a estar cansada de tanto secretismo. Tom y yo llevamos viéndonos un tiempo y, aunque antes no era nada serio, considero que me debe una explicación.

—¿Tú te crees que estoy así porque quiero? Todo el día con la misma ropa, sin salir apenas de casa y sin ganas de nada...

Me encojo de hombros, esperando a que él me dé la respuesta.

—Pues no sé, Tom, dímelo tú. No puedes quejarte de nada, tienes todo lo que necesitas: una gran cantidad de fans que te adoran, que están dispuestos a seguir cada movimiento que haces; un montón de oportunidades, tanto las que han ocurrido como las que están por venir, entre ellas la película. Ahora que estamos a punto de empezar el rodaje, ya no puedes echarte atrás porque cuentan contigo. Contamos contigo.

Tom ha cerrado los ojos, y no sé si es un mecanismo de defensa o que no quiere saber nada de lo que le estoy diciendo.

—¿Qué, no me vas a responder? Como siempre, en silencio... Entonces, ¿para qué has venido? —le pregunto, esperando una respuesta sincera que no llega. Me muerdo la lengua, cabreada. Me cansa estar con una persona así, sobre todo porque cuando lo conocí no se comportaba de esta forma. Tom ha cambiado muchísimo—. Bueno, pues nada, cuando quieras puedes marcharte, porque para tener una lapa en mi casa no quie...

—¿Es que no te das cuenta, Jasmine? —salta él. Abre los ojos y se incorpora en la cama con dificultad, sentándose con la espalda apoyada en el cabecero.

—No, no me doy cuenta. Me lo vas a tener que explicar.

Tom traga saliva y se ríe. No es una risa divertida ni amable, sino más bien amarga.

—¿No te das cuenta de que no quiero estar con una persona que me trata así? —Sus palabras me ofenden enseguida, pero no le corto—. ¿Tú crees que es normal decirle esas cosas a una persona que está mal? Me haces pensar que todo es por mi culpa. —Se queda en silencio unos segundos y después continúa—: Estoy intentando mejorar, oponerme a mi mente cuando lo único que me pide es no hacer nada porque ya no tiene sentido. Salgo de casa, aunque sólo sea para venir aquí, y tengo que escuchar todas tus estupideces de que tengo un montón de cosas buenas y no puedo quejarme por ello. Te crees que soy un vago, que estoy en casa de mis padres sólo porque quiero tener a mi hermana vigilada, pero no es así. Esa es tu versión de la verdad porque no

quieres creer la mía. No estoy bien, voy al psiquiatra, me han diagnosticado depresión. Sí, no me estoy medicando, pero eso no significa que no esté mal. Aunque todo esto ya lo sabes, Jasmine, no es nada nuevo para ti. —Me lanza una mirada apagada; ni siquiera parece tan afectado como insinúan sus palabras, sino más bien indiferente. ¿A qué está jugando?—. Sin embargo, en vez de apoyarme, estás todo el día presionándome...

—No estoy presionándote —me defiendo, ahora sí, de sus acusaciones.

—¿Ah, no? —responde él—. Vaya, juraría que me acabas de decir que soy una lapa en tu casa.

Ahora la que se queda en silencio soy yo. Sé que Tom tiene razón en algunas cosas que dice, pero no entiendo por qué se comporta así.

—Me marcho —anuncia, moviendo las piernas y apoyando los pies en el suelo. Se impulsa con un gesto lento y se pone de pie, dejándome sentada sola en la cama.

—¿Adonde? —insisto, aunque no tengo muchas esperanzas de que me lo diga.

—A otro lugar que no sea este. —Tom busca su chaqueta y la encuentra sobre la silla de mi escritorio. Se la pone, con la capucha incluida, y se sube la cremallera hasta arriba—. Tengo que hacer esto por mí, Jasmine. No podré salir adelante en un ambiente tan tóxico.

Sus palabras me dejan dolida y no digo nada mientras sale de la habitación, camina por el pasillo y cierra la puerta de mi piso cuando lo abandona. Me quedo mirando a un punto fijo de la habitación, meditando sobre lo que acaba de ocurrir. A veces me gustaría entender más de lo que le pasa, pero otras creo que no soy capaz de ponerme en su lugar. Desde fuera se ve sencillo, pero quizá por dentro de verdad sea tan horrible como lo describen.

Tom ha dejado de subir vídeos, ha rechazado muchas propuestas de trabajo interesantes, apenas se deja ver en sus redes y no tiene vida social más allá de quedar conmigo. No quiero perderlo, pero siento que cada día está más lejos del mundo.



KANNA

El sol despunta en el cielo de Tokio, en una paleta de un azul intenso sin apenas pinceladas blancas. Recuerdo que, en una ocasión, una chica de origen chino me pidió que le tatuara un cielo estrellado en ambos brazos, con las constelaciones incluidas. Era en blanco y negro, y al principio me sentí extraña cuando un reguero de tinta oscura cubrió la blancura de su piel. Verla un tiempo después, cuando se pasó muy orgullosa a saludar, ya con los tatuajes al descubierto, me hizo ser consciente de la belleza que puedes crear con este trabajo. Aunque muchos recelen de los tatuajes, la alegría que ves luego en las caras de quienes los llevan es indescriptible.

En fin, supongo que los tatuajes no dejan de ser una idea o un recuerdo impreso directamente en la piel; es decir, algo muy personal que decides compartir con el mundo. Algo valioso.

Las calles están llenas de turistas que, cámara en mano, se disponen a tomar las mejores fotos de los cerezos en flor. Después de varios años viviendo en Tokio, ya identifico los días del año en los que los árboles florecen, y lo sabría con sólo basarme en la afluencia de visitantes. La época en el que el rosa inunda las calles suele situarse entre la última semana de marzo y la primera de abril, por lo que escribo a Ava nada más salir del trabajo para avisarle de que es el momento.

Desde que la conozco, una de las cosas por las que más me ha preguntado es por la floración de los cerezos. Las televisiones locales recuerdan de vez en cuando el día exacto a partir del que se podrá disfrutar del espectáculo, pero a mí siempre me ha gustado encontrármelo por sorpresa. Por eso, cuando noto un cambio en el ambiente, una especie de electricidad nerviosa por lo que va a acontecer, intuyo que ese día ha llegado.

Escribo varios mensajes a Ava y no tengo que esperar mucho hasta que me responde. Está en una de las cafeterías a las que suele ir a leer con su libro electrónico, a escasos metros del hotel. Quedo con ella a mitad de camino y estoy a punto de ponerle un montón de emoticonos de flores rosas para que entienda el lugar al que la voy a llevar, pero me echo atrás. Prefiero que sea sorpresa. No puedo perderme su cara cuando las vea por primera vez.

Caminamos por la acera que da al sur de la calle hasta que nos cruzamos. La distingo a varios metros por su pelo, que hoy lleva recogido en dos coletas bajas, una a cada lado. La abrazo en cuanto me acerco a ella y no puedo evitar sonreír sin que me vea al pensar en la sorpresa que le voy a dar. Huelo su perfume y soy consciente de lo mucho que la he echado de menos, aunque sólo han pasado dos días desde que nos vimos. Caminamos de la mano y me alegro de que no me pregunte adonde vamos, porque se me da muy mal mentir.

—¿Qué tal tu mañana? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—Bien, hoy he terminado antes —respondo.

—¡Sí, qué bien!

Me sonrío, y de pronto el mundo parece un lugar más agradable. Creo que no miento cuando digo que Ava es la persona más guapa que he visto en mi vida. Tiene un pelo increíblemente claro, tan rubio que cuando le da el sol creo que me va a cegar el reflejo; la piel tan blanca que parece casi transparente y una nariz respingona muy graciosa. Le aporta un aspecto infantil y frágil que hace que quiera protegerla a toda costa de cualquier mal. Y sus ojos... En ese azul se mezcla el del hielo con el del aguamarina. Nunca me canso de mirarlos. Creo que sólo había visto ojos así en las películas y series extranjeras.

—¿Qué pasa? —me dice entre risas, aunque seguro que se está dando cuenta de lo que ocurre.

—Nada —respondo, haciéndome la despistada.

Cruzamos la calle para volver por el lugar por el que había caminado para encontrarme con ella. Me hace gracia ver a Ava mirar cada esquina de la ciudad. Cada casa, árbol y animal parecen llamar su atención, y ella examina las cosas como si no las hubiera visto jamás. Lo que más curiosidad le despierta son las máquinas expendedoras que hay repartidas por toda la ciudad, donde se pueden encontrar un montón de bebidas diferentes. De vez en cuando se compra una solo porque le gusta el envase y yo no puedo evitar reírme.

—¿Adonde vamos? —me pregunta ella, y me muerdo el labio inferior. No quiero estropear la sorpresa, pero tampoco mentirle.

—Te voy a llevar a un sitio en el que ya has estado.

Ella no parece entender a qué me refiero, pero, si le digo que en ese lugar hay algo nuevo, va a entenderlo enseguida, así que prefiero mantener el secreto. Le doy la mano, intentando que se olvide del tema, y me sonrío.

Recuerdo como si fuera ayer la primera vez que la vi hacer algo así.

Eran las tres de la tarde y me había quedado dormida. Llegaba tarde al trabajo, por lo que decidí coger el metro. No me gusta ir así, prefiero caminar y que me dé el aire porque luego me esperan varias horas de encierro en el sótano donde tatuamos a nuestros clientes, pero aquel día el retraso había sido culpa mía y, aunque nadie me iba a pedir explicaciones en mi estudio, no quería quedar mal conmigo misma ni con mis compañeros.

Bajé de dos en dos las escaleras de la boca de metro y fui a los tornos que daban acceso a todas las líneas. Podría haber mirado hacia un lado y hacer como que no me daba cuenta de que una chica necesitaba ayuda, porque iba a llegar muy tarde si me paraba a hablar con ella. Sin embargo, su pelo llamaba muchísimo la atención y no podía no verla. Además, no pude ignorar que, cada vez que intentaba meter el billete en la máquina para que le dejara pasar, esta se lo devolvía con un pitido. Me paré en seco un segundo y eso bastó para decidirme a echarle una mano.

Llevaba una ropa sencilla y una maleta gigante, además de una mochila que había visto ya a varios turistas por la ciudad. Me dirigí a ella en inglés porque no creía que hablara japonés. Me respondió con un acento curioso que me llamó la atención, aunque desde el momento en el que vi sus ojos no pude concentrarme en nada más. Nunca había visto unos ojos así de azules. Tuve que obligarme a apartar la mirada para no parecer indiscreta y le pedí el billete para ver qué podía estar pasando. En cuanto lo vi, me di cuenta del error.

—Estás utilizando un billete para otro tipo de trenes —le intenté explicar.

Le hice un gesto con la cabeza para apartarnos del centro y no bloquear el paso a los que querían entrar, y luego caminamos hacia las máquinas.

—¿Cuál has comprado? —le pregunté—. En esta máquina de aquí, ¿verdad?

Ella asintió sin pronunciar palabra.

—Oh, es que no es esta, sino esa de ahí. —Le mostré cuál era la y, en voz queda, ella me dio las gracias con una sonrisa cortés.

Cambió el idioma de la pantalla al inglés y cogió el billete en la máquina que tocaba mientras yo me alejaba en dirección al andén. Acababa de pasar un tren en mi dirección, así que tenía que esperar unos minutos al siguiente. Bajé en las escaleras mecánicas, ensimismada, y esperé a que llegara el metro sin poder parar de mirar el reloj. Cuando levanté la cabeza para ver el panel que anunciaba el siguiente tren, ya sólo quedaba un minuto, pero un destello dorado hizo que mi atención se desviara a la chica que había visto antes.

Examinaba un mapa en la pared sin pinta de estar enterándose de mucho. De hecho, parecía bastante agobiada, porque resopló en un par de ocasiones y se frotó los ojos, cansada. Se empezó a oír como el tren se acercaba a la estación y la megafonía avisó de que se estaba aproximando. Unos segundos más tarde, el metro frenó en el andén y un montón de gente comenzó a bajar en la parada, lo que hizo que perdiera de vista a la chica. Caminé hacia el tren, dispuesta a entrar, pero hubo algo en mí que hizo que me diera la vuelta y fuera directa hacia ella. Le pregunté adonde iba y si podía ayudarla, a lo que me respondió con el nombre de un hotel y una dirección. El andén empezó a vaciarse; casi todo el mundo había montado ya en el tren y este estaba a punto de marcharse, lo que me auguraba un retraso importante en el trabajo y que probablemente fuera el segundo tren que perdía por ayudarla.

—¡Ven, sígueme! —Le hice señas para que montara corriendo en el vagón conmigo.

Recorrí los tres metros que separaban la pared del andén con el tren y ella me imitó, arrastrando la maleta como pudo justo cuando sonaba el pitido que indicaba que las puertas se iban a cerrar.



JORDAN

El sonido de un trueno me hace dar un bote en la cama. Serán las cinco de la mañana y, al otro lado de la ventana, estará a punto de amanecer.

En los últimos meses he desarrollado una rutina de sueño poco aconsejable. Me voy a dormir todos los días a las doce, pero hacia las seis, si tengo suerte, ya me he desvelado. Desde que regresé a casa no he conseguido dormir más de siete horas seguidas en una noche. A veces me quedo dormido en el sofá durante un buen rato para recuperarme, pero, por lo demás, podría decirse que mi cuerpo se ha acostumbrado a descansar lo imprescindible para sobrevivir al siguiente día.

Un rayo se cuele entre las rendijas de la celosía y su proximidad con el trueno me indica que la tormenta está justo sobre la ciudad. Me doy la vuelta, intentando conciliar el sueño, aunque sé que no lo voy a conseguir porque mi mente ya lleva un rato en funciona-

Me incorporo, estirando el brazo hacia la mesilla para coger el móvil, y de pronto lo oigo: un ruido, como un paso. Ha sonado muy cerca de mi habitación. Mi corazón aumenta el ritmo en mi pecho y me río de mí mismo por haberme asustado tan fácilmente. Intento tomarme el pelo, intentando convencerme de que esas cosas sólo pasan en las películas y que el ruido habrá sido un simple crujido de la madera bajo la moqueta. Sin embargo, cuando vuelve a sonar, abro del todo los ojos y me incorporo sobre la cama.

No sé si mi cerebro está jugando conmigo o no. Si compartiese piso con alguien, lo atribuiría a mi compañero yendo al baño a las cinco de la madrugada. Nada más. Pero en esta casa estoy yo solo y no deberían sonar más que los latidos de mi corazón y los estallidos de la tormenta. No puede haber nadie más.

Entonces, un pensamiento inunda cada resquicio de mi mente y sólo pienso

en dos palabras.
Las llaves.



AVA

Sujeto el móvil en una mano y lo cambio a la otra, como si me ardiera. Hace un rato que Kanna me ha dejado a solas en la habitación del hotel. Pensaba que esta decisión sería lo más difícil de tomar, pero lo que más complicado me está resultando es llevarla a cabo.

Aun así, intento concentrarme en lo que tengo que decir. Son tantas cosas que lo más probable es que me quede en blanco.

Desbloqueo el móvil posando mi huella dactilar sobre el botón. Abro la agenda de contactos, nerviosa. Busco la L y, después de leer el nombre varias veces, pulso el símbolo de llamada.



LILY

Miro el reloj cuando salgo de la habitación de forma instintiva, aunque sé que Connor no me está esperando abajo. Desde que empezó el nuevo semestre en la universidad, siempre vamos juntos por la mañana dando un paseo, sin prisa, e incluso a veces recorriendo el camino largo para despejarnos antes de una intensa mañana de clases.

Las primeras semanas fueron fáciles. Las nuevas asignaturas me interesaban más que las del semestre anterior y me resultaban más llevaderas. Sin embargo, ahora que las fechas de los exámenes finales se acercan, soy consciente de que no puedo permitirme fallar. Si apruebo todos los exámenes a la primera, sólo me quedará el proyecto de fin de carrera para terminarla... y ya estaré oficialmente graduada en Economía. Después de tres cursos en España, estoy a punto de acabar el cuarto en Inglaterra y, a pesar de que no puedo esperar a tener mi título, no sé qué voy a hacer cuando todo esto pase.

Camino por el pasillo intentando no pensar en eso ahora. Me he prometido a mí misma en muchas ocasiones que no le daría vueltas a mi futuro hasta que pasaran los exámenes. Pulso el botón para llamar al ascensor, pero, como veo que tarda en aparecer, decido bajar por las escaleras. No tengo prisa, pero no es la primera vez que a estas horas la residencia está llena de gente que sube corriendo a su habitación después del desayuno o que ya está saliendo para empezar un día más en la universidad. Como formo parte de este último grupo de personas previsoras a las que le gusta ir con tiempo a los sitios, bajo las escaleras de dos en dos hasta que llego al vestíbulo.

Como todos los días, la entrada al Ellesmere es un hervidero de gente bien vestida en una sala que parece la recepción del mismísimo palacio de

Buckingham. He pasado por aquí un millón de veces, pero todavía no me acostumbro a la majestuosidad de los altos techos con paredes enteladas, donde una lámpara de araña justo delante de la puerta principal despidе una luz casi imperceptible en la luz matutina.

Atravieso los grupos que se han formado en la salida. Una ráfaga de aire frío me golpea la cara. Aunque ya es primavera y las temperaturas han subido, el frío parece reticente a abandonar Londres.

Doy varios pasos y camino por la acera en dirección a la Universidad de South Kensington. El recorrido no es tan largo como para que necesite un abrigo, así que aprieto el paso. Me resulta extraño caminar sin Connor a mi lado. Casi todos los días, a no ser que tengamos algún examen o haya un cambio de horario, vamos juntos a clase. Él no es muy de hablar a primera hora y yo tampoco, por lo que nos hacemos compañía en silencio mientras observamos cómo las calles van sumiéndose en una transición gradual del invierno a la primavera. La mayoría de los árboles todavía siguen desnudos y la gente aún no ha renunciado a las bufandas, pero el sol despunta con más intensidad y el cielo está más limpio. También hay una especie de expectación en el aire, como cuando sabes que algo está a punto de cambiar.

En esta ocasión, como los exámenes están más cerca, Connor ha salido hace un par de horas. Su táctica de levantarse antes e irse a la biblioteca a estudiar parece estar funcionándole, así que quedo con él en nuestra primera clase.

Decido no correr cuando el semáforo para peatones parpadea, indicando que está a punto de pasar al rojo. Doy vueltas a la piedra de mi collar, distraída, cuando noto que mi móvil vibra en el bolsillo.

Antes de sacarlo, mi mente salta a Connor. Lo más probable es que me haya estado escribiendo y no le haya respondido. Miro el móvil, con una respuesta ya en los labios, cuando veo que quien está intentando comunicarse conmigo no es él.

Es Ava.

No sé en qué momento del día saco fuerzas para salir de la cama, preparar la bolsa de deporte e ir al gimnasio. Han pasado meses desde la última vez que fui a la piscina donde entrenaba cuando tenía quince años y a la que sólo volvía cuando pasaba algún fin de semana en casa de mis padres. Apenas me dejaba ver por ahí porque, desde que mi canal de YouTube se volvió bastante conocido entre la gente joven, me daba miedo que me reconocieran y supieran que vivía por ahí. Sin embargo, ahora las cosas han cambiado. Desde lo de

Finn y el programa, y a pesar de todos los intentos de Jasmine de llamar la atención por las redes, he conseguido pasar un poco desapercibido. Es como si la gente se hubiera olvidado parcialmente de mí. Al principio me sentía mal por haberles defraudado, por haber desaparecido así..., pero otras veces no sentía nada. Y eso último es lo que más miedo me da.

En el vestuario no pierdo el tiempo. Me cambio de ropa con rapidez, guardo todo en una taquilla y voy directo a la piscina. Ni siquiera recuerdo si el agua solía estar fría o caliente; además, es muy probable que las cosas hayan cambiado desde la última vez que vine. No decido meter el pie para probar la temperatura antes de entrar, sino que me lanzo de golpe y simplemente nado, sin pensar en nada. Me sorprende notarla fría. Permanezco con la cabeza bajo el agua más tiempo del que aguanto por lo general, hasta un límite en el que me encuentro todavía cómodo, y saco la cabeza a la superficie hacia un lado cuando mi cuerpo me pide oxígeno. No dejo que en mi mente entre ningún otro pensamiento que no sea el movimiento que tengo que hacer a continuación.

Sólo percibo las ondulaciones del agua, los reflejos que hace en el fondo de la piscina. Estoy tan concentrado que ni siquiera me fijo en el ruido de alrededor, sólo en el de mis propias brazadas contra el agua.

Después de varios minutos sin parar, hago una pausa en una esquina, donde no pueda molestar a nadie, pero sí observar todo mi entorno. Enseguida noto que mis músculos se quejan por haber iniciado un entrenamiento sin haber calentado antes y, sobre todo, tras un largo tiempo sin nadar. Lo más probable es que mañana tenga agujetas por los brazos, el pecho y seguramente las piernas, pero no me importa.

Cojo aire, llenando al máximo los pulmones, y me sumerjo bajo el azul. Abro los ojos y la paz que me transmite esa sensación me reconforta. Me recuerda por qué me gusta tanto nadar: porque el agua es el único lugar en el que me siento realmente yo mismo. Cuando estoy aquí, no tengo que rendir cuentas a nadie ni conseguir nada.

Soy sólo yo.

Nado durante varios minutos más, sintiendo cómo mis músculos empiezan a fatigarse y a pedirme que pare. No lo hago hasta que llega un momento en el que no puedo más. Quizás así pueda liberar una parte de todas las ideas que se arremolinan en mi cerebro y no me dejan salir adelante. Para mi sorpresa, la táctica funciona y, después de darme una ducha y ponerme la ropa limpia, salgo a la calle y me siento mejor que cuando he entrado.

El aire revuelve mi pelo, todavía húmedo, y cierro los ojos unos segundos para obligarme a recordar este instante cuando esté agobiado o cuando no me apetezca salir de casa para ir al gimnasio. Es como si todo estuviera bien, y la sensación continúa así durante unas horas. Mis músculos no pueden más, pero mi mente parece haber mejorado. No sé cuánto durará esto, pero para mí es como una pequeña victoria dentro de una rutina de derrotas.

Retomo el camino de vuelta a la casa de mis padres y saco el móvil. Me pongo al día de algunas notificaciones que llevaba bastante tiempo sin responder; entre ellas, las de Alice. No sé si le escribo como consecuencia de este pequeño momento de luz o es que de verdad me apetece quedar con ella para hablar. Sea como sea, no tarda más de treinta segundos en pasarme una dirección.



—¡Eh!

Intento llamar la atención de Martha, que va unos pasos por delante de mí en dirección a la universidad, pero todo el mundo parece escucharme, excepto ella.

Acelero el paso y doy varias zancadas hasta que me pongo a su lado. Cuando le toco el hombro para advertirle de que estoy ahí, ella da un bote y se lleva las manos a los oídos para quitarse los cascos inalámbricos.

—¡Pero de qué vas! —me espeta.

Me encojo de hombros, pasando de su pregunta.

—¿Qué haces?

—¿Tú que crees? Ir a clase, como todos los días.

No sé si me está tomando el pelo o no.

—Pero... ¿no te habían echado? —le pregunto.

Desde el momento en el que ambos decidimos ir a The Eye, asumimos que la USK no querría contar con nosotros entre sus alumnos cuando regresáramos. La política de asistencia es muy estricta: si te ausentas varios días, pueden llegar a cancelarte la matrícula si las faltas no están debidamente justificadas. Y, en fin, el programa no era algo que la universidad considerara «trabajo» o «enfermedad grave».

—Hmmm..., no. —Parece genuinamente sorprendida por mi pregunta.

—¿Cómo es posible? —insisto—. Faltamos un montón de días. A mí me da igual porque he dejado la carrera, pero...

Martha no parece inmutarse cuando digo por primera vez delante de ella que he dejado la universidad. Cuando volvimos a Londres tras la cancelación del programa, tomé la decisión de no poner un pie en la USK. Era algo que llevaba un tiempo pensando. La carrera que estaba estudiando no me aportaba nada y cada día me costaba más levantarme y poner buena cara, sobre todo

ahora que se iba a estrenar una película en la que mi madre salía como protagonista. Después de tantos años, todavía no me he acostumbrado a verla en los carteles promocionales de las marquesinas de los autobuses ni en las pancartas de los cines y, ahora que la publicidad está siendo tan intensa, puede decirse que estoy abrumado. No sé a qué me quiero dedicar todavía, pero si algo tengo claro es que no pienso malgastar la vida haciendo algo que no me guste.

Aunque Martha ya sabe que lo he dejado porque no he aparecido por clase desde enero, ni siquiera se ha dignado a preguntarme por qué ni cómo estoy. Durante estos últimos meses se ha dedicado a pasar de mí, irse con otros chicos y hacerse amiga de la persona con la que, ahora mismo, nadie quiere relacionarse: Meredith. Desde que van juntas a hacerse las uñas y quedan para fumar en los descansos de las clases, no es la misma.

—Yo no falté a ninguna clase; los pocos días que me salté me los han justificado, Rex —me dice, esperando a que el semáforo cambie de color para cruzar la calle. A lo lejos veo que un grupo de estudiantes también alojados en el Ellesmere caminan por delante de nosotros, despreocupados. Entre ellos va Lily, la novia pelirroja de Tom Roy. Si es que todavía siguen juntos, claro; de ser así, me figuro que lo llevarán en secreto. Verla hablando por teléfono con expresión de angustia me hace pensar en qué le estará pasando y me olvido de responder a Martha.

—Vale, bueno, ya no te molesto más —mascullo luego, y me paro en seco en mitad de la calle.

No la miro a la cara, aunque me doy cuenta de que ella también deja de andar. Conociéndola, sé que estará perdiendo la paciencia y poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué pasa ahora, Rex? —dice con los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora que los veo, me parecen más musculosos, como si hubiera estado yendo al gimnasio. ¿Cuántas cosas habrá hecho en los últimos meses de las que no me he enterado?

—No pasa nada, Martha, pero...

—Siempre tiene que haber un «pero» —me corta.

Inspiro hondo, consciente de que, diga lo que diga, vamos a terminar discutiendo.

—No quiero que llegues tarde a clase, ya hablaremos en otro momento. — Opto por la vía fácil, pero ella no parece muy convencida.

—Venga ya —contesta con fastidio—, ahora me lo dices.

Echo un vistazo hacia los lados con la esperanza de que nadie nos esté mirando. La gente que va a clase y que pasa a nuestro alrededor parece más pendiente de sus propios asuntos que de nuestra conversación.

—Bien... —empiezo, sin saber muy bien cómo seguir—. Veo que te estás adaptando de nuevo a tu antigua vida, la que tenías antes del programa. Quiero decir, que estás volviendo a las clases como si nada, a pesar de que tienes un montón de gente en las redes sociales que quiere saber más de ti.

—Pffif—es cuanto responde. Sacude la cabeza y me mira con cara de que no estoy entendiendo nada—. Mira, Rex... Me importa una mierda la gente de las redes sociales. He borrado mis perfiles de todas partes porque no me interesa los seguidores y todo eso. Me da igual. Fui al programa porque me apetecía, porque podría molar y me lo pasé bien. Fue una putada que lo cancelaran, pero qué le vamos a hacer. Yo no soy la hija de Verity Hampton, no tengo ninguna manera de buscarme la vida que no sea por mí misma y, sinceramente, no es algo que me apetezca. No pertenezco a ese mundo ni quiero ser «la chica que salió del programa ese que cancelaron» —dice, haciendo un gesto de comillas con las manos—. Aun así, ¿a qué viene todo esto ahora? Han pasado tres meses, Rex.

Me encojo de hombros, indeciso sobre qué responder. Es cierto que ya ha pasado mucho tiempo desde que todo terminó, pero yo sigo sintiendo que me he metido en una espiral de la que no puedo salir. Aunque el programa ya ha terminado, en las redes se sigue hablando de él porque los espectadores pedían una segunda parte. El problema es que nadie sabe realmente por qué terminó, excepto nosotros.

—Supongo que tienes razón —le respondo.

Lo último que quiero con esta conversación es acabar dándole la razón a Martha, pero no puedo negar la verdad. Cuando regresé a Londres y decidí dejar la carrera, lo hice con vistas a dedicarme profesionalmente a lo que de verdad me gustara. Sin embargo, lo único que he hecho desde entonces es seguir viviendo en la misma residencia de estudiantes, solo y viendo cómo la gente sigue con sus vidas mientras yo no hago nada. Hasta Ava, la nórdica guapa que apenas hablaba, ha sido más valiente que yo al decidir dejarlo todo y empezar en algún otro lugar. Pienso en ella durante unos segundos, pero aparco el recuerdo; no quiero desviar mi mente del tema de conversación.

—Da igual, sólo quería saber algo de ti. Lo único de lo que me entero es de lo que tu nueva amiga cuelga en sus redes sociales —le espeto, cabreado conmigo mismo porque sé que sueno celoso—. Desde que volvimos, hemos

perdido toda la relación que teníamos.

Ella se ríe con sarcasmo y comprueba su móvil. El gesto me recuerda que la estoy retrasando y que va a llegar tarde a clase.

—Olvida lo que te acabo de decir —insisto antes de que pueda abrir la boca—. No quiero que llegues tarde a clase, ya lo hablaremos con calma.

—¿Hablar de qué, Rex?

—Pues... de nosotros.

Martha niega con la cabeza.

—Creo que no hay nada de lo que hablar —dice—. Cada uno ha seguido con su vida. Y no pasa nada, no es algo malo. Simplemente ha ocurrido así.

—Entonces, ¿no quieres que haya nada entre nosotros? —le pregunto, perplejo.

Una parte de mí se asombra de que me extrañe que alguien no quiera nada conmigo, teniendo en cuenta el caos que es mi vida ahora mismo, pero otra recita la lista de ocasiones en que Martha me fue a la zaga, deseosa de juntarse conmigo y de complacerme.

Ella parece sorprendida por mi pregunta.

—Rex... La verdad es que lo único que quiero es terminar con la universidad. No te voy a decir que no si algún día nos cruzamos y surge, pero por ahora no estoy buscando nada serio. Lo siento.

Su voz es firme, pero detecto algo de ternura, como si se estuviera realmente disculpando y no sólo diciendo lo típico en estas situaciones.

—De acuerdo —respondo—. Bueno..., vete a clase.

Martha me mira con cara de compasión, sin terminar de entender lo que acaba de pasar.

—Por favor, no te lo tomes a mal. Es que ahora no me apetece tener una relación seria, pero no tiene nada que ver contigo.

—Vale. —Asiento como si entendiera algo que para mí es incomprensible.

—Bueno..., ya hablaremos —me dice a modo de respuesta.

No sé si es una promesa o una despedida, pero me toca el brazo con afecto y me sonrío antes de proseguir con su camino a la universidad. Veo que aprieta el paso para no retrasarse y me giro para regresar al hotel.

Recorro los metros que me separan de la residencia como un autómatas, preguntándome qué es lo que quiero, porque no sé si la inseguridad de mi posición actual me está jugando una mala pasada o no. No sé si todo esto se debe a que me gustaría tener algo con ella o si es porque sus sentimientos hacia mí no dejan de ser lo único que en todo este tiempo había dado por

sentado y ahora, como todo lo demás, es otra cosa que ha cambiado.

Mientras vuelvo al interior del Ellesmere, pienso que me cuesta reconocerme: jamás había estado tan perdido.



AVA

—¿Sí?

Se me cae el mundo a los pies cuando escucho su voz, y de repente me siento tan mal que pienso que voy a vomitar en cualquier momento. Creía estar lista para hacer esta llamada, pero, al parecer, no lo estoy.

—¿Hola?

La voz de Lily vuelve a oírse. Cojo aire un par de veces y hablo antes de que piense que la he llamado sin querer o que se trata de una broma, aunque eso no es propio de mí. Aunque tampoco lo es desaparecer, y eso es lo único que he hecho durante estos tres meses.

—Hola —respondo con un hilo de voz.

Nos quedamos las dos en silencio. Sé que soy yo la que tengo que hablar, porque soy quien la ha llamado y quien tiene que dar explicaciones, pero mi cuerpo no reacciona.

—¿Ava?

Inspiro de nuevo y carraspeo.

—Sí, soy yo. Lily... Lo siento muchísimo.

No me da tiempo a añadir nada más antes de echarme a llorar. Sollozo sin querer, más alto de lo que me gustaría, y sé que se me está oyendo perfectamente al otro lado de la línea. Había pensado varias cosas que decirle, pero los nervios se han apoderado de mí y no soy capaz de farfullar más que eso.

—Ava... ¿Estás bien? —me pregunta. Tiene un tono de voz sosegado, lo que hace que poco a poco vaya recuperando la tranquilidad. Las piernas me tiemblan, así que me dejo caer en uno de los sillones que hay frente a la ventana y dejo vagar la vista entre las luces de los edificios.

—No sé qué decirte... Me había preparado un montón de cosas, pero... Lo siento muchísimo, Lily, de verdad.

Cuando los ojos se me llenan otra vez de lágrimas, las luces en derredor se difuminan.

—¿Estás en casa? —inquire ella.

Volver a escuchar su inglés con acento español me trae demasiados recuerdos.

—Eh... No —respondo, sin saber muy bien qué interpretar de su pregunta.

Entonces caigo en la cuenta: Lily no ha sabido nada de mí desde que desaparecí en Las Vegas. Ni siquiera sabe dónde estoy.

—Es una larga historia, pero... estoy en Tokio.

Su silencio al otro lado del teléfono me asusta. No sé si es bueno o malo. Lo único que oigo de fondo es el bullicio de las calles de Londres, interrumpido por el claxon de algún coche.

—Tokio... —susurra ella, asimilando la información—. Y... ¿estás bien?

—Sí —contesto demasiado seca, así que dejo que mis nervios hablen por mí—: Lily, sé que no te he dicho nada en estos tres meses, tienes todo el derecho a estar enfadada conmigo y a odiarme por lo que te he hecho. Lo siento. Necesitaba salir de ahí y..., y no sabía cómo. No quería volver a casa, no quería quedarme donde estaba, sólo buscaba huir. Tomé decisiones de forma precipitada y lo último que quiero es que...

—¿Y por qué me llamas ahora? —me corta. No lo hace con un tono severo, sino todo lo contrario. Veo que mi llamada le ha pillado desprevenida—. Te he estado llamando durante meses. Connor y yo..., bueno, hemos estado preocupadísimos por ti, no podíamos localizarte...

Trago saliva al escuchar su nombre.

—Lo siento mucho. Lo siento muchísimo, Lily, en serio.

—Pero... ¿estás bien de verdad? —me pregunta, enfatizando esta vez las dos últimas palabras.

Dedico un par de segundos a meditar la respuesta.

—Estoy mejor. Sólo estaré bien del todo si me prometes que no estás enfadada conmigo. —En ese mismo instante me doy cuenta de la tontería que acabo de decir y me corrijo antes de que me responda ella—: No, ignora eso último. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada. No te he llamado antes porque me sentía incapaz de hacerlo, pero créeme que he pensado en vosotros todos los días desde que llegué aquí.

Me quedo en silencio para esperar su respuesta, pero pasan los segundos y

no llega. Separo el móvil de mi oreja para asegurarme de que esté funcionando bien y, cuando miro la pantalla, veo que los números siguen moviéndose.

—¿Lily? —balbuceo.

—Perdona —me responde—. Es que no sé muy bien qué decir. Me has pillado desprevenida, no esperaba esto. Es que... no estoy enfadada, pero estoy triste y muy preocupada por ti. —Suspira—. Desapareciste dejándonos un mensaje confuso. Podrías haberme esperado... Sabes que yo siempre te voy a ayudar. Pero, aun así, lo único que pedía era una respuesta a mis mensajes, Ava, un «estoy bien», «he llegado a casa» o... no sé.

La culpable de que esos mensajes no hayan existido soy yo. Es algo de lo que, durante todo este tiempo, he sido consciente, y quizá saberlo lo haya dificultado cada vez más. Los primeros días pensé que ya le contestaría, luego que lo haría al día siguiente, pero en el momento me angustiaba lo que debería y no podría explicarle, de manera que lo posponía hasta el siguiente y el siguiente. Y así han pasado las semanas, hasta el punto de que, siempre que recordaba a Lily o a Connor, me agobiaba tanto que el bloqueo se intensificaba.

—Lo siento muchísimo —repito. No sé cuántas veces lo habré repetido, pero es lo único que se me ocurre. Mi mente no parece capaz de formular excusas con sentido, sólo un «lo siento» interminable que resume muy bien mi postura.

Porque es verdad. Llevo tanto tiempo sintiéndolo que ni siquiera he sabido solucionarlo, sólo refugiarme en Kanna y una ciudad desconocida. ¿Acaso no es lo mismo que hice cuando llegué a Londres en otoño?

—Da igual —responde Lily, aunque sé que no es verdad.

Oigo cómo toma aire al otro lado de la línea y lo deja salir, resoplando. De fondo se advierte un murmullo que no logro ubicar.

—Tengo que dejarte porque estoy a punto de entrar en clase, pero necesito que me digas si estás bien de verdad y cuándo puedo volver a llamarte.

—Oh... Dentro de unas diez horas —farfullo, incómoda—. Aquí ya es por la noche.

—Vale —accede con la voz serena—. Unas últimas preguntas antes de marcharme; y, por favor, contéstame con sinceridad.

Asiento, pero al momento me doy cuenta de que no es capaz de ver mi gesto y murmuro una afirmación.

El jaleo a su alrededor se incrementa y tengo miedo de no escuchar lo que me va a decir.

—¿Por qué Tokio?

Trago saliva, intentando buscar una respuesta que ni siquiera yo tengo.

—Quería irme lejos, a un sitio seguro.

—Pero... ¿conoces a alguien que viva allí? ¿Te estás alojando en su casa o algo?

Si Lily tiene que entrar en clase, no hay tiempo para explicarle todo, pero tampoco quiero soltarle una mentira.

—Me estoy quedando en un hotel porque no conocía a nadie.

Espero que mi forma de hablar en pasado no llame la atención. Me doy cuenta de que el murmullo que había escuchado antes se va apagando, y entiendo que a la clase no le queda mucho para empezar y va a tener que colgar en unos segundos.

—Y lo último que necesito saber: ¿me volverás a llamar? O, si no, ¿me cogerás el teléfono? Después de estos tres meses... —habla rápido, bajando el tono.

Cambio el móvil de oreja y respondo un «sí». En cuanto lo hago, la línea ya se ha cortado.



ALICE

Mi despacho se ha convertido en un auténtico caos en las últimas semanas. Los informes y papeles ya no sólo se acumulan en mi escritorio, sino que también han invadido una silla que ha quedado libre y parte del suelo. Intento apilar los montones de papeles en formas uniformes y tirar lo que no necesito, aunque en realidad apenas me deshago de nada. Ahora mismo soy incapaz de seleccionar lo que es menos importante y no voy a necesitar, así que me hago la falsa promesa de que ya lo organizaré más adelante y echo un último vistazo a mi despacho antes de salir de la agencia.

Cuántas cosas han cambiado en tan poco tiempo.

Estiro la mano para coger mi sombrero del perchero que Patrick trajo hace ya varios meses y recorro el pasillo. Hoy mis zapatos no suenan porque he sustituido los tacones por una pequeña plataforma, pero aun así Rebecca levanta la cabeza justo cuando voy a salir por la puerta.

—Alice, ¿tienes prisa? —me pregunta, poniéndose de pie.

Miro el reloj de forma instintiva, aunque sé que voy con tiempo de sobra para quedar con Tom. De hecho, es bastante probable que tenga que esperarle.

—No, dime —respondo.

—Tienes una visita.

Ahora sí que consulto el reloj de verdad para calcular cuánto tiempo tengo para atenderla. Probablemente a esas horas sólo puede tratarse del representante de alguna empresa con la que hayamos trabajado antes.

—¿De quién? Estaba a punto de irme, he quedado; no sé si ahora puedo...

Pero antes de terminar la frase, la puerta principal se abre y me alivia toparme con la cara de la persona en la que acabo de pensar.

—Perdona, le he dicho que subiera, pensaba que no habría problema —se disculpa Rebecca en voz baja.

—No te preocupes —la tranquilizo, y me dirijo directamente a Tom Roy —. ¿Qué haces aquí? ¿No habíamos quedado en una cafetería?

Él se encoge de hombros. Su aspecto deja bastante que desear. Ha sustituido los pitillos por un pantalón de chándal gris. Lleva una chaqueta demasiado fina para el tiempo que está haciendo en Londres y noto cómo se guarda en el bolsillo trasero las gafas de sol. Tiene el pelo revuelto, como siempre, y desprende un olor a cloro que noto desde aquí. Por lo menos eso es buena señal, a pesar de que sus ojeras indican lo contrario.

—Sí, pero pensaba que igual sería mejor vernos aquí —responde mientras todavía lo estoy observando.

Él se da cuenta de la pequeña inspección que le he hecho en apenas unos segundos y levanta las cejas.

—Claro, sí, pasa a mi despacho. —Me hago a un lado para que se ponga a mi altura y lo acompaño hasta el final del pasillo.

Cuando se abre la puerta y entra, me avergüenza que encuentre todo desordenado e intento quitar rápidamente las carpetas que se amontonan en la silla que no es la mía. No esperaba recibir visitas y contamos con una sala especial para reunirnos con clientes, pero está ocupada y no me queda otro remedio que hablar con él aquí.

—Perdona el desorden. Siéntate —le pido, señalándole la silla.

Roy ignora el desastre que hay a nuestro alrededor mientras me hace caso: se limita a dejarse caer y empujarse con los pies para acercarse a la mesa. Yo hago lo mismo al otro lado.

—Cómo estás.

Ni siquiera es una pregunta, porque no sabría cómo elaborarla. El chico levanta la vista por primera vez desde que ha llegado y me mira, se encoge de hombros y vuelve a fijar los ojos en algún punto del infinito. Veo que no va a decir nada más, así que continúo:

—Querías hablar conmigo. ¿Va todo bien?

Eso atrae su atención hacia mí.

—Bueno, hoy estoy bien, aunque un poco desganado.

Siento que está todavía respondiéndome a la pregunta anterior, así que me quedo unos segundos en silencio para dejarle espacio.

—Perdona que te haya molestado. Sé que estáis hasta arriba. Voy a soltar la bomba antes de que me arrepienta y salga por esa puerta sin poder

sincerarme contigo.

—Vale —asiento.

—Quiero dejar YouTube, las redes sociales y todo lo relacionado con eso.

Su tono es tan contundente que me asusta lo seguro que está de su decisión. Espero a que diga algo más, pero eso es todo lo que ha venido a contarme.

—Vale —repito, digiriendo la información.

Sabía que Roy estaba pasando por una mala racha y no he querido presionarle durante este tiempo en el que ha dejado de lado su canal y las redes sociales. De hecho, ni siquiera le he mencionado el tema, a menos que lo sacara él. Los últimos mensajes que le he mandado iban más dirigidos a saber si estaba bien, al igual que su hermana, y como mucho alguna pregunta sobre su supuesta relación con Jasmine.

—¿Estás cien por cien seguro?

Se queda en silencio, y en ese instante descubro que todavía no lo tiene claro. Tom Roy no ha venido a decirme que quiere dejar YouTube, sino a pedirme consejo sobre si debería hacerlo. Me da la impresión de que la soledad en la que se ha inmerso en los últimos días ha hecho que no tenga a nadie más que a mí con quien hablar de este asunto. Nadie que le pueda entender, ahora que Finn no está y que se ha alejado del resto de sus compañeros de profesión desde que pasó todo.

—Sabes que, hagas lo que hagas, te voy a apoyar.

Su expresión cambia cuando digo estas palabras y, no sé por qué, parece que se siente aliviado.

—Dime en qué puedo ayudarte, Tom. —Esta vez le llamo por su nombre.

Él se revuelve en la silla, evitando mi mirada.

—¿Alguna vez te has sentido sola entre un montón de gente? —pregunta en voz alta, pero no le respondo—. Esa es mi sensación constante últimamente. Miro a mi alrededor y veo a un montón de personas que me rodean, pero es como si, por más que las tenga al lado, por más que grito, no me vieran. Y lo peor de todo no es eso, es que no tengo motivos para quejarme. Tengo una familia que me quiere y unos seguidores que me valoran por ser como soy, en su mayor parte... Y, aun así, soy incapaz de quedarme con eso, porque lo único que siento es que cuando estoy mal no tengo a nadie a quien acudir porque no quiero molestar. Estoy cansado de ser una carga. Te lo cuento a ti porque ya no sé qué hacer. Mi mejor amigo se ha muerto, su novio está desaparecido y el hermano de Finn también, y no sé cuál de las tres cosas me hace sentir peor estos días. Una no tiene solución y las otras, por más que lo haya intentado,

por más que me haya machacado, no se resuelven. He buscado a Nate durante meses. No sé qué hacer, excepto lo que sí tengo claro: necesito dejarlo todo. Necesito frenar y bajarme.

Sus ojos no están llorosos ni se le corta la voz, lo único que puedo extraer de sus palabras es que está sobrepasado por la situación. No añade nada más, sólo toma aire y lo expulsa varias veces. Por un momento, me parece que es la primera vez que lo hace de verdad desde que ha llegado.

—Como te he dicho, Tom, sabes que vas a poder contar conmigo para lo que quieras. Decidas lo que decidas, te voy a ayudar. Si crees que es mejor que pares, para. No tomes esta decisión pensando en lo que dirán los demás, ni siquiera pienses en la agencia ni en mí. Si prefieres retomarlo todo porque crees que te puede ayudar a distraerte, que sea también tu decisión. Creo que es algo que debes valorar, los pros y los contras, y seguir adelante con lo que pienses que va a ser mejor para ti.

—¿Y cuáles son los pros de seguir adelante? —me pregunta.

De nuevo me doy cuenta de que tiene dudas, pero quien tiene que resolverlas es él. Yo no puedo hacer nada más que mostrarle la realidad. Sin embargo, me asusta que sus palabras vayan más allá.

—Ven, levántate —le indico, y yo hago lo mismo.

Tom se sorprende por la brusquedad de mi reacción, pero me obedece enseguida. Me aproximo a él y le doy un abrazo. De todos los clientes que tengo, siempre ha sido mi favorito; nuestra relación ha superado la profesionalidad y puedo considerarlo casi un amigo, aunque a veces, en el pasado, le haya echado alguna bronca.

Después de todo lo que ha tenido que aguantar, me niego a verlo así. —Venga, acompáñame. Quiero que vayamos a un sitio.

Sin esperar su respuesta, abro la puerta del despacho y con la cabeza le indico que salga por delante de mí. Él me obedece, confuso, y me sigue por el pasillo sin hacer preguntas.



MEREDITH

Cuando veo que a mi móvil todavía le falta un buen rato para cargarse del todo, me dejo caer en la cama para hacer tiempo. Tendría que estar estudiando, y que me haya quedado sin batería parece una señal del destino para que deje lo que estoy haciendo y me ponga ya a organizarme de cara a los exámenes finales. Todavía tengo un mes y medio, pero tercero me está costando mucho más de lo que pensaba.

Todo el mundo me había asegurado que estudiar en el extranjero era más sencillo, en especial a nivel de exigencia. Según mis amigos, apenas había que hacer exámenes porque en la mayoría de las asignaturas la evaluación se realizaba mediante trabajos. Sin embargo, a los pocos meses de estar aquí me di cuenta de lo mucho que se equivocaban. Estudiar en otro idioma es sólo el primero de los muchos retos a los que tienes que enfrentarte, además de nuevos profesores, horarios y metodologías. Aunque, eso sí, no me importa soportar eso a cambio de la libertad de estar sola, fuera de cualquier intento de control familiar.

Si me quedo tumbada un poco más, me voy a quedar dormida, así que me siento en el borde de la cama y examino mis pies. Todavía tengo las rozaduras de los últimos tacones que me he puesto, aunque mereció la pena por la fiesta.

Al alzar la vista, veo que la pantalla del móvil se ilumina en silencio con una llamada entrante. Me acerco a él y veo brillar el nombre y la foto de mi madre.

Resoplo, fastidiada. ¿No tiene otro momento para molestarme? Decido no responder y escribirle más tarde con una excusa. A los pocos segundos, cuelga y me vuelvo a tirar sobre la colcha. Justo estoy pensando en lo bien que se está

a más de mil kilómetros de distancia de casa y me llama por teléfono, como si me estuviera leyendo la mente. En ocasiones pienso que las madres tienen un detector especial que les hace saber cuándo sus hijas están haciendo algo malo o pensando en algo que no les gustaría.

Desde donde estoy, me parece que la pantalla vuelve a iluminarse, pero no le doy importancia. Me doy la vuelta, ignorando mi móvil, y noto cómo me voy quedando dormida poco a poco.

Un pitido me despierta de golpe con brusquedad. Mi corazón palpita rápido y me pongo de pie en un segundo, alerta, aunque mi expresión cambia del susto al agotamiento en cuanto veo que lo que suena es el fijo de la habitación. Saco fuerzas para estirarme hasta la mesilla de noche, de donde proviene la estridente melodía. No sé si alguna vez me han llamado aquí porque no recordaba que fuera así de odiosa. Parpadeo un par de veces para aclarar la visión y miro la pequeña pantalla, que se ilumina con unos números que reconozco al instante. Durante unos segundos, me decanto por ignorarlo y volver a quedarme dormida. No obstante, me molesta tanto el ruido que decido descolgar con tal de no aguantarlo más.

—Mamá —la saludo.

Mi voz suena pastosa, pero sé que es la excusa perfecta para justificar que no haya respondido a sus llamadas hasta ahora.

—Meredith, hija, ¿qué haces que no me coges el teléfono? Estás todo el día con él en la mano, excepto cuando te llamo yo —se queja.

La dejo hablar durante varios minutos, contestando con monosílabos para que parezca que estoy prestando atención a lo que me dice. Me pone al día de lo que está pasando en su trabajo y hago como que me intereso, aunque en realidad no me importa.

—Bueno, pero que no quería hablar contigo por eso —me dice.

Arqueo las cejas, pensando en que para no querer hablar de su vida lleva casi diez minutos sin parar de contarme su día a día con todo lujo de detalles.

—¿Estás escuchando, hija?

—Sí, mamá, dime —respondo, y pongo los ojos en blanco.

Contestar cada veinte segundos con un «sí», «no» o «ajá» no parece haber sido suficiente.

—Pues nada, eso, que te llamaba para contarte una cosa importante... Creo que te va a hacer mucha ilusión, seguro que sí. Mira, me han dicho que en la empresa van a empezar a buscar gente para un puesto de director de Ventas. Sé que no tiene nada que ver con lo que estás haciendo, pero creo que podría irte

genial. ¡Se gana una pasta! Y estarías trabajando aquí, en otra sede distinta a la que voy yo, pero en la misma ciudad. ¿Qué te parece? Bueno, no tienes por qué contestarme ahora, pero hay un poco de prisa. Piénsalo, porque creo que te quieren contratar.

—Vamos a ver, mamá —intento cortarle, procesando al mismo tiempo la información que me acaba de soltar—. ¿Para qué querría dedicarme a algo así? Sí, me llama la atención el tema del marketing y tal, pero no tengo ni idea de cómo va. A no ser que sea de vender bolsos o cosas así de lujo, que entonces sí que entiendo. Pero no, no cuentes conmigo.

Mi respuesta no parece ser la que mi madre espera y noto que se está poniendo nerviosa.

—No decidas nada ahora, no quiero una respuesta ya, prefiero que te lo pienses —insiste.

—Me acabas de decir que tienes prisa y que crees que me van a contratar, así que ya lo sabes: no. No quiero hacer nada hasta terminar la carrera.

Ella chista al otro lado del teléfono y me pregunto por qué me está dando ahora la paliza con esto.

—Sé que te parece algo muy lejano, pero en un par de meses vas a terminar tercero y te vendría genial empezar a trabajar para tener experiencia cuando acabes.

—Experiencia en un sector que no es el mío, mamá; que yo estudio Biología, por si no te acordabas —le respondo, perdiendo la paciencia.

Mi madre parece no comprender lo que le digo, porque sigue empecinándose en que es una muy buena oportunidad.

—Mira, te seré sincera —me dice, después de cinco minutos discutiendo—. Me han hablado a mí directamente para contratarte a ti. De las pocas veces que has venido a mi trabajo a verme, te han ido conociendo y les has gustado. Buscan a alguien joven, que se mueva y que controle de redes sociales y de lo que compran los jóvenes. Quieren modernizarlo todo, y por eso creen que alguien como tú sería ideal. Meredith, han venido preguntando por ti. Creo que deberías volver en cuanto termines el curso, incluso puedes hacer los exámenes aquí a distancia para empezar cuanto antes y así...

—¡Mamá! —me quejo más alto de lo que esperaba, y por un momento temo que mis vecinos de habitación estén escuchando mi mitad de la conversación—. Entiende que no me interesa, por favor, déjame tranquila.

—Pero ¿cómo no puede interesarte? Piénsatelo bien, Meredith. No a cualquier persona con veintipocos años le ofrecen algo así. Te voy a pasar

todos los detalles por e-mail, quiero que lo medites y que me respondas mañana o pasado. ¡No me digas nada ahora!

Resoplo, intentando que se me oiga al otro lado de la línea.

—No hagas eso como si fueras un caballo —me responde mi madre—. Bueno, yo ya he hecho lo que tenía que hacer. Yo sólo quiero lo mejor para tu futuro, ¿sabes? La biología está muy bien, pero... ¿quieres pasar toda la vida en un laboratorio? Hija, tú no estás hecha para estar encerrada. Si vinieras a la empresa, escalarías enseguida. En pocos años podrías convertirte en la jefa del departamento, serías la primera mujer. Así que piénsalo, por favor, porque...

—Vale, mamá, no te repitas. Lo pensaré —le prometo.

Darle falsas esperanzas parece ser la única táctica que funciona para que me deje tranquila, así que pronuncio esas palabras sabiendo que no lo haré, pero que por lo menos se calmará. Me despido de ella cortándole las frases y cuelgo el teléfono en la base. Bostezo, recuperándome del aluvión de información que me ha soltado en unos minutos, e intento buscar algún cable que pueda desenchufar para que el sonido de la llamada entrante no vuelva a molestarme nunca más.



LILY

Lo que más me gusta de ir a la copistería que hay a un par de manzanas del Ellesmere es el olor a tinta. Siempre que entro, me sumerjo en él y me recuerda a cada ocasión que he comprado un libro nuevo. Mientras Connor y yo hacemos fotocopias, matamos el tiempo comentando cómo vamos a estudiar para los exámenes. No es la primera vez que nos enfrentamos a unos finales en la USK, pero es cierto que ahora nos da la impresión a ambos de que los de junio van a ser más exigentes y complicados que los que hemos hecho durante el resto del año.

—No sé si tengo más miedo a los exámenes o al profesor —dice Connor, refiriéndose al profesor de Historia de la Economía Inglesa. Es una optativa que eligió en su momento convencido de que sería más fácil que el resto y que se le ha terminado rebelando en la recta final.

—Bueno, piensa que cuanto antes tengamos el examen, antes nos lo quitaremos —intento animarlo, aunque sé que no le ayudo mucho.

El profesor de esa asignatura es muy estricto con las faltas de gramática y de ortografía, y sé que Connor tiene bastantes dificultades con eso. A pesar de hablar inglés en su día a día, tiene problemas con la puntuación y con la grafía de muchas palabras básicas. Durante el curso he tenido que revisarle alguna vez los trabajos que debíamos entregar, sobre todo en los últimos meses, ahora que no estaba Ava para ayudarnos.

Pensar en Ava me hace sentir mal y, por unos segundos, intento evitar la mirada de Connor porque siento que le estoy mintiendo. Todavía no le he comentado nada de que, tras tanto tiempo de desconexión con ella, he conseguido que me llamara y enterarme de que estaba bien. No quiero hacerlo

porque no sé cómo contárselo y, además, estoy segura de que le estaría dando vueltas al tema durante varios días, porque Ava no le ha llamado a él, sino a mí. Por tanto, he decidido no mencionarle nada hasta que sea ella quien tome la decisión de hablarle a él de forma privada para no adelantar las cosas.

—¿En qué piensas? Te has ido a otra galaxia —bromea Connor al ver que me he quedado absorta mirando las fotocopiadoras. Entre mis pensamientos y el olor a tinta, estoy en otra dimensión.

—Perdona, me había distraído —respondo, volviendo a la realidad—. ¿Ya han terminado? —pregunto, aunque sé que las máquinas siguen expulsando folios impresos por las dos caras con apuntes que vamos a tener que memorizar en el próximo mes para después olvidarlos para toda la vida.

—Los míos creo que sí, faltan tus ejercicios de Recursos Humanos —me explica.

—Vale —contesto, y me muerdo el labio.

No he sido consciente hasta ahora de la cantidad de materia que vamos a tener que estudiar en tan poco tiempo. Probablemente tendremos que buscar algún lugar tranquilo para concentrarnos y aprovechar las horas de estudio, dado que en la biblioteca de la USK no siempre hay silencio.

—Voy al baño, a ver si cuando regrese ya han terminado.

Asiento y me apoyo al lado de la fotocopiadora. Cuando termine de hacer las copias, debería devolverme el cambio, aunque no estoy muy segura de que lo vaya a hacer porque la última vez se lo tragó. Por suerte, cuando Connor vuelve, la impresora deja caer de forma automática las monedas que me debe, así que las guardo en el bolsillo pequeño de mi mochila mientras él separa sus apuntes de los míos. Me pasa una carpeta con lo que me corresponde y la sujeto con las dos manos. Prefiero llevarla así; ya tengo suficiente peso en la espalda.

—¿Vamos? —le pregunto.

Connor responde con un movimiento de cabeza y salimos de ahí en dirección al hotel.

—¿Dónde quieres estudiar, entonces? —me dice, retomando el hilo de la conversación que estábamos manteniendo antes.

—Ni idea. En mi habitación no sé si me voy a poder concentrar. .. Y en la sala de estudio de la facultad no sé qué ambiente habrá.

Connor se encoge de hombros.

—Bueno, podemos intentarlo. A las malas, siempre podemos buscar alguna otra biblioteca —propongo mientras nos apresuramos a cruzar la calle

antes de que el semáforo de peatones se ponga en rojo.

La calle está llena de gente y tenemos que esquivar a varios grupos de personas para ir en la acera uno al lado del otro.

—¿Se te ocurre algún sitio? —pregunta, aunque se responde a sí mismo al instante—: Quizá podríamos ir a la Biblioteca Nacional; a veces hay asientos libres, aunque el silencio... Eso depende del día.

—No sé... —dudo. A veces estudiar en sitios nuevos tiene el efecto contrario y no hago más que distraerme para mirar alrededor. Sin embargo, tampoco tenemos muchas más opciones.

—Yo he ido alguna vez y he estado bien, pero otras me he tenido que marchar porque había gente hablando en la entrada. ¿Quieres que probemos?

—De acuerdo —asiento finalmente—. Te refieres a la biblioteca que está al lado de King's Cross, ¿verdad?

—Ajá.

Una brisa de aire empuja mi pelo hacia mi cara y me lo pongo tras la oreja con la mano que tengo libre. El clima londinense todavía se resiste a cambiar y, cuando hace viento, la temperatura parece bajar de golpe.

—¿No te mueres de frío sólo con una camiseta? —le pregunto a Connor, que ni se ha inmutado.

—No —responde, y levanta los brazos—. Estoy bien, me gusta sentir el frío.

Sacudo la cabeza y pienso en que en un par de días estará enfermo en su habitación, recordando este momento.

—Si quieres, vamos al hotel, dejamos algunas cosas para no cargar con todo y vamos a la biblioteca que dices —le propongo—. Ah, y te coges una chaqueta, por favor, que como te pongas malo en época de exámenes...

Me recuerdo a mi madre con esa última frase y disimulo una sonrisa.

—Sí, sí, que además ahí ponen el aire acondicionado aunque sea invierno y te mueres de frío —responde Connor, exagerando un escalofrío que me arranca una carcajada, y subimos juntos el pequeño tramo de escaleras hacia la entrada del hotel Ellesmere, ya mi segunda casa—. ¿Quedamos aquí en cinco o diez minutos?

Antes de que pueda responder, alguien me llama desde la recepción:

—¡Lilian Lago!

Mis ojos buscan una cara que ya me resulta familiar y mi corazón se para cuando veo que entre las manos tiene un sobre. No necesito leer mi nombre escrito a mano en la parte frontal para saber de quién es.



AVA

Me duelen los ojos cuando los abro por primera vez y vuelvo a cerrarlos, intentando dormirme de nuevo. No sé qué hora será, pero he dormido poco. Mi cuerpo parece negarse a obedecerme cuando intento moverlo, como si le estuviera exigiendo un esfuerzo sobrehumano.

Aun así, vuelvo a notar unas cosquillas en la mejilla que me devuelven a la realidad. Peleo por abrirlos del todo y descubro que todavía es temprano, ya que la luz que se filtra entre las cortinas no es muy intensa. Me giro hacia la derecha y veo que lo que me ha despertado son los dedos de Kanna. La miro, somnolienta, y ella me responde con una sonrisa de oreja a oreja. Tiene el pelo revuelto porque no se lo peinó antes de dormir y se ha vuelto a ir a la cama con el maquillaje puesto, por lo que ahora se parece un poco a Panda.

—Buenos días, dormilona —me saluda, emocionada.

Esbozo una pequeña sonrisa con los ojos cerrados y murmuro .ilgo que ni yo misma sé qué es.

—¿Qué? —pregunta.

Muevo la cabeza de lado a lado, haciéndole entender que estoy demasiado dormida para decir algo con sentido.

—¡Venga, despierta! Es domingo, pero hay cosas que hacer. Y tienes que acostumbrarte de una vez por todas al horario japonés —me insiste.

Me doy la vuelta de nuevo y me escondo bajo la almohada. Kanna me la arrebató y se pone encima de mí. Me sujeta la cara con las manos y me da un beso en la nariz.

—Ya voy... —murmuro.

Intento hacerme la indignada porque me haya despertado a primera hora de la mañana. Sin embargo, estar enfadada con Kanna es imposible. Siempre

consigue hacer algo que me haga reír u olvidarme de lo que va mal.

—Tengo una sorpresa para ti —me dice.

Mi expresión cambia al instante porque detesto las sorpresas. Me ponen nerviosa y nunca sé cómo actuar ni responder ante ellas.

—¿Qué es? —pregunto un poco más despejada, aunque con pocas esperanzas de que Kanna me diga la verdad.

—Los cerezos ya están completamente en flor.

Esta vez sí que abro mucho los ojos y me pongo de pie de un salto. Mientras rebusco en el armario de la habitación de hotel cuál va a ser la ropa que me voy a poner hoy, a Kanna le da un ataque de risa.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque es más una forma de defenderme ante sus burlas. Desde que me llevó unos días atrás a ver los cerezos, nos hemos estado riendo al recordar la decepción de llegar al sitio donde más espectaculares eran las vistas para descubrir que todavía no estaban las flores abiertas del todo.

—Es sólo que tienes mucha confianza en mí después de lo de la última vez —comenta mientras elijo una falda larga y aguamarina.

Me encojo de hombros. Ver los cerezos en todo su esplendor es una de las cosas que más ganas tengo de hacer en Tokio; comparada con esa perspectiva, la cautela importa poco.

Ella rueda sobre el colchón y se pone de pie a mi lado. No me había fijado hasta ahora de que sólo llevaba puesto un tanga y la camiseta que le dejé antes de quedarnos dormidas. Repara en que llevo unos instantes observándola y me dedica una sonrisa picara.

—¿Tienes ganas de más? —me suelta.

Agito la cabeza, intentando comunicarle que tiene unas ideas locas, pero noto cómo me enrojece toda la cara. En momentos como este agradezco tener el pelo tan largo para poder esconderme detrás de él cuando lo necesito.

—Me voy a dar una ducha rápida y me visto, ¡enseguida estoy! —exclama, divertida por mi vergüenza, y sale disparada hacia el baño.

Tomo aire un par de veces antes de notar que mi piel vuelve a su tono habitual mientras saco un top negro del armario. Me cambio y me miro al espejo para ver si me convence. No puedo evitar mirar mi estómago cuando me pongo de perfil, así que me obligo a apartar los ojos y a distraerme con el peinado que voy a llevar hoy. Me cepillo el pelo con cuidado, aunque los enredones que se me han hecho mientras dormía se resisten. Consigo hacerme una trenza, que cae hacia delante, y me pongo un coiletero blanco al final para

sujetarla. Luego preparo mi bolso mientras escucho a Kanna salir de la ducha.

—¡Ya estoy! —grita ella desde el baño.

—¡Y yo! —le respondo, poniéndome en unos segundos las sandalias que llevé también ayer.

Abro un poco la ventana de la habitación para que se ventile y aprovecho el par de minutos que tarda Kanna en vestirse para colocar el cartel de «Por favor, arregle la habitación» en la puerta. Cierro mi maleta para evitar que se muestre el desastre que todavía hay en su interior y ordeno mis cosas para facilitar el trabajo a quienes vengan a limpiar en un rato. Acto seguido, me acerco a la jaula de Panda y le saludo en danés. Reviso que el bebedor tenga suficiente agua y le pongo una ración de comida porque no sé cuándo volveré.

—Lista —anuncia Kanna cuando sale del baño.

Lleva puesta la misma ropa que ayer y uno de sus conjuntos más repetidos: una camiseta de tirantes ajustada de color negro y unos vaqueros del mismo color. Se arregla el pelo con las manos y tuerce la cabeza hasta que consigue domar un mechón rebelde.

—¿Cuál es el plan? —pregunto, intentando sacarle información.

Mi táctica no funciona y Kanna se ríe.

—No te preocupes —me asegura—. Te va a encantar. He encontrado un lugar que parece estar hecho para ti.

Decido relajarme y fiarme de ella; no en vano en el tiempo que llevamos viéndonos, sobre todo en las últimas semanas, parece conocerme mejor que yo misma. Dejamos atrás el hotel y la sigo. Se niega a darme pistas del lugar al que vamos.

—¿De verdad que no se te ocurre? —me pregunta con una sonrisa socarrona.

La miro con expresión apenada, tratando de conseguir algún detalle, por pequeño que sea, pero ella parece estar disfrutando con mi intriga.

—No te preocupes, primero vamos a ir a los cerezos. A estas horas habrá gente, pero no estará tan lleno como luego, cuando se inundará de turistas que te estropearán las fotos. Y hay que cuidar el feed de Instagram, cómo no.

—En realidad, quiero hacer una foto para ponérmela de fondo de pantalla —le explico—. Ya sabes, como si fuera la típica foto de archivo, aunque hecha desde mi móvil para recordar siempre este momento.

Kanna va a responderme, pero se distrae con un grupo de hombres trajeados que la miran de arriba abajo, prestando atención sobre todo a sus brazos. Está a punto de decir algo, pero después de cruzarse con ellos se

queda con la palabra en la boca y la expresión le cambia.

—¿Los conocías? —le pregunto, y hago un gesto con la cabeza hacia atrás. Ella niega varias veces.

—Creo que lo hacían por mis tatuajes. No es la primera vez que me pasa. De hecho, es algo bastante común.

Kanna me ha contado que aquí los tatuajes no están tan aceptados socialmente como en otros países. Si en Europa o Estados Unidos todavía ponen problemas para contratar a gente que los lleva, en Japón, aunque la situación ha cambiado un poco en los últimos años, están bastante peor vistos. En algunas zonas comunes no permiten el je ceso si tienes la piel tatuada. Por ejemplo, a varios de sus clientes, incluso a ella, les han denegado la entrada a gimnasios o piscinas por i el hecho de llevar un tatuaje. Es cierto que los de Kanna destacan mucho, pero hasta quienes tienen un pequeño dibujo no son, con frecuencia, aceptados por el resto. Por lo visto, en Japón tradicionalmente se asocian con la yakuza. Y supongo que, entre eso y la falta de costumbre, a la gente le provocan rechazo.

—Lo siento —es lo único que se me ocurre decir, y de pronto caigo en la cuenta de la cantidad de veces que he repetido esa disculpa en los últimos días.

—No pasa nada, estoy acostumbrada. Es más, siempre avisamos en el estudio de que estas cosas suelen pasar.

Se encoge de hombros y busco su mano para juntarla con la mía. Entrelazamos los dedos y caminamos en silencio mientras me fijo en los tatuajes que adornan su brazo derecho. En la parte superior tiene un par de rosas coloridas y, a pesar de que no entiendo mucho del tema, parecen bastante recientes, porque las líneas están muy bien definidas. Desde el codo hasta la muñeca también tiene otra flor, pero el diseño es muy distinto. Ella nota que la estoy observando y se ríe.

—¿Te los has hecho tú? —le pregunto sin pensar. Lo más probable es que le hayan hecho esa misma pregunta un millón de veces, pero la curiosidad me puede.

—¿Estos? —Se señala los que estaba mirando hace unos segundos—. No, pero otros sí. Ya te los enseñaré, son mis favoritos.

Asiento en silencio.

—Mi tatuaje más secreto ya lo has visto, cariño —me dice, y me guiña el ojo mientras aguardamos a que el semáforo cambie de color para cruzar la calle.

Miro a mi alrededor, esperando que nadie cerca hable inglés, y Kanna se ríe.

—Te pone nerviosa que diga esas cosas, ¿verdad?

—Me da miedo que la gente nos mire mal por la calle —le respondo, aunque me doy cuenta de que no tiene mucho sentido que diga eso, puesto que he sido yo la que le he dado la mano a ella por la calle y no al revés.

—¿Lo dices por lo nuestro? Bueno, aquí igual nos mira alguien mal, pero no nos van a decir nada.

Cruzamos la calle y giramos a la derecha, entrando en una avenida que es cuesta arriba. El sol nos da de frente y apenas puedo abrir los ojos, así que suelto su mano para ponerme las gafas de sol.

—¿Está mal vista la homosexualidad? —le pregunto.

Kanna mueve la cabeza de lado a lado, sopesando la respuesta.

—Bueno... La cuestión es que los japoneses no solemos mostrar afecto en la calle. Cualquier tipo de contacto íntimo, aunque sea un beso, ya es algo poco común. Y si es entre dos chicas, todavía más. ¿Te preocupa el tema?

Me encojo de hombros.

—Un poco —me sincero.

—Pues no le des más vueltas. Yo lo veo así: nunca he querido tasarme, de modo que ahora tengo una excusa para no hacerlo nunca.

—¿Sólo es legal el matrimonio entre un hombre y una mujer? le pregunto, nerviosa.

—Eso es —corroborá—. Todavía queda mucho por hacer.

—Pero ¿crees que la sociedad ha avanzado en los últimos años o aun está atrasada?

Kanna se aparta unos mechones de pelo de la frente mientras medita la respuesta.

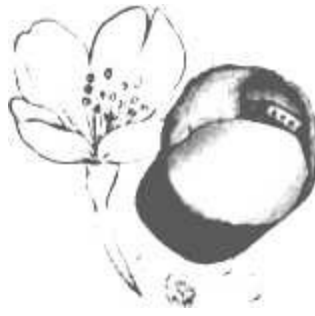
—Como te digo, aún quedan muchas cosas por hacer —responde al final—. Se va progresando, sí, pero el colectivo está muy oprimido. Mucha gente no quiere hacer pública su sexualidad porque tiene miedo de que su familia le repudie y le eche de casa.

—Eso también pasa en Europa, o por lo menos donde yo vivo. En ocasiones parece que en Europa somos muy avanzados en materia de derechos sociales, pero lo cierto es que a diario siguen produciéndose agresiones de toda índole; por ejemplo, contra los trans. Supongo que aún hay mucho que hacer por la visibilización...

—Lo sé —dice Kanna, y frena en seco—. Podemos aportar nuestro granito

de arena ahora, si quieres.

Le sonrío, sin entender muy bien a qué se refiere, y me rodea la cintura con los brazos. Acerca sus labios a los míos y nos besamos durante unos segundos en mitad de la calle. La gente pasa a nuestro lado y no sé si nos miran o no, porque yo sólo tengo ojos para ella.



CONNOR

No hace falta que Lily explique nada, con una mirada me lo dice todo. El antiguo mecanismo que Tom utilizaba para ponerse en contacto con ella ha vuelto a las andadas. Después de tanto tiempo, sólo pueden ser malas noticias. No obstante, cuando Lily abre el sobre y lee un par de veces su contenido, moviendo los ojos con rapidez sobre las líneas escritas a mano, sólo me dice cinco palabras:

—No es nada de Nate.

Respiro, nervioso por el chico. Que nosotros sepamos, no ha dado señales de vida desde que ella lo vio por última vez en Las Vegas.

Me despido de mi amiga con la mano, sin preguntarle nada para dejarle espacio. Ahora que sé que la carta no va sobre Nate, lo más probable es que sea algo personal que Tom haya querido comunicarle a Lily. Quizás algo que quiere que sepa antes de que se destape de forma pública y se inunden de cotilleos las redes sociales. Aun así, por su expresión, no estoy seguro de qué pensar.



KANNA

Cuando llegamos al edificio, miro hacia arriba; espero que no haya ningún rótulo que pueda delatarme. En la quinta planta hay un cartel enorme con el nombre del sitio al que vamos y un montón de ilustraciones de conejos que por la noche se iluminan de diferentes colores, pero por suerte no parece sospechar al verlos. Es bastante común encontrar muñecos y animales por todas partes, hasta para anunciar un despacho de abogados, así que respiro tranquila: Ava sigue sin tener ni idea de adonde la llevo.

—Bienvenida a tu nuevo lugar favorito de Tokio —le digo al entrar en el portal. Me pongo a su derecha para evitar que mire un cartel que, indica en qué piso se encuentra cada negocio. En el primero hay una cafetería, pero no es a la que vamos. En el segundo y el tercero, una empresa tiene varias salas de karaoke. Ese es otro de los planes que quiero hacer con ella, pero no hoy. Después hay una tienda de ropa y, por último, el lugar al que vamos: un café de conejos.

Las cafeterías de animales se han puesto muy de moda en todo el mundo, pero en Japón llevan años existiendo; hay de gatos, perros, periquitos, búhos, erizos... Aunque alguna gente se opone a ellas desde un punto de vista ético, lo cierto es que sólo tienen animales sin familia y, al presentárselos a los visitantes, muchas de ellas consiguen que sean adoptados y encuentren un hogar. El sitio que vamos a visitar ahora es una asociación que ha salvado a muchos conejos de ser envenenados por invadir los campos de cultivo y esperan en este local hasta que alguien quiera adoptarlos. Entretanto, la gente puede tomarse algo en su compañía y, cumpliendo una serie de normas, pasar un rato agradable rodeada de ellos.

Mientras subimos en el ascensor, a Ava le llama la atención un banquito de madera que hay en una esquina.

—¿Para qué es eso? —pregunta cuando estamos a punto de llegar al quinto piso.

—¿El banco? —La miro con asombro—. Es para sentarse.

Ella abre mucho los ojos, sorprendida, y saca el móvil del bolsillo para hacerle una foto.

—¿Qué sucede? —le digo, extrañada.

—Nada..., es que nunca había visto un banco en un ascensor —dice mientras este se detiene y las puertas se abren.

Cuando sale, la sujeto para que no choque con la puerta y la miro para no perderme su reacción en directo, pero no parece entender dónde nos encontramos. A nuestro alrededor sólo hay un pasillo ancho, de unos cuatro o cinco metros de largo, que desemboca en un pequeño mostrador donde una mujer lee el periódico. Cuando ve que nos acercamos, lo deja a un lado y nos recibe con una sonrisa y una pequeña reverencia.

Intercambiamos un par de frases y dejo el dinero en la mesa para pagar las dos entradas. La mujer, que tendrá más de cincuenta años, lo coge con las dos manos y nos entrega a cada una un papelito. Ava abre mucho los ojos cuando ve lo bonito que es: está recortado con forma de galleta y tiene un montón de dibujos de conejos. No hace falta conocerla mucho para saber que lo va a conservar.

—¿Kanna...?

Me llevo el dedo índice a los labios para indicarle que no diga nada ahora, que simplemente rodee el mostrador y abra las puertas. Atravesamos la primera, cerrándola detrás de nosotras, y después abrimos la segunda. Ava no parece estar entendiendo nada hasta que, de pronto, lo ve. Se lleva las manos al pecho y susurra algo que no llego a captar, pero con el brillo de sus ojos es suficiente. Mira hacia un lado y hacia otro, sin saber qué hacer con tantos estímulos que está recibiendo. Da varios pasos hacia delante, temerosa, y se acerca a un conejo que se parece un montón a Panda.

—¿Se pueden tocar? Es como un café de gatos, pero con conejos, ¿verdad? ¿Nos podemos sentar aquí?

Respondo afirmativamente a sus tres preguntas al tiempo que Ava se sienta en un puf, con cuidado de no asustar a ningún animal, y se queda mirando al que tiene más cerca, a apenas unos centímetros de su cara, que está muy ocupado comiendo algo.

—Creo que les puedes dar comida y hay varios juguetes por ahí —le digo en voz baja, a pesar de que no hay ningún otro cliente a estas horas de la mañana.

Sin embargo, Ava ha desconectado del mundo y sólo tiene ojos para los conejos que nos rodean. Me siento en un pequeño sillón que hay en una esquina de la sala y me sorprende que muchos de los conejos no salgan corriendo, asustados. Quizá ya están habituados a la presencia de humanos o su naturaleza no es tan temerosa como pensaba. Sea como sea, los contemplo desde lejos y no me atrevo a tocarlos. No me dan miedo, pero prefiero no acercarme a ellos.

En ese momento, uno desciende por los escalones de un estante que hay a mi derecha, salta directamente sobre mis muslos y se acomoda ahí. Me quedo paralizada y miro a Ava con una súplica muda, pero ella está ocupada fotografiando a uno que tiene las orejas muy grandes y caídas hacia abajo, rozando el suelo allá por donde pasa. Desvío la vista de Ava al animal, nerviosa, y Ava se gira y se da cuenta de mi situación.

—Oh, has sido bendecida —murmura con una risa, acercándose a mí.

Se pone de rodillas ante mí y le toca el lomo con mucho cuidado. Sus manos son tan suaves y bonitas que es normal que los conejos se sientan bien con ella, pero conmigo seguro que saldrían corriendo.

Ava sabe que estoy incómoda y me mira, intentando descifrar mi expresión. En cuanto la entiende, esboza una sonrisa.

—Te dan miedo —susurra, y no es una pregunta.

—No, bueno, a ver...

—Madre mía, te dan miedo de verdad —exclama en voz baja, riéndose de mí.

Resoplo y me peino el flequillo por hacer algo mientras ella suelta una risita.

—Te voy a hacer una foto, no te muevas —me dice.

—Descuida —respondo, e intento poner mi mejor cara mientras ella se desternilla de risa.

En ese momento entra la mujer del mostrador para darnos la carta de bebidas e intercambio unas palabras con ella.

—Dice que podemos pedir lo que queramos y pregunta si todo está bien.

Ava asiente y la mujer le devuelve la sonrisa. Camina encorvada, como si tuviera un fuerte dolor de espalda que le impidiera erguirse, y aprovecha su visita a la sala para acariciar a varios de los conejos que se aproximan a ella

en busca de mimos o comida.

—Tenéis cuencos por allí, por si queréis darles algo, aunque sólo un poquito a cada uno. Y si necesitáis cualquier cosa, venid a buscarme; estaré en la entrada —nos indica, retrocediendo. Antes de salir, se fija en mí—. Y no te preocupes, no hacen nada —añade a modo de despedida con una sonrisa de oreja a oreja.

Creo que me pongo roja cuando me dice eso, porque Ava enseguida quiere saber qué ha pasado. Distrayo su atención contándole las indicaciones de las bebidas que me ha dado la mujer. Ava pasa la siguiente hora embelesada con los animales y, de vez en cuando, intentando que toque alguno para que, según ella, pierda el miedo.

—No me da miedo —susurro.

No nos han dicho que habláramos bajo, pero intento no elevar la voz demasiado por si acaso.

—Ya, claro —responde ella, y arquea las cejas.

—De verdad, es sólo que... no estoy acostumbrada a ellos.

—Pero a Panda sí —se queja Ava con un mohín que hace que se me escape una sonrisa. Luego la reprimo, carraspeo y me encojo de hombros.

—Ya, pero a él lo conozco, ¿sabes? Sé que es tranquilo y que sólo quiere que le rasques detrás de las orejas. Pero estos... Además, hay de diferentes razas y, bueno, cada uno será de una manera y...

—Kanna —me corta ella, mirándome con ternura—. Te estás poniendo nerviosa.

—Ya lo sé.

—Mira, no hacen nada. Dame la mano.

Extiendo la mano hacia ella. Ava pone la suya encima de la mía, entrelazando los dedos, y acaricia al conejo que está tumbado en una mantita, ajeno a la pelea por una pelota de colores que se está produciendo en el otro lado de la sala.

Paso la mano por el lomo del conejo, en la misma dirección que el pelo, y no se inmuta. Ella levanta la mano poco a poco hasta que lo hago sólo yo. Pasamos así algo más de un minuto y, de pronto, el conejo decide levantarse y salir corriendo de ahí.

—¿Ves? —le digo, y me aparto de golpe—. No estoy hecha para estas cosas tan suaves, esa es tu especialidad.

Ella sonrío y me da la mano. Se sienta en un banco que hay bajo la ventana y me pongo a su lado. Después de mirar a su alrededor, apoya la cabeza en mi

hombro y suspira.

—Gracias por traerme aquí. No creo que haya nada que pueda superar esto.

Aunque no me vea, sonrío. Estoy a punto de decirle que todavía no se espera lo que he preparado para su cumpleaños la semana que viene, pero decido callarme para que no piense ahora en eso.

Dejo caer también mi cabeza sobre la suya y cierro los ojos. Ese momento de paz no lo cambiaría por nada ni por nadie. Hace mucho tiempo que no siento algo así y doy gracias a la casualidad que nos hizo cruzarnos en esa estación de metro, así como a esa parte de mi cabeza que decidió ayudarla a ir a su hotel a sabiendas de que llegaba tarde al trabajo.

Soy consciente de que Ava todavía tiene muchos asuntos con los que lidiar: ansiedad, los ecos de un trastorno alimenticio que le hace dudar de sí misma..pero me alegra saber que, dentro de todo eso, he podido ayudar aunque sea un poco a que se sienta mejor consigo misma. Aun así, sé que tarde o temprano va a necesitar la ayuda de un profesional. Al mes de conocernos, me contó que la condición que le habían impuesto sus padres para ir a Londres era estar totalmente recuperada. Sin embargo, tuvo un par de recaídas cuando se marchó de casa. Y después vinieron los primeros ataques de ansiedad.

Como las enfermedades mentales siguen invisibilizadas —y diría que particularmente aquí, porque los japoneses no acostumbramos a expresar abiertamente nuestras emociones—, acudir a un médico continúa estando mal visto por una gran parte de la sociedad. Para muchos, querer curarse equivale a reconocer que estás loco..., algo que odio. Pero ¿cómo pueden pensar eso? Pedir ayuda es tan necesario como dársela a quien la necesita. ¿Por qué tendemos a desconfiar siempre de quienes la piden, cuando sí valoramos positivamente a quienes la brindan?

Mi madre perdió la batalla contra la depresión porque se negó, hasta el último momento, a acudir a un especialista. Prefería no pensar en el problema, seguramente con la convicción de que ignorarlo iba a hacerlo desaparecer. Eso es lo que más lamento, porque la realidad es que la depresión es una enfermedad que te devora muy despacio, hasta que un día te das cuenta de que lo que queda de ti no son más que los restos. Y si no perdura más que una sombra de ti, ¿cómo vas a salir adelante por ti mismo?

Hay heridas que no cicatrizan solas y no por eso quien las sufre es débil, al contrario: cuando uno se cura, siempre se hace más fuerte.



Me pongo nervioso en cuanto me dejo caer en el banco que hay a un lado de la estatua de Peter Pan. No puedo dejar de darle vueltas a si me he equivocado entregando la carta con tan poco margen. ¿Y si Lily ha salido el fin de semana y no le llega hasta el domingo por la noche? ¿Y si, directamente, no viene? Creo que tiene bastantes motivos para ignorar mi carta, pero espero que me dé una última oportunidad con esta.

El buen tiempo ha hecho que, con los primeros rayos de sol que calientan la piel, comiencen las apariciones de grupos grandes de turistas por la ciudad. Y los jardines de Kensington no son una excepción. Veo pasar decenas de personas por delante de la estatua, algunas de ellas la escalan y sufro cuando se agarran a las partes que parecen ser más débiles y que podrían romperse, aunque por suerte resisten. Pero no veo a Lily por ningún lado.

Hago presión sobre mis dedos para que crujan, sin saber muy bien qué hacer hasta que aparezca. No quiero obsesionarme mirando el reloj, así que cierro los ojos y me limito a escuchar los sonidos que me rodean. Las pisadas de los turistas que se aproximan a la estatua son lo que más se oye, pero, si me concentro, puedo percibir la naturaleza que me envuelve. Los pájaros revolotean entre los árboles que hay sobre mi cabeza y se comunican entre ellos, alejándose y volviendo a acercarse de nuevo. A mi lado, el agua está quieta, pero distingo a lo lejos el chapoteo de algún pato que probablemente esté picoteando las migas de pan que algún niño le haya echado. Abro los ojos, buscándolo, pero no lo encuentro.

Estoy a punto de perder la esperanza cuando, de repente, esta vez sí, veo a Lily a lo lejos, caminando hacia mí. No sé descifrar su expresión; no parece de enfado, pero tampoco esboza una sonrisa al verme. La veo igual que

siempre. Lleva una camiseta en la que pone I WANT TO BELIVE sobre una foto con un ovni en blanco y negro y unos pantalones cortos, a pesar de que, cuando corre el viento, hace algo de frío. De su espalda cuelga una mochila amarilla que resalta tanto como su pelo. La miro a los ojos y fuerzo una sonrisa. Aunque cada vez está más cerca de mí, la siento lejos.



LILY

Cuando veo a Tom esperándome en el banco, no siento nada. Desde que he salido del hotel Ellesmere, varias horas después de recibir su carta, he pensado en qué le diría y en cómo me iba a sentir al reencontrarnos. Pero verlo no cambia nada. Sin pretenderlo, me encuentro totalmente indiferente ante la situación.

Han pasado más de tres meses desde la última vez que estuvimos juntos y es una sensación a la que ya me he habituado. Quizá por eso no sé qué pensar cuando lo descubro a lo lejos.

No sé si debería estar enfadada porque me haya estado ignorando cuando me prometió escribirme. Ya lo había hecho antes. Y puede que sea esa impresión, la de que las ausencias son normales para él, la responsable de haber paralizado mis emociones. ¿Debería dolerme verlo ahí sentado, después de tanto tiempo preguntándome por él sin hallar respuestas? ¿Debería enfadarme o alegrarme? Tal vez. No obstante, lo único que siento es una indiferencia sorda mezclada con cierta curiosidad sobre lo que tiene que decirme. Por eso he venido.

Pero con cada paso que doy siento que me encuentro cada vez más lejos de descubrirlo.

—Tom.

No sé cómo saludarle, así que me detengo frente a él, que se ha puesto de pie al verme. El no dice nada y me abraza durante unos segundos. Es un abrazo frío y rápido que me hace sentir un poco incómoda. A pesar de que no hace tanto frío como en las últimas semanas, Tom no se separa de su sudadera y lleva puestas las gafas de sol.

—¿Cómo estás? —inquire.

No sé si lo pregunta sólo por cortesía y tampoco me apetece pensar. Lo único que quiero saber es por qué ha querido que nos viéramos después de tanto tiempo en silencio.

—Bien —respondo, y me encojo de hombros. Me doy cuenta de que no le he preguntado a él de vuelta, pero ya es tarde para hacerlo sin que quede raro.

—Lo más probable es que me odies y, la verdad, tendrías todos los motivos para ello... —empieza.

—Tom —le corto, cerrando los ojos y pasándome la mano por la cara—. No me apetece repetir lo de siempre, de verdad. Dime a qué has venido y qué es lo que quieres, por favor. Mira, no quiero sonar borde, pero ya estoy cansada de esta manía que tenemos de duplicar nuestras conversaciones.

Su expresión es indescifrable y no sé si es porque no ha entendido nada o porque sabe perfectamente a qué me refiero. Aun así, suelto lo que llevo pensando durante el trayecto hasta aquí:

—Es que siempre hacemos lo mismo. Quedamos, normalmente porque tú me escribes. Nos vemos, me pides disculpas y te perdono. No pasa nada, porque todos tenemos momentos mejores y peores. Pero después viene la promesa, la de volver a vernos más a menudo, pero nunca se cumple... —Intento no sonar demasiado brusca, por lo que suavizo el tono en las últimas palabras.

—Tienes razón —reconoce él—. No sé qué decir..., tienes toda la razón.

Tomo aire y lo suelto, despacio. Permanecemos unos segundos callados y ambos somos conscientes de lo extraña que es nuestra conversación. De pie, en mitad de uno de los lugares más fotografiados de Hyde Park, ajenos a todo lo que sucede en derredor.

Él se da cuenta enseguida de que estoy mirando al banco.

—¿Quieres que vayamos a dar una vuelta? —me pregunta.

—Sí, vale —respondo, y lidero el camino para alejarnos del nuevo grupo que se acerca para fotografiarse con Peter Pan.

Caminamos dejando el lago a un lado, acompañados del crujido de las suelas de nuestros zapatos contra la gravilla. Decidimos tomar un camino estrecho que lleva a una zona más tranquila. El sol todavía no calienta mucho, pero se agradece notarlo en las piernas y en los brazos. Cierro los ojos un par de segundos para disfrutar de esa calma, ya que en unos días tendré que encerrarme a empezar a prepararme en serio para los exámenes.

—¿Qué tal con Jasmine? —le pregunto, por romper el silencio.

Tom casi frena en seco al escuchar ese nombre y después retoma la marcha, sacudiendo la cabeza.

—Ya no hay nada entre nosotros desde hace tiempo. Ella se encargó de difundir por las redes que estábamos juntos y también de avisar de que todo había terminado. Fue rápido y no me trajo muchos problemas... Aunque a Alice no le hizo mucha gracia —reconoce, cabizbajo.

Cuando menciona a su agente, la recuerdo tal y como la he visto siempre: con atuendos sofisticados, tacones y tocados de apariencia tan elegante como cara.

—Pero llegasteis a... Quiero decir —reformulo la pregunta para que no me malinterprete—: ¿Llegasteis a estar juntos de verdad o seguía siendo una pose de cara a los demás?

Me fastidia que este sea el primer tema de conversación, ya que no he venido aquí para cotillear sobre su vida ni para saber si está soltero. No quiero dar la impresión que no es. Pero tengo que saberlo porque eso pasó justo después de nuestra conversación, tras meses en silencio, y es otro elemento incomprensible.

—Ya, es complicado. Sí que estuvimos juntos, aunque creo que ella lo vivió más que yo —murmura, frotándose la frente y recolocándose las gafas de sol.

Asiento y miro hacia delante. El camino se divide en dos, pero continuamos andando en dirección a la parte central del parque. Un par de mujeres con ropa deportiva nos adelantan corriendo y detrás de ellas, con una correa que lleva la segunda atada a la cintura, va también un perro.

—En realidad, la relación siempre fue falsa desde el principio, pero Jasmine... quería algo más. El accidente fue muy jugoso en ese aspecto y a la prensa y, bueno, a la gente en general a través de las redes, le encantaba esa pose de personas que han pasado por el mismo trauma y que les ha hecho enamorarse perdidamente —continúa Tom, que hace un gesto de comillas con los dedos en su última frase.

—Ya... —respondo, escuchándolo a medias. Una parte de mi mente está pendiente de sus palabras; otra, de desentrañar mis emociones al respecto, que me resultan tan ininteligibles como Tom.

No he seguido su relación a través de las redes y en su día me prohibí ver vídeos antiguos de Tom, por lo que en realidad no sé nada de él desde hace meses. Las miradas de reojo y los comentarios por lo bajo que me acompañaron en otoño, cuando se filtraron nuestras fotos, desaparecieron tan

rápido como llegaron, y ya no hay nada en mi día a día que me recuerde a él.

A excepción de los libros de Harry Potter que me regaló, claro; todavía siguen sobre el escritorio de mi habitación, esperando a que los retome. Pero es cierto que todo esto me ha quitado las ganas de volver pronto con el mago.

—Oye... —me dice él, captando mi atención—, estoy pasando por un momento complicado en mi vida. Ya sé que suena a lo mismo, que parezco una persona que siempre está mal. Lo sé y lo siento mucho. Pero no podía no hablar contigo para solucionar las cosas...

Aprieto los labios, consciente de que hemos llegado al punto de la conversación que quizá los dos estábamos esperando.

—Tom, ya te he dicho antes lo que pensaba: no me siento cómoda repitiendo siempre lo mismo. Hoy quedamos, volvemos y me prometes que nos veremos pronto. Pero eso no ocurre hasta dentro de varios meses. Y en esta ocasión, a sabiendas de que tenía que haber visto algo de tu nueva relación, pero sin darme al menos una explicación que me aclarase las cosas.

—Me masajeo las sienes, frustrada. Sé que no estábamos saliendo y no nos debíamos nada, pero su desaparición, sumada a la de Ava, me ha afectado más de lo que me gustaría dejar entrever—. Sólo te pido que me entiendas, por favor. Sé que lo estás pasando mal y, si hay algo que pueda hacer para ayudarte, dímelo, por favor; sin embargo, comprende que esto a mí también me está fatigando y no sé qué hacer...

Tom parece exprimir todas y cada una de mis palabras y las sopesa durante varios segundos, en los que aprovecho para tragar saliva. Al hablar mi voz ha estado a punto de quebrarse, como si me fuera a echar a llorar.

—Lo entiendo, Lily —musita, y clava la vista en el suelo—. Yo... Lo siento. Lo siento, de verdad. —Veo que crisca las manos, las abre y las cierra en un gesto nervioso sin llegar a convertirlas en puño—. ¿Es..., es una forma de decirme que no quieres volver a intentarlo?

Su pregunta habría sonado fatal con cualquier otro tono, pero me lo dice tan bajo que parece que tiene miedo de conocer la respuesta. Nos paramos en mitad de un camino en el que no hay nadie más que nosotros y le miro a los ojos.

—Tom, el problema es que no estás entendiendo lo que quiero decir o yo no me estoy explicando. Mira..., sé que hay cosas que van a llevar mucho tiempo hasta que se solucionen. Y no pasa nada. Pero, por otro lado, te veo y la impresión que tengo es que estás en una encrucijada y nunca llegas a tomar una decisión. Por ejemplo, y con esto no quiero presionarte ni obligarte a

elegir algo de forma precipitada, simplemente quiero saberlo... ¿Qué vas a hacer con tu carrera?

Los ojos de Tom vuelven a desviarse al suelo, y lo veo como muy pocas veces lo he visto desde que lo conozco: cansado. No cansado físicamente, sino de estar envuelto en un torbellino del que no puede salir.

—Oye, ¿la he fastidiado? —pregunto, teniendo miedo de haberme pasado. A pesar de que he intentado tener cuidado, nunca se sabe cuándo tus palabras pueden herir a una persona.

—No, no —responde él—. En realidad, tienes razón. Y no es sólo con YouTube. También he dejado de lado los estudios porque no sé si seguir o no. Y luego estás tú.

Me quedo en silencio, dejando que siga hablando. En su lugar, retoma el paseo y yo le imito a su lado. Al cabo de un rato en silencio, habla:

—Quedarme con Jasmine era la opción fácil, pero poco conveniente para ella... —Me mira de reojo, carraspea y añade con voz ronca, más queda—: Y casi podría decir lo mismo de ti.

No entiendo lo que dice y le pido que se explique.

—Elegir a Jasmine era la opción más fácil para mí porque evitaba preguntas sobre el resto; todas se centraban en mi... relación. —Se lleva la mano a la nuca, incómodo—. Sólo tenía que poner buena cara, dejarme sacar fotos y fingir un poco tanto delante de las cámaras como al estar los dos solos. Ahora bien, no era feliz y Jasmine no es mala persona, no se merecía que la engañara. Y... ¿qué sentido tiene esforzarse para agradar a los demás... cuando todo te da igual? —murmura—. De hecho, así es como me he sentido estos meses. Sólo quería irme a dormir, desconectarme de todo. No pensar en nadie... y menos en mí mismo.

Hace una pausa para tomar aire y escucho con atención cuando prosigue:

—Sé que puedo ser feliz contigo, Lily. Lo he sido. Pero, cuando volví, la prensa me preguntaba por mi salida repentina de The Eye, por Finn, y yo no encontraba a Nate, Ximena se había encerrado en sí misma, de Jordán no había señales de vida..., y no sé, necesitaba aislarme de todo. —Debe de notar que respira agitadamente, porque inspira hondo antes de continuar—: Por eso pensé que Jasmine... Alice y ella estaban de acuerdo en fingir y, bueno, Jasmine ya está acostumbrada a la atención; a ti podrían volver a seguirte como en otoño, conmigo encerrado sin hacer nada más que dormir. Por eso... Pero lo siento mucho, Lily. —Me mira, aunque aparta la vista enseguida—. Ya lo has dicho tú y tienes razón: entraríamos en el mismo bucle y, de nuevo, por

mi culpa. No quiero arrastrarte y que suframos los dos porque soy un desastre.

—No eres un desastre —respondo enseguida, y él esboza una sonrisa cansada.

—Un poco sí —reconoce, y se lleva la mano al pelo—. Y por eso..., por eso me he apartado de ti.

—Creo que por ahora tienes que tomar decisiones —le propongo—. Ya no sólo para seguir adelante, sino para sentirte mejor contigo mismo.

—¿Y si lo que elijo eres tú?

Su pregunta me pilló con la guardia baja.

—¿Cómo?

Él la reformula:

—Quiero decir, ¿qué pasaría si la primera decisión que tomo es la de seguir contigo...? Si tú quieres.

Trago saliva, nerviosa, e intento centrar la atención en la gravilla sobre la que paseamos. Doy un par de patadas a unas pequeñas piedras que se cruzan en nuestro camino.

—Pues te diría que..., que lo pienses bien. Porque hay algo que no estás teniendo en cuenta, Tom.

—¿El qué?

Cojo aire para decir en voz alta algo que me lleva atormentando desde hace un tiempo y que no he soltado hasta ahora:

—Que yo me voy a marchar en verano.



JASMINE

Hay algo en la conversación entre los dos que, de pronto, hace que todo cambie. Me pongo nerviosa al ver que se detienen de nuevo e intento buscar un árbol con un tronco más grueso que me pueda tapar, pero, al mismo tiempo, me dé algo de visibilidad para enterarme de lo que pasa. He estado demasiado lejos para escucharles, pero con sus caras más o menos me hago una idea. Hasta ahora.

Lily acaba de contarle algo a Tom que no le ha gustado nada. Los dos se han parado y se han quedado en silencio, sin saber qué decirse.

Los veo retomar la conversación al poco tiempo, pero sus caras no son buenas. Me siento mal por alegrarme, pero no puedo permitir que vuelva a pasar algo así y que la gente se ría en mi cara. Me fastidiaría ser la chica famosa a la que su novio le dejó plantada por una chica anónima.

Mi móvil suena en alguna parte de mi bolso y, como si me hubiera dado una descarga eléctrica, lo busco de forma frenética para quitarle el volumen. En cuanto deja de oírse el timbre de llamada, elevo la cabeza para asegurarme de que no me han descubierto. Suspiro, tranquila, cuando veo que ni siquiera se han percatado de que estoy ahí, a poco más de treinta metros de ellos. No sé qué ha ocurrido durante los segundos que he desconectado, pero de pronto están abrazados. Cuando se separan, intercambian algo en sus teléfonos y se despiden.

Lily regresa por donde ha venido y Tom permanece unos segundos allí, mirando fijamente su teléfono, como si no supiera qué hacer. Al cabo de un rato, cuando los árboles ya tapan la silueta de la chica, decide marcharse en la otra dirección.

Mi móvil vibra en mi mano y me doy cuenta de que lo que ha hecho Tom es

enviarme un mensaje. Cuando lo abro, me sorprende lo corto y conciso que es:
Avísame cuando puedas quedar, quiero hablar contigo.



CONNOR

Mi móvil se enciende justo cuando empiezo a leer el primer párrafo de mis apuntes. Me he prometido hace unos minutos que me iba a poner a estudiar en serio y de una vez por todas, pero el mundo parece estar conjurándose para distraerme.

Intento ponerme a mí mismo la excusa de que está demasiado lejos y no puedo leer los mensajes desde aquí, pero es mentira. A pesar de que está cargando a un par de metros, distingo más o menos quién me escribe por lo corto o largo que es el nombre, o por la cantidad de mensajes por segundo que me manda. En esta ocasión es sólo uno, y por eso empiezo a darle vueltas sobre si debería ir a mirarlo, ahora que todavía no he comenzado a estudiar. Espero un rato para ver si hay más notificaciones, pero la pantalla no se ilumina.

Una duda asalta mi mente.

¿Y si es ella?



MARTHA

—Pero... ¿es que no sabes escribir normal?

El sonido que hacen mis uñas cuando escribo en el móvil saca de quicio a Meredith. A mí nunca me ha molestado; de hecho, hasta me gusta. Joder, es que ella siempre tiene que quejarse de todo.

—Anda, dame, ya le mando yo el mensaje —insiste, dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de no seguir escuchándolo.

Me arranca el móvil de las manos, pero ya he enviado el mensaje hace unos segundos. Meredith lo relee y, para mi sorpresa, no tuerce el gesto, sino que le parece bastante bien.

—¿Crees que funcionará? —le pregunto—. No sé si querrá venir, ya sabes cómo es con el tema de los estudios cuando se acercan los exámenes.

—Sí, yo creo que se animará —me asegura.

Parece tan segura que me dedico simplemente a mirar la pantalla del móvil, a la espera de que Connor conteste. Pero, durante los próximos minutos, ni siquiera se pone en línea.

Meredith se levanta de la cama para retocarse el maquillaje de las cejas en el espejo mientras hacemos tiempo.

—Cada día las llevo peor. Todavía no he encontrado un sitio en el que me puedan hacer unas cejas corrientes en esta ciudad —protesta.

—Donde yo me hago las uñas a veces tienen depilación de ceja con hilo —respondo sin mirarla, atenta el móvil.

—Bah.

Bloqueo la pantalla y me echo hacia atrás para tumbarme en la cama de Meredith. El servicio de limpieza ya ha pasado, por lo que la cama está hecha y la habitación aceptablemente recogida. Miro al techo y me hace gracia que

sea idéntico al de la mía. Es como si nada cambiara entre ellas, sólo la disposición de los muebles. Nunca habría imaginado que estaría en su habitación y que nos llevaríamos como lo hacemos ahora. Tampoco es que tengamos una amistad envidiable, pero desde el primer momento que la vi me dije que estábamos destinadas a adorarnos u odiarnos. Me siento un poco fuera de lugar cuando lo pienso.

—Este tío no responde —le digo a Meredith, que sigue obcecada con sus cejas.

Se encoge de hombros, las revisa por última vez en el espejo desde varios ángulos diferentes y se gira hacia mí.

—Pues vamos a darle el mensaje en persona. Tiene que venir como sea, sobre todo después de lo que le hemos preparado.

—¿Qué? —pregunto.

Al principio no me apetece nada ir a buscarlo, pero tampoco es tan mala idea. Yo también quiero que venga con nosotras para ver su reacción cuando conozca a Agatha.

—Levanta, que vamos a ir a su cuarto, a ver qué hace —dice Meredith, ya de camino hacia la puerta.

Quita la tarjeta del lector y las luces se apagan, pero a través de la ventana todavía ilumina la luz del sol. Me levanto de un salto y aprieto el paso para ponerme a su altura. Un poco más y se va de la habitación dejándome sola aquí dentro.

Escucho cómo sus tacones resuenan al golpear el suelo, a pesar de que está cubierto con una moqueta, y no me puedo imaginar lo que tiene que ser vivir en la habitación que está justo debajo de la suya.

—¡Espérame! —le exijo, pero ella ya me lleva varios metros de ventaja.

Intento alcanzarla mientras vamos por el pasillo, que está bastante bullicioso a estas horas, pero todo el mundo está tan ocupado con sus cosas que ni siquiera nos miran cuando pasamos por delante. Cuando las dos estamos ante la puerta, ella llama con los nudillos un par de veces.

No tenemos que esperar mucho tiempo hasta que al otro lado se captan unos pasos amortiguados y nos recibe Connor. Tiene el pelo algo mojado, probablemente porque ha salido hace poco de la ducha, y viste con ropa de andar por casa. No parece hacerle mucha gracia que le hayamos interrumpido en lo que quiera que estuviera haciendo.

—¿Qué queréis? —pregunta.

No sé si se refiere al hecho de que le hayamos ido a buscar allí o a que

estemos las dos juntas. Soy consciente de que Meredith y yo no somos las típicas chicas que se llevarían bien, y creo que eso a Connor le confunde. Pero en el fondo tenemos en común que nos encanta salir de fiesta y participar en jaleos, lo que hace que, aunque a veces tenga que aguantar muchas tonterías, nos soportamos bastante bien la una a la otra.

—Pues sacarte de aquí, chico —le espeta Meredith.

A Connor no parece gustarle nada el tono que ha utilizado y siento que perdemos puntos a la hora de conseguir convencerlo para que venga con nosotras.

—Tenemos algo para ti. Es una sorpresa, ¡te va a encantar! —intento arreglarlo—. Ven con nosotras esta noche y lo descubrirás.

—Eso —añade Meredith, que lo observa con los ojos brillantes.

Me da la impresión de que Connor nota que tenemos algo raro entre manos y enseguida se echa atrás.

—No, lo siento, tengo mil cosas que hacer y no me fío nada de vosotras; a saber lo que estáis maquinando —concluye, dando por zanjada la conversación.

Intenta cerrar la puerta despacio, y nos da tiempo de sobra a impedirselo.

—Va, venga, Connor, que te va a encantar, de verdad —insisto.

Creo que se va a fiar más de lo que le diga yo que de lo que le diga Meredith, así que intento conducir la conversación a mi terreno. Le prometo que no es nada malo, que es algo especial para él y que, cuando sepa de qué se trata, nos dará las gracias.

Sin embargo, él no parece del todo convencido.

—Ya os diré luego, que ahora estaba estudiando, por eso no he contestado al mensaje —dice él a modo de despedida.

Meredith sonrío con picardía.

—Y si estabas demasiado ocupado para usar el móvil, ¿cómo sabes que te hemos enviado un mensaje?

Él suspira; sabe que la ha fastidiado.

Ni lo he abierto; te iba a contestar luego —trata de defenderse como puede.

—Ya, claro —dice Meredith, todavía con la sonrisa en los labios.

—Bueno —les interrumpo—, si yo fuera tú, Connor, me apuntaría esta noche, porque te va a venir bien para despejarte y tenemos una sorpresa para ti. Te enviaremos un mensaje con los detalles, ¿vale?

El chico se encoge de hombros y vuelve a su cuarto, indiferente a todo lo

que le hemos dicho. Meredith me mira, pone los ojos en blanco y se aleja de mí, rumbo al suyo.

—Oye, Meredith —la llamo, correteando detrás de ella.

—Mmm... —me responde mientras busca la tarjeta que abre su habitación en su enorme bolso.

—¿Has salido con bolso sólo para ir aquí al lado? —exclamo al darme cuenta. Nunca deja de asombrarme lo muchísimo que se arregla; creo que sería incapaz de salir a la calle sin maquillarse—. O sea, da igual, esa no era la pregunta.

Ella encuentra la tarjeta, la mete en la ranura y una luz verde acompañada de un pitido le indica que ya puede abrir.

—¿Qué quieres? —me suelta en un tono poco amable.

—¿Crees que le va a hacer ilusión de verdad? —pregunto, nerviosa. Ante el poco entusiasmo que ha mostrado Connor hace unos momentos.

La gente que inundaba el pasillo parece haber entrado a algún cuarto o haberse largado, porque de pronto a nuestro alrededor todo está en silencio.

Meredith entra en su habitación y se apoya en el marco de la puerta, dejándome claro con su postura que quiere entrar sola y que me vaya a la mía.

—¿No la habremos fastidiado? —insisto, de golpe insegura. Eso me asombra; no estoy acostumbrada a sentirme así..., excepto antes con Rex.

—No, le va a encantar, ya verás. —Pone los ojos en blanco antes de cerrar la puerta y dejarme completamente sola.



TOM

El ascensor del edificio en el que vive Jasmine es el más lento que he visto en toda mi vida. Es tan viejo que parece que en cualquier momento se vaya a romper y, siempre que voy en él, deseo que esta tortura termine cuanto antes. Hoy, como de costumbre, cruje de una manera extraña cuando supera el segundo y el quinto piso. Frena de forma mucho más brusca de lo que recordaba y me pregunto si estará en las últimas y cuándo lo van a arreglar de una vez.

Cuando por fin se abren las dos puertas, con una lentitud frustrante, salgo de ahí lo más rápido que puedo y respiro cuando piso tierra firme. Atravieso el rellano y llamo un par de veces a la puerta.

Oigo que me grita desde dentro, pidiéndome que le dé un segundo para recoger su habitación. Espero pacientemente y me muevo cada vez que las luces se apagan para reactivar el sensor de movimiento. Estoy distraído, mirando las formas que hacen las baldosas que imitan el mármol, cuando Jasmine abre la puerta.

—Eh —me saluda, y se aparta a un lado para dejarme pasar.

—Hola, Jasmine.

La escena es más fría de lo que esperaba, a pesar de que ella se acerca enseguida a darme un abrazo. La rodeo con los brazos, intentando mostrar interés, y de pronto soy consciente de que estoy teniendo la misma sensación que hace un rato en el ascensor. Sólo quiero salir de aquí, pero tengo que terminar antes con esto. Por mi bien y también por el de ella.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Me da rabia que lo haga porque no tengo claro que de verdad le interese

saberlo. A menos que la respuesta sea positiva, claro. No creo que sea cruel, sólo que prefiere que le contesten siempre con un «¡muy bien!» a esa clase de preguntas.

—Bien —contesto sin más.

Para transmitirle cómo me siento necesitaría horas y seguramente me dejaría algo por el camino.

—Yo no tan bien, pero bueno —replica ella, seca.

Intento ignorar su actitud y la sigo hasta el salón. Las demás veces que he estado aquí, siempre hemos ido directos a la cama, donde nos tumbábamos para ver una serie, una peli o simplemente hablar mientras observábamos el techo. Ahora se sienta a la mesa del comedor y me mira para que haga lo mismo. Me pregunto si se esperará algo, si tiene alguna idea de lo que le voy a decir. Parece que sí, porque su expresión es más de enfado que de ilusión, y en el fondo me alegro, porque sé que todo va a ser más fácil así.

En los últimos meses he tenido la impresión constante de que estaba decepcionando a la gente sin cesar. Y no sólo a mis seguidores, sino también a las personas a las que veía todos los días: mi familia, Lily, mis amigos... y sí, también a la que llegué a considerar durante un tiempo mi pareja, en lo que en el fondo no era más que otra gran mentira de Internet.

—Bueno —digo, intentando empezar por alguna parte—. ¿Qué haces?

Me siento estúpido en cuanto pronuncio esas dos palabras, pero mi cerebro ha decidido boicotearme y esquivar el tema importante del que quiero hablar.

—Nada, esperarte —responde ella, que no deja de mover su móvil entre las manos.

—Vale —digo, carraspeando.

Nos quedamos en silencio y, de pronto, la atmósfera se vuelve demasiado incómoda.

—¿Qué querías? —me pregunta.

Me muerdo el labio y la miro a la cara, aterrado. Aunque, al mismo tiempo, estoy contento de que haya sido ella la que me haya puesto ese momento en bandeja.

—Mira, Jasmine... He venido para hablar contigo sobre nosotros —farfullo, y ella se reclina en el respaldo de la silla sin cambiar de expresión—. Bueno..., creo que lo mejor sería que dejáramos de vernos. Y no durante un tiempo, sino para siempre. No sé, es que... te diría lo típico de que no es por ti, que es por mí, porque es cierto. Desde hace mucho, no soy quien solía ser.

Y no sé si es bueno o malo, pero sé que es así.

Trago saliva, consciente de que me estoy yendo por las ramas y estoy empezando a divagar. Intento volver a centrarme y que esto pase lo más rápido posible.

—O sea, que quieres que lo dejemos —me espeta. Es más una acusación que una pregunta.

—Sí, Jasmine. —Suelto el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

No sé qué esperaba, pero desde luego no la reacción que tiene. La miro a la cara y, aunque en sus facciones todavía quedan muchas señas del accidente y le cuesta mover algunas zonas de su rostro, veo una especie de media sonrisa socarrona.

—¿Y por qué has esperado tanto para decírmelo, Tom?

—Bueno, yo... —baluceo—. La verdad es que no lo tenía claro hasta ahora.

—Me estás mintiendo.

Sus acusaciones me duelen porque, en el fondo, tiene razón.

—Es decir, me lo había planteado, pero...

—Os he visto antes en el parque —me suelta, y me cuesta unos segundos saber de qué está hablando. Entonces comprendo que se refiere a mi conversación con Lily en Hyde Park.

Mi cara cambia por completo y ahora soy yo el que no entiende nada.

—¿Qué hacías ahí? —pregunto, aunque en realidad lo que quiero saber es por qué nos estaba espiando.

—Nunca sales de casa, Tom, a menos que sea para ver a Alice o venir a mi casa. Por eso me extrañó que de repente me dijeras que ibas a dar una vuelta. No tuve que pensar mucho para adivinar adonde irías y con quién, la verdad.

Dejo caer los hombros, relajando la tensión que se ha formado en la parte superior de mi espalda. No me puedo creer que me siguiera hasta ahí y escuchara nuestra conversación. Intento imaginar dónde podría haber estado ella para que pudiera oírnos y que ninguno de los dos la viéramos, pero en un sitio como Hyde Park, lleno de gente, árboles y tanto movimiento por todas partes, podría haberse ocultado en cualquier sitio.

—Da igual. Dime lo que has venido a decirme, por favor —me exige, y sus dos últimas palabras me suenan más a burla que a otra cosa.

—Pues lo que te he dicho antes. No puedo seguir con esto, ni a nivel personal ni profesional. Lo siento.

—A ver, Tom —me corta—. Me parece genial que lo quieras dejar, me da igual. Pero permíteme que te diga una cosa, una única cosa.

Pese a que asegure que le da igual, la impresión es la contraria. El tono con el que me habla se va elevando y parece estar a punto de ponerse de pie para gritarme.

—Deja de arrastrarnos a todos en tus miserias. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo? Tu mejor amigo murió en el accidente, vale, y lo estás superando. Eso lo entiendo porque yo también lo sigo viviendo, y ya sabes todos los problemas que sigo arrastrando por esa mierda que me tocó vivir. Pero ahora te has perdido en un..., en una espiral en la que te hundes cada vez más. Tom, si quieres encontrar a Nate, deja todo lo que estás haciendo y sal a por él, pero deja de amargar la vida a los demás sólo porque tú estás así.

Sus palabras me encienden, aunque intento mantener la calma. No quiero alzar la voz ni caer en su trampa; por gritar no voy a tener más razón, sólo darle la pelea que ansia.

—Esto no tiene nada que ver con el accidente ni con Nate, Jasmine. — Hablo despacio, separando cada sílaba.

—Ya, claro. Bueno, eso es todo lo que quería decirte. Tú sabrás lo que haces. Has pasado de tenerlo todo a perderlo en unos meses por tu culpa, porque no sabes tomar decisiones, porque estás como un vegetal esperando a que las cosas pasen. —Me mira con desdén—. ¿Sabes qué? ¡Nada va a pasar si tú no lo haces! ¿Quieres tener algo de relevancia en Internet? ¡Sigue haciendo lo que hacías antes, sigue con tu incipiente carrera en el cine! Acaba de empezar y ya la estás tirando a la basura. ¿Quieres encontrar a tu puto amigo? ¡Ve a por él! Pero deja de arrastrarnos a los demás, porque yo no quiero formar parte de tu mierda. Lo único que quería era que la película fuera bien y nuestra relación era una buena estrategia de marketing, pero ahora no quiero que se me asocie con gente como tú.

Sus palabras me atraviesan. No sé si porque tienen razón o porque estoy en una época tan delicada que todo me hace daño.

No tengo nada más que añadir. Cuando he entrado en su casa, sólo venía a dejar las cosas de forma pacífica, pero al parecer Jasmine ya tenía preparado un discurso.

Me levanto de la silla despacio.

—Veo que lo tienes claro, así que me alegro de que no tenga que insistir más en ello —le digo, preparado para marcharme.

Ella se pone en pie al mismo tiempo que yo y se aleja un paso de mí.

—Y otra cosa, antes de que te vayas —me suelta—. Te crees que vas a ser muy feliz con esa española que has conocido, pero déjame que te diga algo: en unas semanas ella tendrá que regresar a España, donde tiene a su familia, sus amigos y toda su vida, y te dejará aquí completamente solo. Porque, por si no te has enterado, ya estamos a mitad de mayo y tendrá los exámenes finales al caer.

»Y entonces te darás cuenta, cuando termine la universidad, de que has echado todo a perder por alguien que en un mes sólo será un like en Instagram o un contacto en tu agenda a quien ya no vuelvas a escribir nunca más.



MEREDITH

Aprovecho para ir al baño cuando suena una canción que no conozco. Le digo al grupo de chicos que me rodea que enseguida vuelvo. Soy consciente de que aprovechan para hablar entre ellos en cuanto doy tres pasos y levanto el mentón, triunfal.

Ni siquiera me molesto en localizar a Martha entre el montón de gente que lo da todo en la pista de la discoteca aunque no conozca la canción que está sonando. Seguramente seguirá con los chicos que hemos conocido antes.

Me concentro en mí misma y en no hacer el ridículo tropezando con mis zapatos de tacón, ya que tengo que subir un pequeño tramo de escaleras y es una zona peligrosa; el suelo está lleno de bebidas derramadas. Giro a la izquierda para meterme en los baños de chicas y me pongo en la fila. Sólo hay dos por delante de mí, así que espero que no se demoren mucho. Toqueteo el encaje de mi vestido con las uñas, teniendo cuidado de que no se enganche, y me aseguro de que está bien colocado, porque no ha parado de girarse en toda la noche. Tiro de él un poco hacia abajo y levanto la vista, empezando a perder la paciencia. A ver, que soy la primera en tardar un siglo en retocarme el maquillaje, pero, cuando pasan cinco minutos y la fila no ha avanzado, empiezo a suspirar y a carraspear para ver si alguien pilla la indirecta.

Por suerte, un baño se vacía y entran de golpe las dos chicas que tengo delante, así que yo soy la siguiente. Respiro, aliviada, y me giro ligeramente para mirarme en el espejo; me alegra saber que mi peinado no se ha alborotado tanto como pensaba. Algunos mechones se han escapado del recogido que me he hecho, pero quedan bastante naturales.

Desde aquí se oye la música como si la tuviera justo encima de mí, lo que

me pone más impaciente. Me estiro, preparándome para que abra la puerta y entrar corriendo, y entonces distingo el sonido de la cadena y de un pestillo desbloqueándose. Una chica alta y delgada sale del baño. Cuando la veo, me quedo a cuadros. Por un momento, mi cerebro desconecta de todo lo que me rodea y me pregunto si será ella la persona de la que Martha me había hablado. Lo más probable es que sí, porque se parece muchísimo a...

—¿Vas a pasar o no? —grita alguien a mis espaldas.

Me vuelvo al advertir que alguien se está dirigiendo a mí y entonces caigo en que llevo varios segundos inmóvil, mirando embelesada a la chica que está a punto de salir. Noto cómo se me ponen rojas las mejillas y ni siquiera me atrevo a contestar. Sólo doy varios pasos hacia delante, me encierro dentro y me obligo a no pensar en nada durante los próximos segundos. Sin embargo, no puedo quitarme la imagen de la chica de la mente. Se parece tanto que me he confundido, y estoy segura de que a Connor va a causarle la misma impresión.

Me subo las medias, me coloco de nuevo el vestido en su sitio y me doy la vuelta para tirar de la cadena mientras pienso en Martha. A pesar de que no conectamos del todo y no me fío de ella ni un pelo, es entretenida y me interesa más tenerla de mi lado; siempre puede ser de utilidad. De hecho, lo ha demostrado al encontrar a Agatha. Si la chica con la que me he cruzado es ella, y ya no tengo dudas de que no me estoy equivocando, Connor va a flipar.

Una vez que salgo, la multitud y el calor me reciben en cuanto atravieso la discoteca en busca de Martha como una desesperada para decirle que la he visto y que esa chica es una pasada. Sin embargo, cuando la encuentro, ya va un paso por delante de mí. Las reconozco a las dos por su pelo: el azul, por un lado, y el rubio platino, por el otro. Su forma de vestir es opuesta, pero parecen hablar entre ellas como si se conocieran de toda la vida.

En cuanto Martha me ve, me hace señas para que vaya adonde se encuentran ellas dos solas.

—Meredith, esta es Agatha —me dice Martha, intentando que su voz se escuche por encima de la música.

No necesita hacerme ningún tipo de gesto ni guiñarme el ojo, a ambas nos basta con verla.

—¡Hola! —exclama ella.

Le devuelvo el saludo dándole un abrazo y presentándome.

—Yo soy Meredith, compañera de la universidad de Martha. ¿Estás en la USK? —le pregunto, aunque sé la respuesta.

—¿Cómo? —pregunta, poniendo cara de no entender lo que le estoy diciendo.

—La Universidad de South Kensington..., está no muy lejos de aquí, ¿estudias ahí?

Ella niega con la cabeza.

—No, no, ya terminé la universidad el año pasado, ahora estoy haciendo unas prácticas en una empresa.

—Ah, vale, genial —intento ser maja con ella, aunque enseguida se nos acaba el tema de conversación.

Martha vuelve a dirigirse a ella y les dejo que hablen un rato mientras miro hacia la puerta. Este sería el momento perfecto para que Connor apareciese, pero seguro que el muy imbécil ha decidido quedarse en casa. De ser así, no me cabe duda de que ahora mismo estará contemplando el techo de su habitación, sin hacer nada. Lo más probable, arrepintiéndose de no haber venido con nosotras.

En el fondo tengo una pequeña esperanza en que nos haya hecho caso, que vaya a venir a vernos, y por si acaso miro el móvil para ver si me ha escrito.



CONNOR

Apago la luz del flexo y sólo ahora reparo en lo tarde que es: a mi alrededor todo es oscuridad. No me he fijado en que el sol había bajado y me estaba quedando dormido sobre los apuntes hasta que he levantado la cabeza y he visto que fuera las farolas ya estaban encendidas. Dejo la mesa tal cual, sin cerrar los apuntes, y me froto los ojos. De tantas horas forzándolos es como si me dolieran. Siento que me escuecen, me los aprieto y la situación no mejora, sino que me molestan todavía más. Decido aguantar unos segundos con los ojos cerrados sin hacer fuerza para probar si así se me pasa, pero no da resultado. Me levanto, apesadumbrado, y me tumbo en la cama bocabajo, sin abrirlos. ¿Tanto tiempo he estado estudiando? No, no habrán sido más de tres horas. Para mi sorpresa, el tiempo ha pasado tan deprisa que ya se ha hecho la hora de cenar.

Quiero levantarme para volver a la mesa, coger mi móvil y ver cuándo va a bajar Lily a cenar, si es que lo va a hacer, porque últimamente pide comida directamente al hotel. Me planteo si moverme o no, pero decido no hacer nada para no forzarlos más con pantallas.

Me giro y me pongo bocarriba, abriendo los ojos. La sensación de estar en completa oscuridad me incomoda, pero no me disgusta. De hecho, pronto soy capaz de distinguir la lámpara del techo y los muebles que me rodean en cuanto me voy acostumbrando a la luz que proviene del exterior.

No sé cuánto tiempo paso así hasta que mi estómago ruge y empiezo a pensar en dónde voy a cenar. Quizá me vendría bien un poco de aire fresco. Sopeso la idea un rato y enciendo la lámpara de la mesilla. Una vez que localizo mi cartera y la tarjeta, me las meto en los bolsillos. Echo un último vistazo a mi alrededor y decido dejarme el móvil porque voy a regresar enseguida.

En cuanto salgo a la calle, me alegro de haber vencido a la pereza, porque por una vez la temperatura es perfecta. Ya es de noche y refresca, aunque es

justo lo que necesito: alejarme del ambiente recargado de mi habitación y dar un paseo. Voy a comprarme algo en una tienda cualquiera de alimentación, pero decido doblar la esquina y seguir un camino más largo para estirar las piernas. Echo de menos el deporte, la actividad física que practicaba con mis amigos en California. En Londres, el frío y la lluvia te absorben las ganas de salir. Al pensar en California, me siento optimista. Todavía no he estudiado mucho, pero creo que puedo aprobar todas las asignaturas; además, el clima está mejorando y pronto estaré en casa. En cuanto pasen los exámenes y entregue unos trabajos, seré libre para volver.

Las calles están llenas de gente porque es viernes y esquivo a varios grupos que van con unas cervezas y montando follón. Giro a la izquierda y corro para cruzar en rojo, asegurándome de que no venga ningún coche. Ya sólo me queda rodear un jardín y habré llegado a la tienda. No puedo permitirme un restaurante; últimamente he gastado demasiado.

Cuando llego a la calle paralela a la de la tienda, de pronto oigo una voz que reconozco. Está hablando a gritos sobre algo que no atino a comprender, pero no tengo que pensarlo dos veces para saber que corresponde a Martha. Busco su pelo con la mirada y enseguida la veo en la puerta de una discoteca, haciendo el idiota con otras dos chicas con las que se saca varias selfis.

Una de ellas es Meredith. No me sorprende verla con un vaso de plástico en la mano y también hablando a gritos. De hecho, lo que más me llama la atención es que haya escuchado antes a Martha de decir ella nada. A la otra no la reconozco, pero en cuanto la veo se me para el corazón. Tiene el pelo rubio, muy claro. Lo lleva peinado con una raya en el centro y completamente liso. A juzgar por su estatura y complexión, sólo puede tratarse de una persona...

No obstante, cuando Meredith me reconoce y me indica con chillidos y gestos exagerados que me acerque, constato que no es Ava.

—¡Has venido! —exclama Martha mientras se acerca hacia mí.

Meredith no se mueve del sitio porque apenas puede dar un paso con los taconazos que lleva, y se queda al lado de la chica, apoyada contra la pared.

De pronto me doy cuenta en el lío en el que me acabo de meter yo solito y lo único en lo que puedo pensar es en salir de ahí lo más rápido posible, pero la curiosidad me puede y accedo a darle conversación a Martha, ya completamente borracha. Ella parece leerme la mente y me cuenta que tiene que presentarme a alguien, tirando de mi manga para que la siga. Me dejo llevar, sin oponer resistencia, y me presentan a Agatha. La saludo de forma tímida y veo por el rabillo del ojo que Meredith y Martha están muy atentas a

mi reacción. Hablamos los cuatro durante unos minutos y les digo que voy a retirarme porque sólo había salido a dar una vuelta.

—Ni se te ocurra pirarte, Connor —me dice Meredith, aunque suena más como una orden que como una invitación a quedarme.

—Eso, no te vayas, que lo vamos a pasar genial, ¡ya verás! Están poniendo una música...

Hace un gesto que no sé lo que significa, pero las tres se ríen. Por un momento, me da la sensación de que nada ha cambiado. Me siento como si acabara de empezar las clases en septiembre y Ava, Martha y Meredith todavía pudieran estar juntas en la misma habitación. Como cuando Ava estaba interesada en mí. Sin embargo, las cosas han cambiado mucho desde entonces y creo que el único que sigue siendo el mismo soy yo. Eso no es bueno. Me había prometido que las cosas cambiarían cuando tuve que viajar hasta Las Vegas, pero sigo siendo la misma persona que era entonces.

Miro la copa que Meredith sostiene en la mano. Quizá después de un par de chupitos todo sea más fácil... Tomo aire y lo suelto, meditando un segundo lo que voy a hacer a continuación, y una sonrisa tímida de Agatha es suficiente para que me decante por la opción más sencilla.

Cuando el reloj pasa de las doce y cambiamos de día, estoy demasiado lejos del mundo para acordarme de ello.



AVA

Cuando me despierto, me cuesta unos segundos recordar dónde estoy. Miro a mi alrededor y, aunque la oscuridad no me permite ver la habitación, el punto rojo de la televisión que indica que está apagada me basta para recordar que no estoy donde siempre. No me encuentro en el hotel que ha sido mi casa en Tokio, sino varios kilómetros al sur.

Lo primero que hago es asegurarme de que Kanna sigue dormida. No sé qué hora será, pero no quiero despertarla. Cojo mi móvil de la mesilla de noche y utilizo la luz de la pantalla para guiarme hasta mi maleta. Por suerte, la dejé abierta, así que no tengo que deslizar la cremallera en mitad del silencio. Tanteo en la parte superior hasta que mis dedos dan con lo que estoy buscando: mi diario. Cojo el bolígrafo que siempre llevo conmigo junto al cuaderno con un conejo en la portada y camino hacia el baño. Una vez ahí, cierro la puerta, echo el seguro y enciendo la luz.

Durante los primeros instantes, soy incapaz de abrir los ojos por el resplandor. Bebo agua del grifo, muerta de sed, y luego me dejo caer al suelo, donde me siento con las piernas cruzadas y abro el diario.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que escribí, de modo que dejo un par de hojas en blanco entremedias y continúo. Es lo que hago cuando quiero, nunca mejor dicho, pasar página de algo malo que me haya ocurrido. Todavía no he escrito nada de Japón, así que decido reservar esas dos hojas para más adelante, para cuando me sienta preparada para contar lo que pasó y por qué tuve que marcharme lo más lejos posible.

Querido diario:

Veintidós años. No me puedo creer que los últimos doce meses hayan pasado

tan rápido. Hace nada estaba cumpliendo diecinueve y ya me parecía que eran demasiados. Ahora volvería a ellos sin pensármelo.

Pongo el punto a la frase y me pregunto si pienso eso de verdad. Después de todo lo que ha sucedido, no estoy tan segura de querer repetirlo. Aun así, decido no tacharlo y continuar.

Ayer a última hora de la tarde cogimos un tren en dirección a Nara, donde nos encontramos ahora.

Me doy cuenta de que a la frase le falta algo. Un «nosotras». Algo más que tendría que dejar por escrito, pero que prefiero obviar.

Kanna me ha regalado el viaje por mi cumpleaños. Ayer por la tarde me llevó hasta la estación de tren de Tokio con una mochila con ropa para un día y nuestros documentos. Se cogió la tarde libre en el trabajo para así aprovechar hoy, en mi cumpleaños, para descubrir la ciudad y volver a última hora. No podíamos dejar más tiempo solo a Panda. Le di ayer de comer justo antes de salir y dejé suficiente agua y un trocito de comida extra en el comedero para compensar que no le pondría más hasta hoy por la noche. Fuimos en metro hasta la (estación, donde nos compramos unas cajas de bentó para cenar, y llegamos cuando ya era noche cerrada, por lo que no pude ver nada. Según Kanna, la mejor parte del viaje es la sorpresa. Me ha hecho prometerle mil veces que no voy a buscar nada de Nara en Google y he tenido que contener las ganas. Odio las sorpresas, pero con ella... es diferente.

Me paro a pensar si quiero añadir algo más sobre el tema que acaba de salir a la luz sin querer y aún estoy dudando cuando alguien llama a la puerta.

—¡Un momento! —digo, todavía con voz somnolienta.

Cierro el diario y lo dejo escondido en un cajón donde sólo hay una toalla blanca doblada con mucho esmero. Lo cierro, me miro al espejo y quito el pestillo. Kanna entra como loca y se lanza encima de mí.

—¡Feliz cumpleañosooooos! —chilla mientras me besa por toda la cara.

Cierro los ojos, intentando que no me los roce, y no puedo evitar reír.

—¡Felicidades, felicidades, felicidades!

—Gracias —susurro, cerrando los ojos mientras ella me abraza. En este instante, juntas, aún medio dormida y en un sitio que no conozco, siento una

sensación de libertad abrumadora. Me encuentro en un lugar del mapa que no sé situar y en un momento del día que ignoro. Podrían ser las cinco de la mañana o las ocho.

Y eso era justo lo que necesitaba. Desconectar para volver a conectar conmigo misma. Escaparme, dejarlo todo atrás. Perderme.



KANNA

Ava se deja llevar durante todo el día y, a pesar de que sólo han pasado unas horas y que cumplir años no te cambia al instante, me doy cuenta enseguida de que hay algo diferente en ella. La noto relajada. En todo este tiempo siempre ha tendido a hablar despacio, a esconder sus emociones, a veces incluso conmigo, y a encogerse. Sin embargo, hoy la veo distinta, y no sólo por la sorpresa que le he preparado, sino también por cómo habla conmigo cuando nos sentamos en una parte más alejada de la zona turística del parque de Nara, tras visitar el templo Todaiji, donde se queda tan sobrecogida como los demás visitantes ante las dimensiones de la estatua de Buda —y yo también, pese a ya conocerla— y el santuario de Kasuga-Taisha, en el que no me canso de fotografiarla junto a las lámparas de piedra.

Ava disfruta durante toda la mañana acariciando a los ciervos que viven allí. Vemos centenares de distintas edades y tamaños, y ella quiere relacionarse con todos. Algunos se dejan tocar, otros se muestran más reacios y asustadizos, pero todos enloquecen en cuanto compramos unos barquillos especiales para alimentarlos. A unos metros de nosotros, un turista los mordisquea desconcertado, como convencido de que se tratan de una especialidad culinaria de la zona, y contengo la risa. Nara es una ciudad muy bonita y uno de sus principales atractivos turísticos es el parque, donde viven un montón de ciervos que en general son amables, aunque pueden impacientarse por la comida. Y no sólo se limitan al parque: no es inusual verlos cruzando calles entre los coches, que esperan con paciencia y sin la menor sorpresa por la costumbre.

Algunos son tan pequeñitos que no parecen tener más de unas semanas;

otros, con la cornamenta ya desarrollada, son más altos incluso que Ava. Aprovecho para sacarle fotos mientras ella no se da cuenta, y estoy tan distraída que doy un salto cuando un ciervo me arranca de un mordisco el mapa que tenía metido en el bolsillo trasero del pantalón. Para cuando intento recobrarlo, ya lo está masticando y no consigo recuperar más que un fragmento.

Cuando llega la hora de comer, nos alejamos de los animales y nos sentamos en un lugar más apartado. Saco dos cajas de bentó y las dejo sobre un mantel lila. Bajo el árbol en el que estamos, se cuelan algunas motas de sol y siento un calor inclemente bajo mis pantalones negros largos. Ava no tiene ese problema porque se ha puesto un vestido que le llega hasta las rodillas, pero su piel es tan blanca que la luz refleja sobre ella.

—¿Qué es? —me pregunta, señalando la comida.

Ayer por la mañana me dediqué a preparar el picnic que quería traer hoy y decidí mezclar un poco de todo por si algo nuevo no le agradaba, aunque creo que después de tanto tiempo ya voy conociendo también sus gustos en ese sentido. Ella mira con curiosidad las diferentes secciones que hay dentro y se acerca para examinarlas, apartándose el pelo con cuidado.

—Estos *onigiris* son de ciruela —le explico—; ya sabes, una bola de arroz con *nori*, es decir, con el alga, rellena de ciruela. También hay *tamago*, *makis* de aguacate y de pepino, algo de mango... ¡Ah!, y también he traído unos *taiyakis* de postre. —Me río de antemano porque sé qué cara va a poner cuando vea los pasteles de pez; le van a encantar—. Puedes probar un poco de todo, a ver qué opinas.

Ava intenta comerse un *onigiri*, aunque cuando muerde una esquina se le cae un trozo. Me río y ella se disculpa por si está rompiendo alguna tradición japonesa, pero insiste en que todo eso no le cabe en la boca. Me río mientras lo va probando todo y hablamos de las diferencias entre la comida de su país y del mío. En Dinamarca la pesca también es importante, pero no consigo reconocer ninguna de las especies que Ava me cuenta que son típicas de allí; o ella no las sabe decir en inglés o yo no las entiendo.

—¿Echas de menos Copenhague? —le pregunto antes de llevarme a la boca algo de *edamame*.

Ella asiente, pero no parece muy segura.

—Echo de menos a mi familia, sobre todo a mi hermano, aunque estoy muy bien aquí. Los quiero mucho, pero necesito un espacio que ahora mismo ellos no pueden darme.

No llego a entender del todo qué es lo que insinúa, pero supongo que puedo hacerme a la idea. Desde que la conozco, no he conseguido obtener mucha información sobre su relación con sus amigos ni con su familia, y ni siquiera sé si su familia sabe de mi existencia. Es algo que intenté preguntar en su día, pero su respuesta fue, directamente, cambiar de tema, así que entendí que no. Pero me da miedo pensar que su familia no la acepta. ¿Será ese uno de los motivos por los que está aquí? Tras aquella conversación, busqué en Internet cómo era la situación para la comunidad LGTB en Dinamarca, pero no vi nada fuera de lo normal. Como ya me había hablado de Gina, la chica danesa con la que estuvo saliendo y que se hacía pasar por su hermana o su amiga, ahora no consigo recordarlo, supuse que lo más probable era que su familia no tuviera ni idea de todo esto.

—¿En qué piensas? Te veo en otro planeta —me dice ella, y por un momento me planteo responder cualquier cosa para evitar la verdad. Sin embargo, no lo hago.

—En ti y en tu familia.

Ava baja la cabeza; parece intuir a qué me refiero.

—Kanna... —murmura.

Antes de que pueda seguir la interrumpo:

—Lo siento, no quería mentirte. No tenemos que hablar de lo que no quieras... Es tu cumple —le recuerdo—. Hablemos de cosas bonitas.

—No pasa nada —asegura ella, y su tono suena tan serio que me convence.

La miro a los ojos, esperando a que los baje y me diga que mejor no, que no quiere hablar de ello, pero veo que me sostiene la mirada. Estira hacia mí la mano que tiene libre y yo se la cojo, nerviosa.

—Dime qué quieres saber y te lo cuento.

Trago saliva. ¿Qué quiero saber? Hay muchas cosas que no sé de ella y me gustaría hacerlo para comprenderla mejor. Como en estos temas siempre levanta un muro, me he acostumbrado a ignorarlos. Tal vez ahora haya llegado el momento.

—Bueno..., en realidad lo que tú estés preparada para contarme o lo que me quieras contar. No sé... —Espero unos segundos a ver si ella añade algo. Como veo que sigue en silencio, continúo—: ¿En tu casa... saben que eres bisexual? ¿Se lo has dicho?

—No, no lo saben —admite—. He pensado muchas veces en contárselo, pero siempre hay algo que me hace echarme atrás. —Titubea—. La verdad es que tampoco me apetecería contarles que estoy saliendo con un chico. Es algo

en general.

—Pero sí que te daría más apuro decirles que estás con una chica, ¿no? —pregunto, y temo haber sido demasiado directa.

Ava calibra la respuesta durante unos segundos.

—Supongo que sí.

Me muerdo el labio por dentro mientras pienso en que esa puede ser uno de los motivos de que desde siempre haya tratado de esconderlo.

—¿Has estado alguna vez con un chico? —me pregunta ella, aprovechando que estamos compartiendo confidencias.

Niego con la cabeza.

—Eso lo tengo bastante claro, nada de chicos —le respondo, y le guiño el ojo para quitar tensión al asunto—. ¿Y tú?

—Es complicado —se encoge de hombros—, más o menos. Es decir, sí, estuve con Connor..., del que te he hablado, pero tampoco llegamos a salir mucho tiempo. Supongo que sí. Es que..., no sé, hay algo que me sucede con frecuencia y no sé si sólo es a mí o si a otros bisexuales también les pasará.

Tuerzo la cabeza, curiosa por lo que va a decir.

—A veces —prosigue— me da la impresión de que cuando paso de estar con una chica a estar con un chico es como si... como si se me hubiera pasado la fase —dice, haciendo con los dedos el símbolo de las comillas—. Realmente odio esa expresión, pero... ¿Me explico?

—Sí, te entiendo.

Me llevo otra vaina a la boca y miro al infinito. A nuestro alrededor solo se ven árboles y algún que otro ciervo adormilado.

—Me acuerdo de cuando se lo dije a Lily por primera vez. Para mí fue muy dramático; ahora miro atrás y creo que no es para tanto, pero era la primera vez que se lo confesaba a alguien aparte de Gina y... no sé.

—Y ahora no lo ves así —le recuerdo—, y eso que tampoco ha pasado tanto tiempo desde que se lo dijiste. ¿Cuándo sería, en octubre?

Ella cuenta con los dedos.

—Sí, algo así... Fue un paso. Y todavía me quedan muchos por dar.

Le aprieto la mano y la suelto, acercándome a ella con cuidado de no tirar la comida. Le doy un beso en la sien y apoyo la cabeza sobre su hombro. Cierro los ojos. Ahora que todo lo que nos rodea es naturaleza, siento como si en el mundo sólo estuviéramos ella y yo, algo que hacía mucho que no sentía.

—Estoy orgullosa de ti —le repito. No es la primera vez que se lo digo, y probablemente ya esté harta de escuchármelo, pero es la verdad—. Te has ido

a otro continente y has dejado todo atrás porque necesitabas serenarte; se requiere mucha fuerza para hacer algo así.

—Pero voy a tener que volver pronto —musita ella.

Sus palabras rompen por un segundo la magia del momento. Levanto la cabeza y la miro, a pocos centímetros de su cara.

—Lo sé —murmuro, y dejo caer los hombros.

Soy consciente de que Ava va a tener que regresar a su casa para retomar sus tratamientos, que no basta con que se aleje de todo. Posiblemente ahora esté mejor porque me ve —a mí, a la ciudad— como un oasis. Y los oasis son de por sí pasajeros.

—Siempre vas a tener las puertas de mi casa abiertas —le recuerdo—. Sé que no tiene las mismas comodidades que un hotel, pero... cuando digo siempre, es siempre.

Ava traga saliva y asiente, y me da miedo que no hable porque esté a punto de romper a llorar en su cumpleaños y por mi culpa. La abrazo, dejando que apoye su cabeza contra mí, y entierro la mía en su hombro. Espero a que estemos quietas, en completo silencio y armonía con nuestro entorno, cuando pronuncio las dos palabras que llevan las últimas semanas pululando en mi cabeza:

—Te quiero.



AVA

Esas dos palabras son suficientes para hacer que me replantee todo. Desde cero. Y, en el tiempo que tarda en decirlas, me doy cuenta de que voy a tener que tomar una decisión que sólo yo puedo tomar. Una decisión con la que no conté cuando me monté en el avión con destino a Japón.

Porque tengo un motivo para volver, pero dos para quedarme.



XIMENA

Hay un pasillo largo, inclinado hacia la izquierda, que me llama. Literalmente puedo escuchar mi nombre a través de las paredes, como si por las grietas se colara el viento y me susurrara que me vaya con él, que deje todo atrás.

El suelo cruje con cada pisada que doy, pero mis oídos parecen estar tan centrados en las voces que ni siquiera notaría que me estoy moviendo de no ser porque veo que mis piernas se deslizan. Pero, cuando levanto la cabeza, la luz al final del pasillo sigue en el mismo sitio.

Intento correr, pero no me sirve de nada. No puedo alcanzarlo.

Las voces me empiezan a rodear, se cuelan entre mi pelo y mi ropa y quieren que...

—¡Ximena!

Un espasmo me recorre el cuerpo y levanto los brazos en señal de defensa. Alguien me está reteniendo y no puedo escaparme. De pronto, una luz me ciega.

Entonces veo que quien me está agarrando es mi hermano y quien ha encendido la luz es mi madre, que me mira desde la puerta de mi habitación.

—Vale, ya está, ya ha pasado —me dice Tom, pasándome la mano por la frente. Veo cómo se gira para decirle que no a mi madre con la cabeza y vuelve a hablarme—: Ha sido sólo una pesadilla, no te preocupes.

De pronto, percibo que estoy sudando. Todo mi cuerpo está cubierto por una capa de sudor, sólo que en lugar de tener un calor asfixiante me estoy helando. Me arrebujó entre las sábanas para intentar recuperar mi temperatura normal. El corazón me late desbocado.

—¿Te duele la cabeza? —me pregunta mi hermano.

—No, estoy bien —murmuro, con la boca pastosa—. ¿He gritado o algo?
El asiente y me siento mal por haberles asustado. No es la primera vez que me pasa en el último mes.

—Si necesitas cualquier cosa, escíbeme al móvil o grita. Estoy aquí al lado para lo que necesites —me recuerda mientras sale de la habitación.

Me mira una última vez, fuerza una sonrisa y apaga la luz detrás de él.

Cuando cierra, me desperezo, consulto la hora y guardo el móvil bajo la almohada. Son las seis de la madrugada. Todavía es pronto para levantarme, pero no creo que vuelva a conciliar el sueño después de este sobresalto, y mi hermano probablemente tampoco.

Espero unos segundos que terminan convirtiéndose en minutos para escribir a mi hermano y preguntarle si está bien. En los últimos días parece haber empeorado y no quiere contarnos nada de lo que le pasa. Sin embargo, cuando cojo el móvil para hablar con él, la pantalla se ilumina antes de que pueda desbloquearlo. Alguien quiere contactar conmigo.

La sangre se me hiela en las venas cuando reconozco el remitente. —¡Tom! —grito, esperando que me oiga desde su habitación. Mi corazón late demasiado rápido y le vuelvo a llamar para que se dé prisa en venir.

—¡Corre, mira esto! —le digo en cuanto aparece, y le enseño mi móvil, acercándoselo todo lo que puedo desde la cama.

El se apresura y se queda paralizado cuando ve quién está llamando.

—No puede ser —balbucea, pero enseguida cambia de opinión—: Descuelga, corre, ponlo en altavoz —exclama, apresurándose a sentarse a mi lado.

No pierdo ni un segundo y le doy al símbolo verde para contestar la llamada y después al icono del altavoz. Si al otro lado de la línea está realmente Nate, esto lo va a cambiar todo.



TOM

—¿Hola?

La voz de mi hermana busca una respuesta, pero lo único que el teléfono le devuelve es silencio. Permanecemos los dos quietos, expectantes, esperando a aferrarnos a cualquier sonido para poder localizar a Nate y saber si está bien. Sin embargo, no se oye nada. Ni siquiera una respiración que nos indique que hay una persona al otro lado.

—¿Nate?

Esta vez lo intento yo para ver si así hay suerte. Observo la pantalla del móvil y compruebo que, en efecto, los números siguen avanzando, como si se tratase de una llamada corriente.

Noto que Ximena me está observando para ver mi reacción. No sabe si colgar o no y, por lo visto, me ha dejado a mí esa elección. Levanto la cabeza para mirarla con una pregunta muda en los labios y justo en ese momento la llamada se cuelga.

—Voy a volver a llamar —dice mi hermana, convencida.

Pienso en decirle que no lo haga, que no va a servir, pero en el fondo todavía tengo esperanzas de que en algún momento Nate decida contactar con nosotros, y esto parecía una forma de hacerlo.

O de intentar comunicarnos que está en peligro.



LILY

Nada más incorporarme, descorro las cortinas y abro la ventana para ventilar la habitación. La ropa que dejé anoche preparada en la silla se ha arrugado un poco, pero la aliso con las manos y me visto en silencio. Hoy es el último día de clases del semestre. Si todo va bien, no tendré que pisar la universidad nunca más, excepto para los exámenes y trámites que tenga que hacer. Mientras me subo los vaqueros de color azul oscuro, pienso en lo mucho que van a cambiar ahora las cosas. Después de tantos años en los que mi única rutina era la de ir por las mañanas a clase y estudiar por las tardes, no sé lo que haré cuando no tenga que ir más a la universidad. ¿Buscar un trabajo inmediatamente? ¿Estudiar algo más antes de entrar en el mundo laboral? La gente de mi clase tiene más o menos claro lo que quiere hacer, pero yo siento que todavía me quedan muchas decisiones por tomar.

En cuanto estoy lista, bajo a coger algo rápido del desayuno y me dirijo a clase mientras busco el contacto de Ava en la agenda. No hemos vuelto a llamarnos desde aquella primera vez, pero sí que hemos intercambiado mensajes a diario. Cuando ahora la llamo, tarda un rato en responderme y casi he perdido la esperanza de que me conteste cuando oigo su voz.

—¡Felicidades! —grito, y un par de viandantes se dan la vuelta y me miran con cierto reproche.

—¡Oh, gracias, Lily! ¿Qué tal estás? —exclama ella.

—No, de eso nada, ¿qué tal estás tú? ¿Allí ya es mediodía?

—Sí, estamos en Nara, una ciudad preciosa con ciervos a la que me ha traído Kanna. —Al mismo tiempo que su voz, que destila una alegría especial, oigo de fondo un montón de pájaros, como si estuviera en mitad de un bosque.

—¿Lo estáis pasando bien?

—¡Sí! Entre esto y que el otro día estuvimos en un café de conejos...

—¿Cómo dices? —pregunto, sonriente. Me hace ilusión escuchar a Ava tan animada y, sobre todo, habladora.

—¡Una cafetería en la que hay conejos! Los cuidan, los puedes acariciar y así...

—Ah, sí. —Freno en seco cuando un semáforo parpadea y cambia al rojo—. En Madrid hay una así, pero con gatos. ¿Y cuál es el plan para el resto del día?

—Curiosearemos por aquí y al atardecer volveremos a Tokio —me explica—. Todavía nos quedan muchas cosas que ver.

—Qué bien, me alegro mucho —le digo, y siento que las palabras me salen del corazón. La convivencia con Ava me ha enseñado a identificar su estado de ánimo sólo con su oír voz, y lo que ahora capto me agrada.

—Oye, ¿y allí qué tal? ¿Ya estáis de exámenes?

Noto que utiliza el plural y supongo que se refiere tanto a Connor como a mí. Todavía no hemos hablado de él en ningún momento, pero me figuro que hoy Connor le escribirá para felicitarle, o quizás incluso intentará llamarla.

Pero no le pregunto por él. Prefiero que sea Connor quien me lo cuente cuando lo necesite.

—Justo estoy de camino a mi última clase. —Me encojo de hombros aunque ella no pueda verlo—. Te echo mucho de menos como compañera. Y eso que casi no tengo tiempo: el viernes empiezan los exámenes.

—Así que no os queda nada...

—¿Tú qué vas a hacer con los exámenes y la uni? —Intento no sonar muy brusca para no agobiarla.

—Hmmm... Obviamente ya he perdido mi matrícula en la USK, así que... creo que lo que haré será repetir las asignaturas de este semestre el año que viene. Lo que no sé es si lo haré en Londres o en otro sitio... Lo tengo que pensar, la verdad.

De pronto, un pensamiento horrible invade mi mente: no voy a ver nunca más a Ava. A no ser que viajemos a propósito para vernos o que ella venga en los próximos días, lo cual es improbable. Si yo empiezo los exámenes en unos días y entrego después los trabajos que me faltan, habré acabado la carrera y no tendré nada más que hacer aquí. Y no volveré a coincidir con ella.

Ava se da cuenta de que algo me ha pasado por el cambio de mi actitud en el resto de la conversación, pero le aseguro que no es nada, que todo sigue

bien. Continuamos hablando hasta que llego a la entrada de la universidad y me despido de ella.

Separo lentamente el teléfono de mi oreja mientras varias cosas ocurren en el mismo momento. Me quedo quieta en la entrada del campus sin saber qué hacer, como si me hubieran lanzado un hechizo paralizante.

En primer lugar, mis ojos se llenan de lágrimas al pensar fríamente en que no voy a volver a ver a Ava. Mi íntima amiga y una de las mejores personas a las que he conocido, con la que he vivido tantas cosas y a la que he visto caer, pero también crecer, va a desaparecer para siempre de mi vida.

Casi a la par, miro a mi alrededor, consciente de que es mi última clase no sólo en la USK, sino en la universidad en general. Me siento rara, como si no hubiera transcurrido el tiempo, pero también consciente de todas las cosas que han pasado. Mientras observo a la gente tumbada bajo los árboles por última vez, algunos ya levantándose para encaminarse a sus facultades, veo a Meredith dirigirse hacia mí. No parece ser casualidad, ya que me está observando fijamente; lo más probable es que tenga algo que decirme.

Y entonces mi móvil me vibra en la mano. Lo miro, principalmente para evitar el contacto visual con Meredith, y veo que no es Ava, Connor ni nadie que mi agenda reconozca. El mensaje que acabo de recibir proviene de un número que no tengo guardado y empieza así:

Hola, Lilo, soy Tom, ¿puedes venir?

Ha pasado algo.



MEREDITH

—Eh.

Lily se gira con poco disimulo para saber si le estoy hablando a ella y, al ver que cerca no hay nadie más, me devuelve el saludo, reticente.

—¿Puedo hablar contigo?

—Lo siento, Meredith, ahora no puedo.

No necesito escuchar mucho más para darme cuenta de que algo va mal. Lo noto en su cara. Y no parece tener nada que ver conmigo, más bien parece tener la cabeza en otra parte.

—Perdona —se excusa, alejándose de mí en dirección a su facultad.

—¡Espera! —exclamo, y corro detrás de ella para ponerme a su altura—. Por favor, es sólo un segundo.

Ella se para en seco y cierra los ojos. Me sienta mal que esté exagerando tanto, pero le dejo hacer todos los aspavientos que quiera mientras me escuche.

—De verdad que ahora mismo no puedo, Meredith, me pillas en un mal momento y tengo que ir a clase ya.

—Pero si todavía te quedan diez minutos para empezar, ¿no? Se queda en silencio y me lo tomo como una victoria personal. —Mira —empiezo—, ya sé que he hecho esto antes una vez, pero ahora es de verdad. En cuanto termine mis clases y haga los exámenes, me voy a marchar, y para siempre.

Lily me observa con incredulidad. Sé que mi pasado no me avala, pero en esta ocasión estoy segura de mi decisión.

—Así que quería decirte que me voy. Que lo siento por todo lo que haya podido hacer que te haya molestado. Ya me he despedido de varias personas..., todavía no de Connor ni de Martha, así que te agradecería que no

les dijeras nada.

Pienso en mi conversación con Owen del otro día y prefiero ni recordarla.

—En fin, que me queda una persona con la que hablar, pero me da palo escribirle al móvil.

Lily parece darse cuenta enseguida de a quién me estoy refiriendo y dice su nombre en voz alta.

—Ava.

Asiento, pensando en dónde se habrá metido.

—Hoy es su cumpleaños, me lo ha recordado Facebook, y...

—Meredith, por favor, dime lo que quieres y deja que me vaya, no quiero saber nada de tus historias, de verdad.

Ahora su tono no suena autoritario ni distante, sino más bien cansado. Al mirarla a los ojos, veo que no tiene muy buen aspecto. Tiene unas ojeras enormes, la piel fatal y la raíz descuidada, aunque eso tampoco es que sea una novedad.

—¿Podrías decirle que...? —lo vuelvo a intentar, pero ella me corra:

—No, no puedo. Lo mejor que puedes hacer con Ava es dejarla en paz, Meredith —me espeta, y recupera su forma de hablar anterior—. Te pasaste con ella. Bueno, en realidad con mucha gente, pero ella fue algo así como tu víctima número uno. No quiero que sufra más y tampoco quiero que arrastres contigo a Connor ni que estés hurgando en mi vida privada para liarla con mi ex sólo por satisfacción personal. Lo siento, pero se acabó.

—Pero...

—No es cuestión de perdonarnos —me vuelve a cortar—, es cuestión de que te alejes de nosotros, por favor.

Cojo aire y lo suelto, furiosa. Me alegro de haberme maquillado bien hoy, porque siento que las mejillas se me están tiñendo de rojo por la rabia que circula por mi cuerpo.

—Vale. Eso es precisamente lo que voy a hacer.

Y sin decir nada más, salgo de ahí, y caigo un minuto después en que acabo de tomar una decisión definitiva. Terminaré los exámenes, me alejaré de todo esto y me iré a casa a dedicarme a lo que yo quiera. Quizá le haga caso a mi madre, pero sólo porque me apetece. No porque ella me obligue.

Camino a zancadas, pensando en los días que me quedan de estar aquí, y saco el móvil de mi Chanel para escribir a mi madre y pedirle que me compre un billete de avión de vuelta a casa con tres maletas facturadas.



TOM

Releo el mensaje que he enviado hace unos segundos. Paso los ojos sobre las líneas varias veces y me detengo en el nombre del destinatario: Lily. Espero con ansias a que salgan esas letras que me indican que está en línea y que ha visto mi mensaje, pero no es así. Han pasado ya más de diez minutos y no lo ha abierto. Entonces empiezo a plantearme varias posibilidades. ¿Y si ha visto la notificación, pero no quiere abrirlo? ¿Y si está fuera y no va a verlo? ¿Y si...?

—Te sale humo de la cabeza, Tom, déjalo ya —me dice Ximena.

¿Tan obvio es que no puedo parar de pensar en qué hacer a continuación?

—Vete, anda, que vas a llegar tarde a clase —le respondo, mosqueado.

Ella chasquea la lengua.

—Hoy han cancelado Arte y voy directamente a segunda hora. Asiento, distraído, mientras desvío la vista al móvil. Apenas he dormido esta noche porque no podía dejar de dar vueltas a la extraña llamada de Nate. Además, al pensar en ello me di cuenta de que antes, en estos casos, hubiera pasado a la habitación de Finn para que me ayudase a rastrearla o algo así. A él se le daba bien toda esa clase de cosas. Y de ser imposible, me hubiera tomado el pelo y luego me hubiera ayudado a tranquilizarme hablando. Sí, era otra cosa que se le daba bien. Pero, por supuesto, eso es algo que nunca más voy a poder hacer.

Camuflé un suspiro con un bostezo y Ximena se levanta para recoger su desayuno. Por fortuna, mis padres no se han enterado de nada y ahora mismo están trabajando; de lo contrario, su paranoia desde lo de mi hermana se hubiera multiplicado.

—No les contamos nada a ellos, ¿verdad? —me pregunta Ximena como si

me hubiera leído la mente.

—Yo no lo haría. Se van a preocupar demasiado y nos van a intentar parar los pies. Ellos no lo entienden.

No me gusta llevar la contraria a mis padres, sobre todo cuando Ximena está en medio, porque a mí también me preocupa su seguridad después de lo que pasó (y lo que realmente podría haber pasado con Patrick). Pero ¿de qué nos va a servir que nos pongan trabas para dar con Nate?

—Ximena, ¿me dejas tu móvil?

Ella pone cara de recelo en cuanto escucha mi pregunta y se niega enseguida.

—No voy a cotillear nada, te lo juro —intento convencerla. Lo único que quiero es que me lo deje para ver si a Lily se le ocurre algo, si puede ayudarme de alguna manera a localizar la llamada. Odio la idea de molestarle con más líos míos, pero no sé a quién más podría acudir. No es sólo que no me fie de nadie más que de ella y de Alice, sino que ella lo vivió también... Estaba conmigo cuando Nate desapareció.

Pero ¿por qué no contesta?

Ximena niega con la cabeza para enfatizar todavía más su rechazo.

—Joder —me quejo, dejando caer la cabeza hasta apoyar la frente en la mesa.

Justo entonces brilla la pantalla de mi móvil con una notificación de Lily. El corazón me da un vuelco.

Tengo clase ahora, pero ¿puedes a las 11 en la puerta de la USK? La que da a los edificios en construcción.

Me quedo unos instantes pensando en el lugar que me indica. No lo he visto nunca, pero no puede ser muy complicado de encontrar.

Sí, nos vemos ahí a las 11.

—Te ha respondido, ¿verdad? —me pregunta mi hermana, caminando hacia el baño para lavarse los dientes.

—Sí, he quedado con ella a las once. Por favor, Ximena, déjame el móvil —insisto, pero enciende el cepillo de dientes eléctrico y no escucha lo que le digo—. Vamos, es por Nate, ¡no voy a mirar nada! Por favor.

Tras unas cuantas súplicas más, sale del baño y me lo tiende a regañadientes, diciéndome su contraseña con cara poco convencida.

—Pero sólo hoy, y como cotillees algo... —Se cruza de brazos.

—No voy a tocar nada, te lo juro.

Ella mira el teléfono en mis manos como si supiera que está cometiendo un error y se estuviera despidiendo de él para siempre.

—No te preocupes, cuando vuelvas estaré aquí esperándote para contártelo todo —le aseguro.

Mi hermana se cuelga la mochila al hombro y abre la puerta de la calle, suspirando.

—Oye, Tom —dice sin girarse hacia mí. No distingo su expresión—. Patrick... sigue en la cárcel, ¿verdad?

Me doy cuenta de inmediato de lo que me quiere decir. Tiene miedo de que reaparezca de improvisto. Al pensar en que por su culpa mi hermana vive con miedo, con la sensación de estar amenazada, aprieto las mandíbulas para concentrar ahí mi furia y que no se percate.

—Sí, descuida. Va a pasar ahí bastante tiempo. —Entonces se me ocurre algo en lo que no había caído y me llevo la mano a la frente. Seré idiota...—. Ximena, si quieres llevarte el móvil porque te sientes más segura, hazlo. No quiero que estés preocupada.

Ella niega con la cabeza, ahora algo girada hacia mí.

—No, quedo siempre con una amiga a mitad de camino.

—Vale. Pero que no se te olvide que me importas mucho y..., bueno —titubeo, avergonzado—, siempre que necesites algo, sea lo que sea, cuenta conmigo.

Ella enarca una ceja y me mira con extrañeza, sin entender a qué viene esta inesperada escenita emotiva, aunque al final asiente y cierra la puerta con cuidado de que no golpee. Espero unos segundos a que se aleje y me acerco a la ventana del salón para contemplar cómo camina hacia la parada de autobús. Esa imagen me devuelve un recuerdo que me despierta la nostalgia: cuando íbamos juntos al colé gio, cuando yo estaba en mis últimos años de instituto y ella acababa de entrar y tenía que acompañaría.

Daría cualquier cosa por revivir aquello.

Una notificación me saca de mis pensamientos y regreso a la cocina, donde he dejado el móvil.

Cambio de planes. Ven cuando quieras.

Releo perplejo el mensaje de Lily y una sensación de alarma me invade, aunque me obligo a pensar que no ha pasado nada grave.



LILY

Me encierro en el baño y lloro. No sé durante cuánto tiempo, ni siquiera si habrá alguien que me esté escuchando. En estos momentos nada de eso me importa. Tampoco me preocupa haber salido en plena clase para ir al baño y no haber vuelto. Al menos he podido firmar la lista de asistencia. La última de toda mi vida.

Las sienes me laten, doloridas, y oigo un pitido distante que estoy convencida de que existe sólo en mi imaginación. Permanezco sentada en el suelo, con la cabeza apoyada entre las manos, intentando silenciar mis sollozos con poco éxito.

Cuando por fin enmudezco y saco fuerzas para consultar el móvil, veo que ya ha pasado casi una hora desde que he escrito a Tom y que, entretanto, he recibido varios mensajes suyos en los que me pregunta dónde estoy. Dudo sobre si decírselo. Creo que en un minuto soy capaz de relajarme, lavarme la cara y salir como si no hubiera pasado nada. Fingir que estoy bien.

Pero no lo hago.

En su lugar, comparto con él mi ubicación exacta y le indico que estoy en el segundo piso.



CONNOR

—¿Y no has ido a clase?

La pregunta de Agatha hace que me replantee si he cometido un error, pero intento convencerme de que no.

—No —respondo, y me encojo de hombros—, hoy era el último día y da igual. No he tenido nunca problemas con la asistencia.

Ella se distrae mirando por la ventana de mi habitación y se atusa un mechón de pelo con un gesto que, una vez más, me recuerda a Ava. La miro, anonadado. Cuando conocí a Agatha, pensé que de verdad se trataba de Ava; en fin, es casi como si fuera su hermana. Lo que más me fascina es cómo se parecen hasta en los gestos inconscientes. No sé si Martha nos presentó para burlarse de mí, pero el resultado ha sido... inesperado. Quizá sólo me haya acercado a ella porque me recuerda a Ava. Es más, no puedo mentirme a mí mismo: sé que ha sido así. ¿Eso equivale a un engaño?

¿Me he fijado en ella sólo por el físico o también por la timidez que desprende (tan parecida a la de Ava)? ¿Ocultará tantos secretos como ella? Y a Agatha, ¿qué le habrá atraído de mí?

¿Está mal si me atrae una chica... porque me recuerda a otra?

—¿Quieres ir a dar una vuelta o prefieres quedarte aquí? —me pregunta con un marcado acento alemán.

Mi cerebro apunta de forma automática ese detalle en la lista de diferencias entre ambas, como si lidiáramos una batalla para ver quién tiene razón sobre si está bien lo que estoy haciendo.

—Lo que tú quieras —respondo, algo nervioso.

—Por mí, nos quedamos. —Agatha se gira totalmente hacia mí.

Se sienta a mi lado en la cama y me rodea los hombros con su brazo. Mientras sus labios rozan los míos, una parte de mí piensa que este no es mi estilo, que esto no es ético ni sano. «En serio, estás fatal», me suelta.

La otra se concentra en devolverle el beso.



Cuando llega la hora en la que tendría que haber terminado la última clase del curso, siento que me he quitado un peso de encima. Definitivamente, seguir en el Ellesmere ha sido un error. Sí, vale, he tenido mucha más libertad que si me hubiera ido a casa de mi madre, pero aguantar todos los días a la gente yendo a la universidad a primera hora, comiendo antes que yo, que ya trasnocho por aburrimiento, y haciendo planes en los que no encajaba ha sido.... en fin, una putada. Antes por lo menos tenía a Martha, pero ahora sólo parece pendiente de la pirada de Meredith. Y Meredith es... Buf, conozco bien a las de su calaña: remoras de cualquiera que pueda hacer que en su compañía destaquen.

Pienso en el grupo del que durante un tiempo formó parte y enseguida los aparto de mi mente. Demasiado intensos. Owen, Rose y toda esa gente ha terminado mal, con muchos malos rollos innecesarios. Ya he tenido suficientes movidas con Oliver. Connor es más legal; sigue yendo a clases y alguna que otra vez le he echado un cable con su ortografía. Ahora que lo pienso, el trío que forma con Lily y Ava últimamente parece incompleto. ¿Cuánto tiempo llevo sin ver a Ava? Antes siempre iba junto a la pelirroja, pero ahora...

Pienso seriamente en la última vez que me crucé con ella por el hotel y no logro recordarlo. ¿Y si se ha marchado?

Me levanto con pereza y hago la cama para evitar volver a caer en la tentación de dormir hasta después de la comida. Luego me estiro y me obligo a entrar en la ducha. Llevo la misma ropa de ayer, seguro que apesto. Tiro todo al suelo y aprieto los dientes cuando las primeras gotas de agua caen demasiado frías. Me froto la barba con una parte del champú que cae de mi pelo hasta que me noto como nuevo.

Cuando salgo, revuelvo un par de cajones y encuentro un con junto de ropa limpia que no me queda mal. Todavía tengo el pelo mojado cuando salgo al

pasillo, y voy tan distraído peinándomelo en el reflejo de la pantalla del móvil que casi me choco con Connor.

—Perdona, tío —le digo, y de repente mis ojos van directos a la persona que le acompaña.

Abro la boca para preguntar por ella, pero él se apresura a negar con la cabeza y pillo la indirecta. Sin embargo, hay algo que necesito saber.

—Oye, Connor —le vuelvo a llamar la atención—, ¿sabes algo de Ava? Hace mucho que no la veo. Creo que no tengo su número y no sé...

—Pues... —El titubea con aspecto avergonzado. ¿Ahora qué le pasa a este?—. No mucho, la verdad. No puedo ayudarte, lo siento.

—Pero sigue en la residencia, ¿no?

Connor traga saliva. Siento que me está vacilando. ¿Cómo no va a saber si su amiga sigue ahí? Quizás ha sido casualidad que ella y yo no nos hayamos cruzado, pero ¿él? Venga ya.

—Ni idea, lo siento —repite, tan expresivo como un robot y moviendo la pierna izquierda en una especie de tic nervioso.

—Pero ¿qué dices, tío? —Lo miro alucinado.

El me responde con una mirada que mezcla el enfado y el pánico. No sé si me está mintiendo o si le he pillado en un mal momento. Examino a la chica que le acompaña, que me dedica una sonrisa. Se la devuelvo y me despido de ellos con un gesto rápido de la mano mientras me dirijo a la calle.

Una vez fuera, me dejo llevar por un impulso y busco el nombre de mi madre en la agenda. A diferencia de otras veces, no dudo antes de llamar.

—¿Mamá? —pregunto antes de que ella diga nada cuando descuelga el teléfono.

—¿Rex? —Del otro lado suenan voces lejanas. Es raro encontrar a mi madre sin gente alrededor.

—Te llamaba para ver cómo estabas —le respondo, aunque es una verdad a medias—: Y bueno..., necesito una cosa. ¿Me ayudarías a conseguir un piso en Londres? Quiero mudarme del hotel, enseguida termina el período lectivo y tendré que buscarme otro sitio.

Escucho la respiración de mi madre al otro lado de la línea, sopesando lo que le acabo de decir.

—Claro, pero ya sabes lo que opino. ¿Por qué no te vienes conmigo? Ahora voy a estar tres meses en el mismo sitio.

Pongo los ojos en blanco. No sé cuántas veces hemos tenido esta conversación.

—Ya te lo he dicho, mamá. —Enfilo una callejuela en dirección al centro. El sol está casi en el punto más alto y no hay manera de encontrar sombra, a pesar de que no hace demasiado calor—. Necesito vivir mi vida. ¿Conoces a alguien?

La conexión se corta y, por unos segundos, su voz se pierde. Me pregunto dónde estará ahora.

—¿Qué? ¿Me oyes, mamá?

—Que intentaré enterarme de algo. Pero quiero que sepas que...

—Ya lo he decidido, mamá —le suelto. Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto, queriendo decirle la verdad, aunque el miedo a que no le gustara la idea me paralizaba. Hasta ahora—. Me voy a quedar aquí una temporada y me voy a apuntar a clases de interpretación.

Me quedo inmóvil en mitad de la calle, a la espera de su reacción. Aunque me digo que no estoy nervioso, no puedo seguir caminando sin más y aprieto en un puño los dedos de la mano libre para distraerme.

—¡Qué bien! -exclama ella entonces, y me sorprende notarla genuinamente alegre.

Mi madre, Verity Hampton, es más conocida en la industria por su mal carácter que por sus momentos de júbilo.

—¿Te ilusiona? —le pregunto, vacilante.

He estado dudando mucho tiempo, pero creo que esto es lo que quiero hacer. Acompañar a mi madre en su trabajo me ha enseñado la parte mala de su día a día, pero también las ventajas. Ir a The Eye me ayudó a darme a conocer entre el público y supongo que podría utilizar eso para empezar con pequeños proyectos.

—Muchísimo, de verdad —responde ella, y todavía me asombra percibir la sonrisa en su voz—. Deja que haga algunas llamadas. Escíbeme por mensaje la fecha en la que sales del hotel ese en el que estás y lo que necesitarías, la zona que te gusta y todo eso. ¡Ay, qué maravilla de noticia! A ver si la próxima que me das es que te has echado una novia..., esta vez de verdad.

—¡Mamá! —mascullo fastidiado. Siempre me hace lo mismo, le encanta aprovechar cualquier oportunidad para recordármelo—. Luego hablamos.

Cuelgo antes que ella y abro Spotify mientras respiro hondo, sintiendo que me he quitado un peso de encima. Y ahora que he resuelto algo, queda otro tema pendiente, uno que me despierta cierta curiosidad.

Una pregunta que no me han sabido responder.



TOM

Cuando el móvil me indica que he llegado a mi destino, compruebo otra vez que lo haya mirado bien. Pensaba que Lily me habría pasado la ubicación de su clase o de alguna sala de estudio que estuviera en el segundo piso de la universidad, pero no es así. Según mi teléfono, se encuentra en los baños de chicas. Lo bloqueo, sin saber qué hacer. A estas horas no hay nadie por los pasillos y las puertas de las clases están cerradas. Si me acerco, puedo distinguir cómo dan clase dentro y no quiero interrumpirlas. Lo último que quiero es que se me vea por aquí.

Compruebo si hay alguna cámara de seguridad en el pasillo y así saber si es seguro entrar al baño de las chicas. Llevo casi dos minutos aquí delante y no he visto a nadie entrar ni salir, y Lily lleva un buen rato sin leer mis mensajes.

Durante mis segundos de indecisión resuena un timbre por toda la planta y, acto seguido, de las clases provienen voces elevadas que se enmarañan en conversaciones. Son las diez y media, de modo que lo más seguro es que sea la hora del descanso y los pasillos estén a punto de abarrotarse en cuestión de minutos. Sin pensarlo, empujo la puerta del servicio y me cuelo dentro. Si mi móvil no falla, ella tiene que estar aquí dentro.

—¿Lily? —susurro—. ¿Lily, estás ahí? ¿Me oyes?

—Sí —me responde una voz débil desde uno de los baños.

Sólo hay uno ocupado. Aun así, por si acaso llamo con los nudillos en la puerta y oigo cómo quita el pestillo y deja que se abra unos centímetros.

—¿Puedo pasar?

—Sí.

Abro la puerta del todo y la cierro detrás de mí, volviendo a correr el cerrojo por si entra alguien y nos pilla.

—¿Qué te ocurre? —pregunto en cuanto le veo la cara.

Su expresión está descompuesta. Parece llevar bastante rato llorando; está roja y tiene las pestañas pegadas y oscuras. Me acerco a ella y la abrazo, sin dejar de dar vueltas a lo que le puede estar sucediendo.

—Perdona —murmura ella. Luego deja escapar un hipido y se tapa la boca justo después—. Es una tontería comparado con lo que me has escrito hace un rato. ¿Habéis conseguido hablar con Nate? ¿Está bien?

Sacudo la cabeza y ella debe de interpretarlo como una respuesta negativa, porque se asusta.

—No, no, quiero decir que no hemos conseguido contactar con él. No sabemos nada. O sea, nos ha llamado —intento explicarme, dado que estoy hablando tan rápido que ni yo mismo me aclaro—, pero nadie respondía.

Ella me mira fijamente, confusa.

—Ven, acompáñame —le pido—. Vamos a mi casa si quieres.

Justo cuando termino la frase, la puerta del baño se abre y entra un grupo de chicas hablando entre ellas. Lily y yo intercambiamos una mirada y guardamos silencio hasta que, un par de minutos más tarde, se marchan por donde han venido.

—Vale —asiente—, vamos; no quiero pasar aquí ni un segundo más.

—¿A qué hora vuelven a empezar las clases?

No quiero arriesgarme a salir al pasillo y encontrarme con toda esa gente, entre la que es bastante probable que alguien me reconozca.

—Deberían haber empezado ya, esas chicas habrán llegado justas para entrar. No es un descanso largo, la pausa no es hasta dentro de una hora.

—Pues nos marchamos —le confirmo, quitando el cerrojo—. Asegúrate tú primero de que no haya nadie en el pasillo, por favor.

Ella camina hacia la puerta que da a la zona de las clases y asoma la cabeza, mirando primero a un lado y luego al otro. Cuando me indica con la cabeza que todo está en orden, me pongo detrás de ella y abandonamos el baño como si no hubiera pasado nada, aunque mientras no dejo de preguntarme qué le habrá pasado y por qué evita hablar de ello. La sigo escaleras abajo por un camino diferente al que he tomado para subir y en menos de un minuto ya estamos en la planta baja, saliendo por una puerta lateral que da al jardín del campus. No hay mucha gente, aunque igualmente apretamos el paso e intento no establecer contacto visual con nadie.

—¿En qué zona vives? —me pregunta Lily.

Frunzo el ceño, sin terminar de entender qué quiere decir.

—Donde siempre... ¿No te acuerdas?

—Nunca he estado en casa de tus padres, Tom.

—¡Ah! —Me río, aliviado. Por un momento me había preocupado la posibilidad de que se hubiera olvidado de las veces que estuvimos en mi casa, por absurdo que sea. Noto que me ruborizo y me desordeno el pelo por la nuca, cohibido—. No, no vamos a casa de mis padres. Vamos al piso... Donde vivía con Finn.

Desde el accidente, me he sentido incapaz de dejar que otros inquilinos entraran allí y durmieran como si nada en la habitación de Finn, donde pasó los últimos días de su vida. Sé que es ilógico, pero no podía concebir la idea de meter sus cosas en cajas, de ver su cuarto vacío. Así que me he limitado a seguir pagando el alquiler y pasar sólo de vez en cuando.

Paro un taxi con la mano y abro la puerta para que Lily pase por delante de mí. Mientras digo las señas, me abrocho el cinturón y estoy a punto de poner mi mano sobre la de ella, pero luego me contengo. Permanecemos en silencio los minutos que dura el trayecto y, cuando llegamos, pago sin despegar la vista de Lily, que ha bajado y observa la calle ensimismada. Esta es la primera vez que hace el recorrido sin taparse los ojos, pero pensarlo no me arranca la sonrisa que hubiera esbozado hace unos meses.

Creo que confiamos el uno en el otro, pero lo que en otoño parecía fundamental ya no sé si es suficiente. ¿Hasta qué punto puedes exigirle fiabilidad a una persona cuando ya no estás seguro de lo que puedes ofrecerle tú?

—Ya no me acuerdo de la última vez que estuve aquí —murmura cuando nos situamos ante el portal. Yo sí que la recuerdo perfectamente, pero prefiero no pensar en ello.

Cuando abro la puerta, siento que nada ha cambiado. Intento engañar a mi mente haciéndole pensar que estoy en otoño, que empieza a hacer frío y que todavía no ha pasado nada que haya cambiado mi vida. Que mi amigo y yo volvemos de tomarnos unas copas de más, sólo preocupados por la gente que puede vernos por la calle. Pero el truco no dura demasiado.

Enciendo las luces y los radiadores mientras Lily se sienta en uno de los dos sofás. Toqueteo el mando de la temperatura, elevándola algo más de lo normal para que el salón se temple más rápido. Luego pongo el mando sobre la encimera y camino hacia su lado, donde me dejo caer y la miro con cautela.

—¿Quieres contarme qué te pasaba?

—No es nada..., sólo ha sido un momento de agobio —musita, y carraspea. Me acerco un poco más hacia ella cuando sigue hablando—. Es que antes iba pensando en Ava, que se ha marchado, y en las clases, en que no sé qué voy a hacer después... Y entonces ha venido Meredith. ¿Sabes quién digo?

—¿La del pelo azul? —Noto un escalofrío al acordarme de la chica de la discoteca.

—¡No! —exclama Lily, y me alegro de mi error cuando eso le provoca una risa—. Si Meredith te oyera confundirla con Martha, le daría algo. —La risa se vuelve más sonora y le sonrío, aliviado de verla mejor—. Es sólo que entre unas cosas y otras..., no sé, no me estaba enterando en clase y falta poco para los exámenes. Supongo que me he distraído, pero... —Suspira y se aparta el pelo de la cara. Parece muy agobiada.

—¿Qué tal los llevas? Los exámenes, digo.

Se encoge de hombros, sin saber qué responder, y entiendo que no muy bien. De hecho, la impresión que me da es que los debe de llevar bastante mal.

—Sé que no es consuelo, pero yo hace tiempo que he dejado de presentar tareas y hacer exámenes en mi carrera. Y eso que tengo más facilidades porque al hacerla a distancia ni siquiera necesito salir de casa... No sé. —Respiro hondo—. A todos nos pasan cosas así de vez en cuando, Lily; no te sientas mal.

Ella me lanza una mirada llena de compasión y nos quedamos un rato en silencio. El Tom del pasado, el de hace unos meses, habría rellenado la pausa con una broma o cualquier tontería, pero ahora estoy demasiado cansado para plantearme bromear siquiera.

—¿No te pasa que sientes que ha llegado el momento de... tomar decisiones? —pregunta Lily.

Me recoloco en el sofá, súbitamente algo abrumado.

—Demasiadas decisiones —contesto. No tengo que pensar mucho para que se me vengan a la mente varias cosas en las que tengo que decidir algo ya—. Ni siquiera sé lo que voy a hacer mañana..., imagínate en el futuro.

—¿Qué vas a hacer con el canal? —inquire ella. Aunque este es un tema que llevo tiempo queriendo evitar, su tono es más de curiosidad que de impaciencia, y eso en cierto modo me ayuda. Sé que para los demás el canal ha pasado a estar ligado a mí, como si fuera una extremidad más.

—No lo sé... No me siento con ánimos para seguir grabando. Han pasado muchas cosas desde entonces y siento que no soy la misma persona. Y ese tipo

de cosas se notan, se ve cuándo haces algo por pasión y cuándo lo haces porque sí. No quiero convertirme en alguien del segundo grupo. Para eso, prefiero abandonar, aunque sea de cobardes.

—No es de cobardes —responde Lily enseguida—. No te machaques con eso porque no es así. ¿Y si haces un vídeo explicando que vas a estar ausente durante un tiempo? Seguro que tus seguidores lo entienden y así puedes tener calma para replantearte la situación.

Lo sopeso unos segundos y termino por asentir.

—Sí, es cierto —reconozco—. No es mala idea. De hecho, voy a hacerlo. La semana que viene.

—O mañana, si puedes —me rebate ella—. Así ya sí que sabrás lo que vas a hacer mañana.

Sonrío, sintiéndome un poco más positivo.

—¿Ves? —sigue hablando—. Ya hemos tomado una decisión. Bueno, la has tomado tú, porque yo sólo he dado un consejo desde el desconocimiento. La verdad es que dicho así no parece muy fiable. —Se echa a reír y apoya la cabeza en el sofá, mirando hacia el techo.

—Vale, hagamos una cosa: vamos sacando temas y dejamos de posponer nuestras respectivas decisiones —propongo—. No vamos a salir con ninguna duda, y eso incluye a Nate y Jordán. Pero dejemos eso para el final.

Lily asiente, esperando a que comience.

—La universidad —digo, hablando ranto por ella como por mí—. Creo que me presentaré en septiembre y así me olvido por ahora de los exámenes, ya que ni siquiera he mirado cuándo son.

—Bien, pues yo... me voy a tener que encerrar en mi habitación para estudiar a muerte y no pifiarla. —Plantearse ese objetivo en voz alta parece resultarle reconfortante, porque su voz gana aplomo.

—Siguiente tema —continúo, aunque dudo unos segundos antes de continuar—: Jasmine.

Cuando pronuncio su nombre en voz alta, Lily aparta la vista del techo y la dirige hacia mí, expectante.

—Hay cosas que no te he contado. Supongo que ahora es el momento. .. No estamos juntos, ni de forma real ni ficticia. Es más, si ella no lo ha hecho público es porque creo que todavía sigue demasiado enfadada conmigo. La última vez que la vi, cuando quedé con ella para zanjar las cosas, me empezó a gritar y...

Dejo las palabras en el aire, recordando perfectamente todo lo que me

soltó por la ira.

—¿Qué? —pregunta Lily.

Trago saliva, nervioso. Ya es demasiado tarde para retractarme.

—Básicamente me dijo que estaba perdiendo el tiempo contigo, que cuando termines la universidad volverás a España y me dejarás atrás.

El silencio vuelve a reinar en el piso. En esta ocasión es más incómodo que nunca, y creo que me arrepiento de haber dicho la verdad, por más que fuera necesario.

—Tiene razón —dice Lily, y siento que mi estómago se contrae—. Tom, este es un tema que llevamos mucho tiempo evitando y los dos lo sabemos.

Asiento, sin atreverme a añadir nada más, pero me doy cuenta de que ella está esperando a que diga algo.

—Sí, es cierto. Lily, yo no puedo pedirte que te quedes aquí. —Y desearía poder hacerlo, pedirle que no se marchara, pero no sería justo. Perder a Lily después de perder a Finn, a Nate y casi a Ximena. .. Siento que poco a poco se van desmoronando los cimientos con los que hace nada me sostenía. Pero no puedo hacerlo—. Es tu vida.

—Lo sé —afirma ella—. En realidad, no es tan difícil. Sólo hay dos opciones: me quedo en Londres después de terminar la universidad, seguimos juntos e intento construir un futuro aquí... o lo dejamos, acabo los exámenes y vuelvo a España.

Muevo la cabeza sin saber muy bien qué contestar.

—Sé que tengo que tomar una decisión, pero creo que, haga lo que haga, vamos a equivocarnos —añade ella, y me quedo un rato reflexionando sobre sus palabras.

—¿Tú qué quieres hacer?

—Por ahora, terminar la universidad. Esa es mi prioridad número uno. Después...

El sonido del timbre corta la frase de Lily. El corazón me da un vuelco, no sólo por lo inoportuno de la llamada, sino por quién será a estas horas. Tal vez sólo sea el cartero...

Aun así, no puedo quitarme de encima la sensación de que algo malo está a punto de suceder.

Camino con cuidado hacia la puerta, intentando que no se oigan mis pisadas, y echo un vistazo por la mirilla. Cuando veo quién está al otro lado, me quedo atónito.

—Lily... —susurro.

Ella me mira con inquietud desde el sofá.

—¿Te acuerdas de cuando estábamos aquí tú y yo hace unos meses y Finn nos interrumpió? Bueno, pues esto es algo parecido... —le confieso mientras abro la puerta.



AVA

Dejo que mis pies me lleven por las calles de Tokio, pero realmente es mi corazón quien los guía, porque casi siempre que salgo a dar una vuelta termino en el mismo sitio: el estudio de tatuajes de Kanna. Me gusta ir y verla recibir a los clientes, firmar papeles, bromear con sus compañeros de trabajo y peinarse el pelo cada cinco segundos frente a cualquiera de los espejos que hay en la sala. Cuando me descubro mirándola con ternura, noto que la despedida de este país me va a resultar más dura de lo que esperaba.

Aunque no quiera pensar en ello porque esto es lo último por lo que vine a Japón..., creo que me he enamorado de ella.



LILY

Recuerdo como si fuera ayer cuando Finn entró de golpe en el piso y nos pilló a Tom y a mí. Me quedé paralizada, sin saber qué hacer, y luego vino la vergüenza. Pero no hay ni punto de comparación entre aquella llegada inicial y esta.

Mi primer instinto es zarandear a Tom para que reaccione, aunque él parece hasta sonreír de alivio al ver su cara.



JORDAN

La puerta emite un ligero crujido y se abre. Antes de decir nada, inspecciono el salón para asegurarme de que sólo están ellos dos. La expresión con la que Tom me recibe no es de curiosidad, ni siquiera de confusión. Es más bien de serenidad, como si esto fuera algo que llevaba mucho tiempo esperando. Por el contrario, Lily se ha quedado de piedra y su reacción ha sido ponerse de pie en cuanto me ha visto entrar por la puerta.

—Jordán —me saluda él, indicándome con la mano que pase. Camino hacia el frente y Tom cierra detrás de mí. Después, va hacia el sofá donde Lily ha vuelto a sentarse y, sin agregar nada más, yo hago lo mismo, dejándome caer en el otro. La chica gira la cabeza de un lado a otro, primero mirándome a mí y luego a Tom, como si estuviera siguiendo un partido de tenis en directo.

—Bueno, antes que nada... —empiezo.

—¿Cómo está Nate? ¿Dónde está? —me corta Tom.

Le miro fijamente a los ojos, molesto. No me gusta que se adelanten a lo que voy a hacer. Me devuelve una mirada cargada de un nerviosismo que antes no había visto y me doy cuenta de lo cambiado que está desde la última vez que lo vi. Parece que hayan pasado dos años desde aquella escena en el Museo del Neón de Las Vegas. Tiene unas ojeras enormes, el pelo revuelto, los pómulos demasiado marcados por todo lo que ha adelgazado y la ropa llena de arrugas.

—Está bien —resumo lo que ha pasado en dos palabras—. Pero no he venido a hablar de él, sino a hablar con voso.tros.

Tom se pone de pie, perdiendo los estribos.

—Mala suerte, porque resulta que nosotros sí que queremos hablar de Nate —me espeta, y se gira hacia Lily—. Hay algo que no me ha dado tiempo a contarte en condiciones. Nate intentó ponerse en contacto con nosotros el

otro día. Llamó al móvil de Ximena, contestamos y no se oía nada al otro lado, ni siquiera su respiración. Fue muy extraño, porque volvimos a llamar y no respondía nadie. Así que —sigue hablando, mirándome a mí ahora— no me parece una casualidad que hayas venido. ¿Verdad? La pregunta es... ¿qué es lo que quieres?

Lily me observa con atención, esperando a que diga algo.

—Quiero hablar con vosotros porque creo que ha llegado el momento.

—¿El momento? —suelta Tom.

La chica por fin se da cuenta de que está siendo un impertinente y le pone la mano en el hombro, intentando transmitirle que tiene que controlar sus nervios.

—Nate está bien. Es una historia muy larga, pero se encuentra bien y está en casa del señor Jason. —Tom entrecierra los ojos cuando me refiero a mi padre de esa manera—. Ha pasado todos estos días allí. Conseguí llevarlo al aeropuerto, traerlo a Londres e irnos a Edimburgo. Patrick lo utilizó a su antojo y a día de hoy se sigue recuperando de las secuelas de las pastillas que él le daba. Está mejorando, aunque tendrá que seguir un tratamiento durante, como mínimo, un año.

Mis palabras no parecen convencer a Tom. Cruzo una pierna encima de la otra, tratando de ordenar mis pensamientos y conjurar toda mi paciencia.

—Pero... ¿eres su hermano? —me pregunta Lily, interviniendo por fin en la conversación—. El hermano de Finn, me refiero.

—Sí.

Ella mira a Tom como dudosa de si digo la verdad. Ya lo dije en su momento delante de ellos, pero todo el mundo pareció pensar que era una mentira. Luego, Lily vuelve a fijarse en mí y aguarda, como a la espera de una respuesta más elaborada por mi parte.

—Somos hijos del mismo padre —explico—. Es una historia muy larga.

—Pues no estaría de más que nos la contaras, ¿no crees? —Tom ha pasado de la serenidad a la agresividad y noto en su forma de moverse que está empezando a perder la paciencia. Bueno, a mí también se me va a acabar pronto a este paso.

—Os la resumo —les digo, y de inmediato pongo los ojos en blanco porque en realidad sé que voy a estar hablando un buen rato—: Finn y yo somos hijos del mismo padre, del señor Jason. Él era un hombre muy distante, eso es todo lo que recuerdo de él cuando se separó de mi madre. Yo todavía era muy pequeño, pero recuerdo que me impactó ver a mi padre marcharse de

casa para irse con otra persona; fue algo que nunca llegué a comprender... Y deduje que no nos quería, que no éramos lo suficiente para él. —Examino mis uñas, distraído; he pensado tanto en esta historia que ya ni me afecta con tarla —: De hecho, sigo opinando lo mismo, pero resulta extraño pensar en él en presente. Recuerdo que poco después nos cruzamos con él por la calle y vimos que iba con una mujer embarazada. Por lo que dijo mi madre, ese embarazo no era reciente. En concreto, era de varios meses más de los que habían pasado desde que nos dejó. Mi madre lloró toda la noche y estuvo varios días sin salir de casa.

»En fin, fueron pasando los años y me enteré del cáncer de su nueva mujer. Al vivir en la misma ciudad, era inevitable que volviéramos a vernos más veces. Algunas fueron a lo lejos, otras coincidimos caminando por la acera. Una noche iba con unos amigos, borracho, y los vi a los dos saliendo de un restaurante que no conocía. Reconocí a mi padre enseguida y al chico pelirrojo que lo acompañaba. Obviamente, aquel era mi hermanastro. Yo era adolescente, había bebido demasiado y sólo quería hacerme el chulo delante de mis colegas, así que le dije algo de lo que ahora... me arrepiento —admito, bajando la voz—. Fue cuando el chico volvió a entrar al restaurante, como si se hubiera dejado algo, y nuestro padre se quedó solo en la puerta. No sé en qué estaba pensando, pero lo hice. Le solté que su nueva mujer se merecía tener cáncer por haber dejado la anterior, que un día le iba a dar una paliza a su hijo. Salí de allí dando tumbos y no llegué a cruzarme con Finn, por fortuna.

»Dejé pasar ese encontronazo y no le mencioné nada a mi madre, a la que apenas veía porque trabajaba más horas de las que estaba en casa para mantenernos a los dos. Sí, como os habréis fijado, yo era bastante gilipollas por aquel entonces.

»Unos años más tarde, Finn se había hecho famoso, y aunque hacía como que me daba igual, por dentro sentía rabia. ¿Por qué él lo tenía todo a costa de que a mi madre y a mí nos hubieran abandonado? —Entrelazo las manos en mi regazo y prosigo con tono monocorde—: Lo seguía y lo mismo a ti, Tom. Quería enterarme de todo lo que pasaba, como el jaleo ese que tuvisteis con las fotos poco antes del accidente. No sé si llegué a obsesionarme, pero sí estaba... demasiado pendiente.

»Hasta que un día me visitó alguien que se presentó como el agente de Finn. El tal Patrick me cayó bien y me prometió que me haría famoso, como mi hermano, a cambio de participar en un programa por el que, además, me iban a

pagar. Me garantizó que sería un bombazo, que podría vivir de ser el “hermano del fallecido por un trágico accidente” y que la gente se iba a poner de mi lado cuando supiera la historia de cómo el padre de Finn nos dejó tirados. La verdad es que en ese momento mi única afición era quedarme cada día hasta las cuatro de la mañana perdiendo el tiempo en Twitter. No salía, dormía mal, tampoco estudiaba ni mucho menos trabajaba..., de manera que acepté la oferta. Me pareció hasta divertido. Simplemente tenía que crear polémica para aguantar en el programa, ir siguiendo sus instrucciones y al final soltarlo todo para hundirte, Tom.

Hago una pausa para tomar aire y estudiar sus reacciones. Los dos me observan con atención, y me alegro de que por ahora no hayan cuestionado lo que les estoy diciendo, porque es la verdad.

—Ah, no he dicho nada de la muerte de Finn. Podéis pensar que soy una mala persona, pero no me afectó en absoluto. Tampoco la de su madre. No los conocía. Si hubiera ocurrido varios años atrás, hasta me hubiera alegrado, pero en ese momento lo cierto es que no me hizo sentir nada bueno ni malo. Así que fui al programa y todo iba bien hasta que empecé a entender lo que quería Patrick. No pretendía hacerme famoso a mí, sino hacerse famoso él a costa de Nate y de mí. Y me callé... Supongo que a todo el mundo nos gusta la fama, ¿no?

«Pero luego a Patrick se le fue la puta olla con lo de tu hermana, Tom. Eso no estaba en el plan, y yo tampoco sabía al principio lo de Nate. Lo pude intuir cuando iba a pasar, pero en realidad no lo sabía. Aquello no me molo, me hizo abrir los ojos. Por haber estado pensando sólo en mí, había ayudado a un psicópata a que le inten tara joder la vida a varias personas. Traté seguirle el rollo a Patrick durante la escena en el museo, pero, cuando la llamada con tu hermana se cortó, supe que tenía que hacer algo. Nate salió corriendo y yo fui detrás de él.

«Conseguí alcanzarlo después de una carrera en la que creí que iba a vomitar de tanto correr. Nunca había visto a una persona así, sólo quería acabar con su vida, y todo era por el espectáculo que había montado Patrick. Si se hubiera suicidado, la historia habrí.i vuelto a los medios. Intenté que Nate entrara en razón, pero era como si Patrick lo hubiera programado en mi contra, porque sólo sabía decir “el traidor, el traidor” apuntando hacia mí, y se quedaba dormido de vez en cuando. Conseguí después de mucho rato que se relajara, que comiera algo y que bebiera mucha agua, porque su estado era deplorable. Fuimos al aeropuerto y lo llevé a casa. No sabía dónde dejarlo, no

conocía a su familia. En realidad, no sabía nada de él. Así que lo llevé al único lugar donde podrían cuidarlo bien: a casa de mi padre. Lo subí hasta el piso donde vivía con su mujer y con Finn, donde tantas veces los había espiado; lo dejé en la puerta, sentado, con una nota en el bolsillo, y llamé al timbre. Me escondí tras una esquina del pasillo, donde podía observar la entrada sin que nadie me viera, y observé cómo el señor Jason abría la puerta, se topaba con Nate sentado en el suelo y lo llevaba al interior. Debió de pensar que había llegado solo, pero supongo que leería la nota, que no iba firmada.

—¿Y qué ha pasado desde entonces? —me interrumpe Tom.

—No lo sé —respondo, sincerándome—. Los primeros días no salieron de casa, excepto para ir al médico. Supongo que Nate no recordaría nada o diría cosas sin sentido y que lo atribuirían a abusar de pastillas como consecuencia de su pérdida, no lo sé. Pero sí sé que al principio apenas abandonaban la casa. Después de un par de meses, comencé a verlos dando paseos por los alrededores de vez en cuando. Nate estaba débil y el señor Jason no se separaba de su lado. Mientras tanto yo me quedé en casa con mi madre y evité salir demasiado a la calle para que no me reconocieran por el programa.

»He tardado mucho en localizaros porque supuse que ya no estabais juntos, después de que salieran esas fotos tuyas con Jasmine, Ibm. —Noto que ambos se tensan y me apresuro a cambiar de tema—: Como no sabía qué más hacer, mi única alternativa era plantarme aquí, en la puerta de vuestro antiguo piso, hasta que tú miraras, Tom. Sé que se filtró la dirección después del accidente, pero en los últimos meses no ha venido nadie. Por suerte, excepto hoy. —Los miro y termino de hablar.

Lily se gira hacia el chico, esperando a que diga algo.

—Y... ¿se supone que tenemos que creer todo lo que nos dices? —me suelta él.

—Sé que es difícil, pero sí. Todo lo que os he contado es cierto.

—¿Puedes probarlo de alguna manera?

Esperaba esta pregunta.

—Quizá Nate se acuerde de algo —respondo, aunque mis esperanzas de que eso ocurra son casi nulas.

Tom busca con la mirada a Lily y ella se encoge de hombros.

—Tengo una idea —propone ella, y se inclina hacia mí inexpresiva—. Hay algo que podemos hacer para saber si nos estás diciendo la verdad.



LILY

Siento que Tom está a punto de llorar. Pero no de tristeza, sino de cansancio. Sus ojos me devuelven una mirada llena de fatiga y junto mis manos con las suyas para calmarle. Soy consciente de que ha llegado a su límite y todo lo que ha pasado en los últimos meses le está superando. Pero también sé que tiene que hacer esto tanto por Nate como por él mismo.

—Tom, piensa en que Nate está bien. Si Jordán dice la verdad, estará bien, en casa del señor Jason. Mira, cuando vayáis juntos a casa del padre de Finn, podrás corroborar la historia con él... y verlo.

—No puedo evitarlo, sé que le hablo como si Jordán no estuviera presente —. Aunque yo no pueda acompañarte por los exámenes, estaré pendiente del móvil por si necesitas hablar, ¿vale?

Le sonrío y traga saliva antes de devolverme el gesto de manera forzada. Sé que lo último que le apetece es ir con el hermanastro de

Finn, del que comprensiblemente no se fía lo más mínimo, hasta la casa del padre de su amigo, pero no se me ocurre ninguna otra forma ^de comprobar que dice la verdad y que Nate está bien.

—De acuerdo —acepta por fin. Levanta la cabeza, dirigiéndose hacia Jordán—. Nos iremos a Edimburgo esta noche. Allí visitaremos a Nate y arreglaremos todo esto. Pero antes...

Aprieta mis manos y se acerca más a mí, nervioso. Me susurra algo al oído que no llego a comprender.

—¿Qué? —farfallo, confusa y algo avergonzada por la mirada penetrante de Jordán, que sigue fija en nosotros.

—Tenemos una conversación pendiente —me dice, y entiendo a la

perfección a qué se refiere.

—Cuando vuelvas, ya tendré una respuesta —le prometo, y me sorprende a mí misma al añadir—: Te quiero.



ALICE

A pesar de que Tom ya me ha avisado de que venía con Jordán, me quedo petrificada cuando lo veo por primera vez. A simple vista no se parece a su hermanastro, pero luego, cuando te fijas un poco más en los detalles, sí que encuentras algunas semejanzas. Tienen la misma estatura, la misma nariz de puente algo marcado y caminan igual, como si se hubieran criado juntos toda la vida.

Tom lleva el mando y Jordán se dedica a asentir, aunque noto cierta tensión entre ambos. Cuando me ponen al día, entiendo por qué. Jordán participó en toda la mentira de Patrick, aunque algo en su aire avergonzado me dice que se arrepiente y no le hace gracia el papel que desempeñó. No sé si su versión es cierta, pero al menos se le ve deseoso de enmendarse.

Me ofrezco para comprarles los billetes de avión para esta misma noche y, cuando me despido de ellos, le doy un abrazo a Tom. La última vez que hice algo así fue, probablemente, en el funeral, como si sólo fuéramos capaces de demostrarnos abiertamente afecto en las peores situaciones. Me alegro de que todo esto esté acabando de una vez por todas; Tom necesita resolver su situación actual para plantearse qué quiere hacer en el futuro.

—Por cierto, Alice, ¿puedes comprar un billete más? —me pide cuando Jordán ya está saliendo por la puerta de mi despacho.

—¿Para quién? —le pregunto, pero él se despide con un gesto y señala su móvil.

—Luego te paso los detalles. Gracias por todo, Alice. De verdad —susurra antes de cerrar la puerta y dejarme sola de nuevo en el despacho.

Me pego a la ventana y miro hacia la calle, esperando a verlos salir. Un

minuto más tarde abandonan el portal y se suben a un taxi. Aparto la cabeza y me siento en mi silla, intentando concentrarme en los dossiers que estaba haciendo.

Sin embargo, me cuesta retomar el trabajo ahora que sé todavía más cosas sobre Patrick y sobre cómo engañó a Jordán, aprovechándose de su situación familiar y del rencor que guardaba desde pequeño.

En este mismo instante, tomo la decisión. Desbloqueo el móvil y me dedico a eliminar una por una todas las fotos que me he hecho con Patrick, tanto cuando sólo éramos compañeros de trabajo como cuando la cosa se volvió más personal. Mientras tanto, no puedo contener unas lágrimas de impotencia por todas las mentiras que me tragué, por lo estúpida que fui.

Sé que uno no tiene la culpa de que le engañen, pero eso no hace que me sienta menos estúpida al pensar en todos los días que estuvi mos juntos en esta misma oficina, en todas las mentiras que Patrick dejó caer sin que yo me parase a cuestionarlas ni por un segundo.



CONNOR

En medio del silencio sólo se oye el roce del lápiz sobre el papel de Agatha, que está haciendo cálculos en su cuaderno de anillas. Lleva varios minutos enfrascada en un problema y no para de hacer tachones y aporrear la calculadora para conseguir llegar al resultado que debería obtener. Me río cuando se frustra por fallar y se echa hacia atrás. Ella se da cuenta de que la estoy observando y sonrío.

—¿Qué sucede? —me pregunta con su marcado acento alemán. Me encojo de hombros.

—Nada, que te pareces mucho físicamente a una persona que conocí, pero con los días he comprobado que no tanto.

Ella me saca la lengua y sigue con sus cálculos como si no hubiera dicho nada. Pero en realidad, aunque ella no lo sabe, he dicho una cosa bastante importante sin querer. He hablado de Ava en pasado.

La última vez que supe de ella fue en su cumpleaños, cuando intercambiamos un par de mensajes. No me sentía culpable porque las cosas hubieran cambiado tan de repente, porque en el fondo no dependía de mí. Ella decidió marcharse por su cuenta y desaparecer durante un tiempo en el que estuvimos todos los días preocupados por si le había pasado algo grave. Lo único que estoy haciendo es reconstruir mi vida. Al fin y al cabo, no me queda mucho tiempo entre estas cuatro paredes.

He conocido a una amiga fantástica, Lily, y con Ava he aprendido la importancia de saber transmitir cariño, pero también de negarme cuando es necesario. Puede que Agatha sólo acabe siendo una persona más que conocí en Londres, pero ¿acaso no es también importante saber improvisar, no angustiarse tanto por el futuro? Quizás esa idea se me haya ocurrido al verla por primera vez, por asociarla tanto con mi pasado.

Siempre dudo de lo que siento, pero ahora, al estar a gusto con alguien cerca sin experimentar ningún tipo de obligación hacia ella, como si con mi presencia nunca fuera suficiente, pienso que ojalá pudiera sentirme más a menudo como me siento hoy: despreocupado, más consciente de quién soy, sin cuestionarme mi papel en las vidas de los demás como si ellos me definieran. Libre.



XIMENA

Recibo la noticia de que Nate está bien con una maraña de emociones confusa. Estoy feliz de que no le haya pasado nada y de que esté en un lugar en el que todos sabemos que lo van a cuidar, pero al mismo tiempo me siento traicionada. ¿Por qué el padre de Finn no nos informó de su situación? Una llamada, incluso un mensaje, habría bastado para ahorrarnos todo este sufrimiento. Aun así, procuro que mi enfado con el señor Jason no enturbie el alivio que supone saber que mi amigo está a salvo.

La noticia que no recibo tan bien es la negativa de mis padres a que acompañe a Tom hasta Edimburgo. Discutimos durante casi media hora en la que termino llorando de impotencia y rabia por no poder ir a visitarlo. Sé que siguen asustados por lo que pasó, lo entiendo; aunque no quiera confesárselo a nadie, yo misma me descubro sintiendo miedo de vez en cuando por la calle, cuando voy por una zona solitaria en la que podría ocultarse alguien...

Pero esto es distinto. Necesito ver a Nate.

Aun así, no hay manera de conseguir que reflexionen y, tras mucho insistir, termino encerrándome en mi cuarto, frustrada, hasta que Tom viene a despedirse de mí con aire de disculpa. Me pide perdón y me promete que ha intentado por todos los medios que cambien de opinión.

—Lo siento mucho, Ximena, sé que a Nate le hubiera gustado verte — repite, sentándose en mi cama—. Te juro que Alice ya tenía los datos para comprar tu billete.

Asiento y trago saliva con un nudo en la garganta.

—Tom, por favor, escíbeme en cuanto sepas cómo está... Por favor —le ruego con un hilo de voz. Siempre he odiado sentirme débil, pero últimamente no consigo disimular mis emociones—. Y si puede ponerse al teléfono..., ¿me

prometes que me lo pasarás?

Mi hermano me pone la mano en el hombro y me responde afirmativamente.

—Y también te prometo que volveremos a verlo los dos. Este viaje es sólo para asegurarnos de que está bien. Cuando esté recuperado y hayas terminado las clases, te juro que nos iremos los dos .1 Edimburgo y pasaremos allí el tiempo que quieras, ¿vale?

Me revuelvo en la cama y le devuelvo a regañadientes el abrazo que me da. Sé que no es su culpa, sino de mis padres, pero estoy demasiado abatida para mostrarme especialmente cariñosa.

Cuando sale, me giro para no ver cómo desaparece dejándome sola, angustiada por Nate.



TOM

Pese a que las pantallas indican que vamos a salir con quince minutos de retraso, en realidad no embarcamos hasta que pasan tres cuartos de hora, como si el mundo se hubiera conjurado para demorar todavía más mi reencuentro con Nate. Cuando por fin embarcamos, Jordán y yo nos mantenemos en silencio, igual que durante el trayecto al aeropuerto. Él se ha puesto los cascos y yo estoy a punto de hacer lo mismo, pero, de pronto, siento un impulso:

—¿Jordán? —le pregunto, tocándole en el brazo para llamar su atención.

Él saca su móvil del bolsillo y pausa a la canción que está escuchando.

—¿Qué pasa? —inquire sin quitarse los cascos de las orejas.

—Quiero que sepas que si estoy haciendo esto es por Nate y, en menor medida, por Finn. Esto no tiene nada que ver contigo. Desapareciste durante mucho tiempo, sabías dónde estaba Nate y no me dijiste nada hasta que te apeteció, y te compinchaste con Patrick para tramar todo esto. Si Nate no confirma tu historia, no pienses ni por un segundo que voy a perdonarte por lo que nos has hecho a todos. —Mi voz suena demasiado alta y me preocupa que me haya escuchado más gente en el avión, aunque alrededor todos parecen más pendientes de colocar el equipaje de mano y abrocharse los cinturones.

—Vale —es cuanto responde Jordán.

—¿Eso es todo?

—Sí, no tengo nada más que decir. Tienes razón en que he sido un gilipollas... —Pronuncia las palabras con lentitud, como reacio a soltarlas. No parece estar acostumbrado a admitir en voz alta sus errores—. Siento todo lo que he hecho.

—Ya —respondo, poco convencido, y clavo la vista delante, aunque mi

única visión es el respaldo con un anuncio de una agencia de viajes—. Espero que todo esto sea verdad y que no me estés ten diendo una trampa o algo así.

—No, te lo juro —asegura enseguida, alterándose—. De hecho, yo no voy a entrar en la casa. Es mejor que estés tú con él y el señor Jason, yo no tengo nada que ver. Te esperaré fuera.

Mientras sigo debatiéndome sobre si creerle o no, una azafata informa al personal de que todos los pasajeros han embarcado y cierra la puerta con un golpe firme. Siento un hormigueo en las piernas, como me lleva pasando desde que se produjo el accidente, y para distraerme abro mi conversación con Lily en el móvil. Tengo tantas cosas que decirle que se me atragantan las palabras. Después de un minuto pensando, tecleo lo más rápido que puedo y le doy .1 enviar, sin leerlo dos veces.

Guardo el móvil en mi mochila, bajo el asiento delantero y me dejo caer hacia atrás, cerrando los ojos.

En un par de horas estaré con Nate, y eso es lo único en lo que quiero pensar ahora.



LILY

El mensaje de Tom me pilla con el móvil en la mano, así que lo leo al instante.

Estamos a punto de despegar. Espero que te cunda mucho el estudio :)

Dalo todo y, antes de que te des cuenta, habrás terminado.

Mucho ánimo y suerte.

Y, Lily, elijas lo que elijas, ya sea volver a Madrid o quedarte aquí, debes saber que te quiero y que gracias a ti todo esto ha sido más llevadero. Has sido un apoyo incondicional y no te sientas mal si lo que eliges es marcharte: tienes que hacer lo que te parezca necesario porque es tu vida.

Besos.



JORDAN

El golpe de las ruedas del avión contra la pista de aterrizaje me despierta. He pasado todo el vuelo medio dormido, sólo desvelándome de vez en cuando con los avisos de las azafatas.

El trayecto hasta llegar al centro de la ciudad se me hace eterno, a pesar de que es poco más de media hora. Como Tom solía venir a Edimburgo en tren, me sigue despistado hasta la parada del tranvía. Volver a hallarme en mi ciudad natal me despeja y hasta me reconforta un poco. Londres es demasiado caótica y, aunque en Edimburgo el centro está plagado de turistas, en los alrededores hay bastante más tranquilidad.

Subimos una calle empinada, muy estrecha, y cuando echo un vistazo a Tom veo que está comprobando nuestros pasos con un mapa, seguramente para comprobar que estamos yendo por el buen camino. Vale, no me extraña: yo tampoco me fiaría en estas circunstancias.

—Ya estamos llegando, ¿no? —me pregunta, y mira en derredor—. Esta zona me suena.

—Sí, es justo aquí, a la izquierda —le respondo, y señalo un edificio en cuya esquina hay un pub con la fachada roja algo desvaída.

—Vamos, entonces —dice él, recolocándose la mochila en el hombro.

El cielo amenaza con tronar en cualquier momento, pero parece contenerse durante nuestro camino hasta la casa. Una vez allí, Tom camina directo hacia el portal.

—Yo te espero aquí, tal y como te he dicho —le recuerdo—. Por favor, no menciones que estoy abajo.

Tom me mira con una expresión que denota lo poco predisposto que se siente a hacerme favores. Luego prosigue la marcha él solo y yo me quedo

sentado en un banco mientras lo observo llamar al telefonillo.

Cuando desaparece en el interior tras unos segundos de espera, yo dejo de contener el aliento y suspiro, empujando con un pie la gravilla del suelo. Lo único que quiero ahora mismo es solucionar esto e irme a un sitio donde nadie me conozca, donde no dependa de una familia que está rota y pueda marcharme por un tiempo.



NATE

Desde mi habitación oigo el timbre de la calle. Me pregunto quién será a estas horas, porque los repartidores ya no pasan por la noche y tampoco esperamos ninguna visita, al menos que yo sepa. Quizás es alguien que se ha equivocado.

Me doy la vuelta en la cama y, mientras las pisadas de Noel resuenan en el pasillo, voy quedándome dormido.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que su voz me despierte. Por un momento, me sobresalto; siempre me sucede cuando oigo la voz del padre de Finn nada más despertar, transportado por unos segundos al pasado: Noel preparando la cena, con el intenso olor del haggis colándose desde la cocina; Finn a mi lado con un botellín de cerveza, acariciándome la mano y echando ojeadas curiosas a mis apuntes de la carrera. «¿Estás seguro de que eso está pensado para que podáis entenderlo, Nate?», me pregunta...

—¿Estás bien? —dice entonces Noel, y me toca con cuidado en el hombro.

—Sí —respondo con voz pastosa—. ¿Qué hora es?

—Aún no es la hora de la medicación, tranquilo.

Asiento, incorporándome con cuidado de no marearme, y me obligo a espantar ese recuerdo. Desde que he empezado a tomar las pastillas que me recetó el médico, todo se mueve si me levanto demasiado rápido.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí —musito. Alzo la cabeza para mirarle a los ojos y noto que me observa con una actitud diferente, como si estuviera ocultándome algo—. ¿Qué sucede?

Él baja la vista al suelo, en apariencia sin saber cómo darme una noticia

que no tengo claro si es buena o mala.

—Pues... que tienes visita —murmura.

El corazón me da un vuelco y cuando, a continuación, Tom se asoma por la puerta de mi cuarto, siento que el mundo ha empezado a ir demasiado deprisa para lo que tardo en reaccionar. •

—Tom... —Me levanto con cuidado para ir hacia donde está él, aunque ya ha recorrido la mitad de mi cuarto y se lanza hacia mí para abrazarme. Me echo a llorar en cuanto soy consciente de que está aquí, de que ha venido a verme. Los recuerdos del oscuro día en el que lo vi por última vez afloran, pero intento sobreponerme y no dejarme arrastrar de nuevo por ellos.

Los pasos de Noel se alejan de nosotros y oigo cerrarse la puerta de la habitación. Ninguno de los dos se mueve. Noto que Tom hipa y caigo en la cuenta de que él también está llorando. Al cabo de un rato, nos separamos y me seco las lágrimas con el cuello de la camiseta.

—¿Cómo estás, Nate? —me pregunta, nervioso, y al verme dudar me vuelve a abrazar. Debí de asustarle mucho la última vez que lo vi...—. ¿Qué tal vas con los médicos?

Le resumo todo lo que ha pasado en estos últimos meses: la medicación, las visitas al hospital, mi nueva rutina... El psiquiatra me recomendó hacerme un horario todos los días en el que apuntara cosas tan básicas como la hora a la que me iba a la ducha, el tiempo que iba a dedicar a descansar, a leer o a dar una vuelta. Le enseñé las hojas que he ido redactando, en las que van cambiando las actividades sugeridas por los especialistas. Si todo va bien, en unas semanas podré ir en bici, aunque siempre acompañado.

—¿Te has apuntado a clases de pintura? —se asombra.

Asiento con una leve sonrisa.

—Sí, un chico que estudia Arte me da clases particulares, pero no llego al nivel de... Espera, Tom. ¿Cómo está Ximena? —Mi pregunta es casi una exclamación al recordar que tengo delante al hermano de mi amiga.

—Está muy bien, no sabes cuánto te echa de menos. —Sonríe con tristeza—. Iba a venir, pero mis padres no la dejaron; después de lo de Patrick...

Se hace un pequeño silencio cuando pronuncia ese nombre y dudo antes de hablar. Lo cierto es que prefiero llenarlo sin aludir a él:

—El otro día, Noel me dejó el móvil y la llamé, pero... no me atreví a decir nada. Os oí al otro lado... y no me sentí con fuerzas para hablar. Me derrumbé y pensé que lo mejor sería esperar un poco más... Lo siento.

Tom me abraza cuando ve que se me quiebra la voz de nuevo. —No te

preocupes. Estoy aquí y podemos decírnoslo todo en persona, ¿vale?

Busco un pañuelo para sonarme la nariz mientras intento recomponerme. Es increíble estar aquí con Tom, después de todo lo que hemos pasado. Hay muchos momentos de los que recuerdo sólo re tazos —y, por lo que he oído, casi me alegro de que sea así—, pero uno de ellos es sin duda nuestra última conversación.

—¿Quién es?

Echo una ojeada a donde me señala Tom: el corcho de la antigua habitación de Finn. Desde el accidente han cambiado muchas cosas en la casa, la que más su cuarto. Aunque conserva la esencia de Finn, tuvieron que registrarlo cuando me quedé aquí para quitar todos los objetos peligrosos. De hecho, en el corcho las fotos no se sujetan con chinchetas, sino con celo..., lo que hace que en realidad no se sujeten: se pasan el día despegándose.

Enseguida sé a quién se refiere. En las fotos sólo aparecen como cidos de ambos: hay imágenes de Tom con Finn, con otros amigos de YouTube, conmigo, con sus padres, otras de cuando era pe queño... Pero hay una nueva, hecha con una cámara instantánea, que he añadido en una esquinita, fuera de la composición que creó Finn. Dos chicos sonrían a la cámara. Uno de ellos soy yo y el otro...

—Es Alex. Bueno, se llama Alejandro porque es español, pero todo el mundo le llama Alex. ¿Sabes las clases de pintura? Pues es él quien me las da. Viene aquí a casa y nos ponemos en el salón con los caballetes —le explico.

Tom sonrío y me mira sin contestar.

—Oye, Tom, has venido para quedarte aquí, ¿verdad?

Mi pregunta le pilla desprevenido y se revuelve el pelo de la nuca, en ese gesto suyo de incomodidad tan característico que Finn imitaba cuando bromeaba con él, haciéndose pasar por su amigo.

—No, Nate, lo siento —dice, bajando la voz—. No puedo quedarme. Sólo he venido a ver si estabas bien, ahora que sé que estás aquí.

Trago saliva. Sé que está evitando una acusación de la que tanto Noel como yo tenemos la culpa.

—Siento mucho no haberos dicho nada —murmuro—. De verdad. Queríamos avisaros de que estaba bien, de que estoy viviendo aquí ahora con el padre de Finn, que se encarga de cuidarme, pero... no podía. Eso no significa que no os haya echado de menos a Xi- trena y a ti ni que no haya pensado en vosotros... Pero es que no me sentía con fuerzas de ver a nadie, ¿sabes?

En sus ojos detecto un brillo de comprensión y me invade el alivio. Tom está muy distinto: más delgado, sí, pero también visiblemente más cansado, como desgastado por la situación. No sé lo que habrá vivido estos meses y no me enorgullezco de haber contribuido a su malestar, que sin duda le ha cambiado. Parece haber crecido más en unos meses que en los últimos años.

—Lo entiendo. Es sólo que he estado muy preocupado por ti. Te busqué por todas partes, pero las veces que vine aquí no estabas...

—Estaba en el hospital. Estuve un mes ingresado —le explico.

—... y nadie me dijo nada de que te habían encontrado. Cuando vine a buscar a Noel, nadie me respondió.

—¿Y cómo me has encontrado?

—Jordán.

Respiro, intentando mantener la calma mientras los recuerdos parciales asaltan mi mente.

—¿Te lo ha contado... todo?

—Sí, pero no sé si es verdad lo que me ha dicho... Sólo tengo su versión.

Cuando me observa, sus ojos contienen una petición muda cuyo significado capto enseguida. Me mojo los labios, pensando en si es hoy preparado para hablar de eso. Llevo muchos meses intentando bloquear todo lo que recuerdo de aquella noche, pero ¿de verdad me ha ayudado en algo negarme a pensar en ello?

Indeciso, cojo el vaso de agua medio vacío que hay en la mesilla y me lo termino de un trago.

Luego carraspeo y, todavía reticente, me sumerjo en el rastro difuso de esa noche. Mientras Tom intenta desentrañar mi maraña de recuerdos para compararla con lo que le ha contado Jordán, yo la afronto con la sensación de estar intentando atravesar un territorio impenetrable. ¿Hasta qué punto puedes fiarte de la memoria, a fin de cuentas? Es muy fácil sentirte afectado por un recuerdo, pero ¿cómo sabes que las cosas sucedieron así y como crees, si sólo las conoces desde tu perspectiva?

Y mi perspectiva lleva mucho tiempo alterada.

Cuando termino de hablar, Tom parece todavía más alicaído.

—¿Qué sucede? —le pregunto, sin entender su reacción. Pero sabía que le aliviaría saber la verdad.

—¿Tú te crees todo lo que Jordán te ha contado? —me responde con otra pregunta, y entiendo que lo pregunta por la confusión que impregna lo que he recordado.

—Sí —respondo—. Me lo creo porque fue él quien me salvó.

—También quien te metió en todo esto.

—Sé que es complicado separar lo bueno de lo malo, Tom. —Examino distraídamente el corcho, donde el pelo de Finn destaca con un rojo encendido—. Pero me acuerdo de que él estuvo ahí conmigo y me trajo a casa cuando yo ni siquiera comprendía lo que pasaba a mi alrededor. No sabía ni dónde estaba, Tom...

«Todo esto sigue resultándome absurdo... ¿No te pasa a veces que te despiertas y tienes la impresión de seguir dentro del sueño en el que estabas un segundo antes? —Lo miro a los ojos, tratando de descubrir nuevamente ese entendimientos en ellos—. Eso es lo que me ha ocurrido a mí este tiempo, una y otra vez, e incluso algunos días el sueño me parecía más lógico que la vigilia. Menos imposible. Pero ahora lo distingo mejor, sé que todo ha pasado de verdad. Y, a pesar de esto, quiero tener esperanzas en que me voy a poner bien.

Tom me da la mano y ahora sus ojos brillan, aunque de una manera diferente.

—Es que te vas a poner bien, Nate, y nos tienes a mí y a Ximena para lo que necesites, ya lo sabes —me asegura, emocionado.

Sonrío y aprieto la mano con fuerza, aliviado de poder contar con ellos.

—Hay algo más que debes saber —le digo, aprovechando el momento—: Noel no sabe que fue Jordán quien me sacó de allí. Sí que vi he que colaboró, porque vio una parte del programa, pero no le i unté nada. No sé qué hacer, si dejarlo así o contárselo porque...

—Es su hijo —termina Tom por mí, y asiento.

—Ni siquiera sabe que se ha cambiado de nombre.

En ese instante, Tom parece perderse en la conversación.

—¿A qué te refieres?

—A lo de William. ¿No te acuerdas? —Su expresión confusa responde por él—. En realidad, Jordán no se ha llamado así siempre. William fue el nombre que le pusieron al nacer, pero se lo cambió cuando sus padres se separaron para no tener nada que ver con Noel. Y se quedó con el apellido de su madre.

Tom se muerde el labio.

—¿Y el señor Jason no se sentiría mejor si le dijeras que, a pesar de que fue su hijo quien te metió en todo esto, también recapacitó y te ayudó?

Me apoyo en el cabecero de la cama y ladeo la cabeza, dubitativo. Esa es una duda recurrente para mí.

—No lo sé. Aunque la idea fue de Patrick, Jordán le ayudó y lo hizo por Noel, porque arrastraba todos esos celos del pasado hacia Finn..., que terminaron afectándome a mí.

Me reclino un poco más en la cama sin dejar de pensar en ello. No es culpa de Noel, pero ¿lo va a entender así? Ha perdido a su familia en muy poco tiempo, ¿cómo voy a decirle que su otro hijo participó en esto por el rencor que acumulaba después de que lo hubiera abandonado?

Sí, en ocasiones es complicado separar lo bueno de lo malo. Y no quiero contribuir más al dolor de nadie.

Cuando los ojos se me cierran, advierto que estoy muy cansado tras la conversación. Tom se percata enseguida.

—Te dejo que descanses, Nate. Vendré a verte mañana si te apetece, ¿vale?

Asiento despacio, agradecido, y apenas soy consciente del momento en que se marcha antes de sumergirme en un sueño profundo.

Cuando un rato después me despierto, no lo hago inmerso en ningún recuerdo, sino en la cara de Ximena.

Si he podido sincerarme hoy con Tom, muy pronto podré hacerlo con ella. Y tengo mucho que contarle... Es curioso cómo a veces cuesta ser franco con las personas que más nos importan. ¿Será porque nos asusta arriesgarnos a perderlas?

Me levanto y me dirijo hacia el corcho con las fotos.

Miro la más reciente y me pregunto si debería quitarla, si eso es lo que Finn querría.



TOM

—Gracias por venir, Tom —me dice el señor Jason.

Recibo sus palabras con un sabor agridulce, ya que no son del todo sinceras. Sé que se alegra de que haya venido ahora que Nate está mejor, pero durante mucho tiempo me estuvo ocultando que se encontraba en esta casa.

—Me imagino lo que estará pasando por tu cabeza ahora mismo —continúa—, y quiero que sepas que siento haberte hecho daño. Lo siento mucho. Han sido días muy difíciles para nosotros y necesitábamos tranquilidad, sobre todo él. Yo intenté hacerlo por su bien, pero tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado conmigo. Y lo entiendo.

Quiero contestarle que con un simple mensaje me habría bastado, que me habría evitado muchísimos problemas, pero me pongo en su piel y decido callarme. Noel Jason ha perdido a las personas más importantes de su vida. Cuando se casó por segunda vez, perdió contacto con su hijo, que terminó odiándolo. Y seguramente no sin razones, porque debió de ser duro para un niño enterarse de que llevaba meses engañando a su madre. Pero ¿cómo le habrá afectado ese rechazo? Después, su segunda mujer falleció tras largo tiempo sufriendo un cáncer. El único apoyo que le quedaba, Finn, murió en un accidente de avión, y la persona que más le recordaba a él padeció las secuelas de una situación traumática.

No me puedo imaginar lo que ha tenido que vivir y lo que toda vía debe arrastrar en su vida. Así que, cuando escucho esa disculpa, decido dejarlo pasar. Poner fin a todo esto. Por Finn, por Nate, por él y, en el fondo, por mí mismo.

Me despido de él con un abrazo y siento cómo algo que llevo mucho

tiempo guardando dentro de mí desaparece poco a poco y me hace sentir más liviano. Cojo aire y, por primera vez en meses, lo hago con una serenidad que no recordaba.

Cuando salgo de la casa, busco a Jordán con la mirada, esperando que esté en el sitio donde lo he dejado. Sin embargo, no lo encuentro. Las calles de Edimburgo están vacías y en el exterior la única compañía que tengo es una llovizna que va calándome paulatinamente.

Mientras camino hacia el hotel más cercano, llamo a mi hermana y me dispongo a explicárselo todo, a contarle que las cosas se están solucionando y muy pronto podrá comprobarlo por sí misma.



LILY

Connor me espera a la salida del examen más difícil del semestre. Todavía nos quedan varios hasta que terminemos el curso, pero este es sin duda el que más nos ha costado prepararnos. Nada más verlo, él levanta el pulgar, a la espera de mi respuesta. Alzo los dedos índice y corazón en señal de victoria y él me imita. Riéndonos, nos abrazamos para celebrar que lo peor ha pasado.

Bajamos juntos las escaleras, alegres por la promesa de un día de estudio más liviano, y veo que hay alguien esperándole a la entrada. Todavía me cuesta acostumbrarme a que la chica con la que está empezando a salir Connor no sea Ava. Me resulta muy extraño verlos juntos, casi como si viera la sombra de mi amiga, pero al mismo tiempo a alguien opuesto a ella. También la actitud de Connor es muy distinta con Agatha; no parece tan preocupado por agradarla, no sé si porque no le gusta tanto como Ava o porque tras lo ocurrido no quiere esperarse demasiado. Lo cierto es que nunca lo había visto tan tranquilo como estos últimos días, pese a los exámenes, reflexiono mientras los veo saludarse con un beso entre la gente que se agolpa en la entrada.

Dejo que Connor y Agatha vayan hacia el Ellesmere por su cuenta unos metros por delante y releo los últimos mensajes de Tom sobre todo lo que pasó en Edimburgo. Ya lleva en Londres un par de días, pero todavía no le he escrito más allá de una respuesta rápida.

La verdad es que he dudado mucho. No obstante, a medida que van pasando los días y los exámenes, creo que cada vez tengo más clara mi decisión.

La sala VIP del aeropuerto está imposible, en serio: por lo visto, medio Londres se ha puesto de acuerdo para volar hoy y, cómo no, con un ejército de niños que no paran de chillar y molestar.

Cierro los ojos, intentando evadirme y pensar en que ya queda poco para salir de aquí. Espero aprobar todos mis exámenes y no tener que volver para hacer ninguna gestión, a diferencia de los de cuarto, que siguen con sus trabajos. Desde que ayer por la tarde puse punto y final en mi último examen, supe que POR FIN podía largarme de aquí. «¿De verdad he dudado en algún momento sobre si hacerlo?», pienso mientras clavo la mirada ceñuda en una familia inglesa cuyo bebé parece más que dispuesto a entrenar sus cuerdas vocales para ser cantante de ópera.

Compruebo que la batería de mi móvil ya está cargada al cien por cien y desconecto el cargador. Deben de estar a punto de anunciar mi puerta de embarque y no quiero arriesgarme a perder mi vuelo y tener que pasar unas horas más en esta ciudad. Londres ya me ha dado todo lo que quería y más.

Abro Snapchat para hacer una última foto. Enfoco la pantalla que informa de los vuelos que van a despegar próximamente y planto encima varios emoticonos de aviones.

Un rato después, me dejo caer en mi asiento de primera clase y estiro las piernas. Saco una revista del bolso y me quito disimuladamente los tacones mientras el sol de Londres destella entre las nubes.

No sé si volveré en a esta ciudad, pero, desde luego, ahora mismo no podría estar más satisfecha de irme por fin.



MARTHA

Veó la foto que ha subido Meredith a Snapchat nada más terminar el examen más difícil del semestre. Lily ha salido hace un rato por delante de mí y, cuando abandono la clase, veo que se está alejando en dirección al hotel, a unos metros por detrás de Connor y Agatha. Entre la foto y esa escena, de pronto me siento muy sola. Meredith se ha marchado sin ni siquiera decirme adiós; según ella, no le gustan las despedidas. En serio, lo de esa tía es increíble.

La broma suya de presentarle a Connor a una chica que se parecía un montón a Ava ha tenido como resultado lo que parece estar siendo una relación entre ambos. Creo que es genial, aunque ¿no es un poco turbio que acabe saliendo con un clon de su ex?

Y hablando de un ex... No he vuelto a saber nada de Rex, y en el fondo quizás es mejor así: cada uno por su lado.

Ahora mismo tengo la cabeza demasiado embotada después del examen como para tomar decisiones, pero me planteo seriamente hacer lo mismo que Meredith: volver a casa en cuanto termine mi último examen.

Creo que ya no hay nada ni nadie que me dé ganas de quedarme.



JASMINE

Londres está hoy más bonito que nunca. O quizás es que yo estoy de buen humor y hace mucho tiempo desde que me sentí así por última vez. Sea como sea, cuando monto en el taxi para volver a casa después de una intensa reunión, bajo la ventanilla y disfruto de los rayos de sol que entran en contacto con mi piel. Acercó la cara al cristal y dejo que también me dé en la cara, en la cicatriz, y es casi como si me reconciliara con ella tras odiarla cada vez que me miro al espejo.

Me da pena enamorarme de esta ciudad ahora que tengo que volver a dejarla para viajar hasta Los Angeles, pero quizás es precisamente por eso por lo que hoy la veo con otros ojos. Porque es el momento de dar el salto y arriesgarme. Hago un canuto con los papeles que tengo entre las manos, emocionada por lo que representan: mi papel como protagonista en la adaptación de una novela juvenil estadounidense que ha tenido mucho éxito y que ahora se va a hacer realidad.

Por fin, después de tanto tiempo, me puedo dedicar a lo que me gusta y en un par de semanas estaré en un avión de camino a mi nueva residencia en la ciudad de las estrellas.



AVA

La única persona de Londres con la que mantengo contacto es Lily. Hace tiempo que no hablo con Connor, y en el fondo lo prefiero así. No es que no me preocupe por él, pero creo que nuestra relación no sería buena para ninguno de los dos. Y quizá todavía menos para él. Una de las cosas de las que más me arrepiento es de haberlo herido. No se lo merecía.

Tal vez por eso prefiero no pensar en él; lo que siento al hacerlo nunca es bueno. ¿Será porque me he acostumbrado a huir?

Sólo espero que algún día pueda perdonarme.

—¡Hola! —saludo a Lily, alegre, cuando responde el teléfono.

—¿Qué tal? ¿Me oyes bien? No sé si hay muy buena cobertura en el comedor —me dice, y me la imagino en el hotel Ellesmere, donde tanto tiempo hemos pasado juntas, bajo las lámparas de araña y el entelado amarillo.

—Sí, muy bien. ¿Cómo fue el examen de Gestión de Tesorería? Lo puso muy difícil, ¿verdad?

Le pregunto por el más complicado del semestre, el que yo sabía que iba a suspender casi con total seguridad.

—Sí, ¡fue casi imposible! —exclama, y me río al imaginármela abriendo mucho los ojos para enfatizar su punto de vista, como cuando me hablaba de sus teorías conspiranoicas sobre la NASA mientras yo fingía ignorarla leyendo los cuentos de Mary Poppins para tomarle el pelo—. Por suerte, nos puso una pregunta de tres puntos de teoría que me sabía a la perfección. Y a Connor también le fue bien.

Escuchar su nombre me resulta, por primera vez en mucho tiempo, reconfortante. Me alegro de que le estén yendo bien las cosas.

—¿Vas a volver pronto? —me pregunta Lily.

—No lo sé... —Vacilo. ¿Debería irme a Copenhague o quedarme en Japón? Sé que lo que más me está haciendo dudar es Kanna y que, de no ser por ella, este dilema probablemente no existiría. Pensar en eso me recuerda algo—: ¿Ya sabes lo que vas a hacer con Tom?

—Sí..., pero no sé cómo decírselo. —Noto cómo su humor cambia—. Supongo que a ti te pasará lo mismo con Kanna.

Asiento mientras recorro distraídamente la avenida de Omotesando, donde una suave brisa mece las ramas de los zelkova. Hay una fragancia agradable en el aire, a flores y a un puesto de daifuku cercano, y esa quietud que sólo he visto aquí. Al pensarlo, siento una tristeza especial.

—Creo que ya lo intuye —musito, incapaz de hablar alto en medio de esta calma—; que se imagina que voy a regresar a casa. Y no quiero, pero al mismo tiempo siento que es el momento, ¿sabes? Mi hermano ya ha terminado el curso, mis padres cogerán vacaciones muy pronto... y yo tengo la impresión de estar huyendo de Dinamarca. —Porque allí es donde conocen mis problemas y saben que necesito ayuda, pienso—. Pero no quiero romperle el corazón.

—Ya, te entiendo...

Nos quedamos en silencio. Si estuviera con ella ahora mismo, sé que nos abrazaríamos o jugaríamos con Panda para distraernos.

—Te echo de menos —dice de repente.

—Y yo a ti, Lily. Te prometo que iré a verte, estés donde estés. Y no podría haber hablado más en serio. Después de todo lo que hemos vivido, sé que quiero conservar a Lily. Cueste lo que cueste.



OLIVER

Pensé que, al vivir en un barrio dedicado íntegramente a las finanzas, conseguiría alejarme de los turistas, pero me equivoqué: hasta en este barrio de Nueva York, donde no hay nada interesante, la gente se agolpa para fotografiar todo lo que ve. Los edificios de esta zona son grises y azules oscuros, sosos y sin nada especial, pero las cámaras siempre los apuntan cuando los autobuses turísticos pasan por delante del edificio donde trabajo con mi hermano y mi padre.

—Deja de mirarlos, no te van a comer —se burla mi hermano al verme observarlos con gesto hosco por la cristalera.

—¡Ni siquiera hay tiendas! Sólo gente con traje de lado a lado. ¿Qué es lo que quieren? Qué pesados, joder.

—Que les dejes en paz tú a ellos, eso es lo que quieren —me suelta, y le dedico una mirada de mala leche—. Ah, y papá quiere que vayamos a su despacho —agrega mientras se pone de pie y se estira el traje. Me da envidia que le quede tan bien; el siguiente que me compre debería ser similar al suyo.

—Pues ahora no puedo, lo siento, estoy ocupado con una tarea de mierda que me ha mandado —replico.

—Venga, no seas llorica.

Mi hermano se acerca hacia mí y tira de la silla para que me mueva del sitio.

—¿Qué haces? Estás loco, tío, déjame tranquilo. No me apetece ir a ver a papá ahora, que te dé a ti el mensaje y tú me lo mandas por Telegram.

El se encoge de hombros y se rinde.

—Como quieras, pero nos quería llamar para darnos la tarde libre.

—¿Qué? —reacciono al instante, y él se ríe mientras me pongo de pie, dejando todo lo que estoy haciendo—. Es una broma, ¿verdad? Lo has dicho para joderme.

—Que no, que es de verdad: hay una reunión importante esta tarde y no hace falta que vayamos —me asegura, esta vez sin reírse.

Al oírlo, no dudo en dejar el ordenador en suspensión, sin pararme ni a apagarlo, y lo sigo hacia los ascensores.

La oficina a estas horas ya está tranquila porque la gente se ha ido a comer, pero nosotros tenemos que seguir por aquí, pringando a pesar de ser los hijos del jefe. Sin embargo, no me arrepiento de haberme mudado. Por lo menos en Nueva York estoy tranquilo, con un puesto que no me exige mucho y un sueldo aceptable.

En fin, hace unas semanas decidí que no iba a estudiar más, así que ¿qué más da tener que pasar aquí varias horas a cambio de vivir en la ciudad que nunca duerme?



KANNA

Me siento fatal cuando lo encuentro, porque no ha sido a propósito. Cuando aparto el portátil para recogerlo y veo el folio y el pasaporte que Ava guardaba debajo, se me cae el alma a los pies. No puedo evitar mirarlo, porque mis ojos ya lo han leído. Ya es demasiado tarde para borrarlo de mi memoria.

En la hoja pone en grande: «Tokio — Copenhague» y un montón de días y horarios diferentes, con los precios al lado en una moneda que no reconozco.

Sí, sus intenciones son claras: va a regresar a Dinamarca. Ya ha tomado su decisión.



ALICE

—Hola, Roy, ¿cómo estás? ¿Te pilla ocupado? —le pregunto en cuando Tom me responde a la llamada.

—Bien, estoy en el piso, recogiendo mis cosas —contesta, y suenan roces como de cajas arrastrándose por el suelo.

—¿Te refieres a que estás en la casa de tus padres o en... el piso? —Entono de forma diferente las dos últimas palabras.

—Sí, en el piso que compartía con Finn —me confirma—. Es una historia muy larga, pero he decidido dejarlo para siempre. No tiene sentido que lo siga pagando, no va a cambiar nada y, cuando me vuelva a ir de casa de mis padres, no quiero regresar aquí, hay demasiados recuerdos...

Oír eso me hace darme cuenta de que Roy está cambiando, y para bien. Ir a Edimburgo parece haberlo transformado en otra persona: diferente a la que había sido en los últimos meses y también a la que era antes de que todo esto ocurriera. Ha madurado, y lo más importante: ha conseguido sacar fuerzas y ser valiente cuando la situación exigía demasiado de él. Estoy muy orgullosa, pero no sé si decírselo.

—Gracias, Alice —contesta—. Sin ti no lo hubiera conseguido.

Me ruborizo. Le he cogido tanto cariño en cuestión de años que es casi como si fuera mi sobrino.

—¿Cuál es el plan, entonces? ¿Buscar piso por el centro de Londres?

—Ajá —dice él entre jadeos. Puede que esté cargando con una caja, porque lo ha puesto en manos libres—. Creo que buscaré algo cerca de Leicester Square, si el alquiler no se dispara demasiado... Tampoco quiero un piso grande, me basta con lo básico.

—¿Y qué va a pasar con Lily?

—No lo sé... Pero espero saberlo pronto. —Carraspea, incómodo, y se apresura a cambiar de tema—: Volveré próximamente con Ximena para ver a Nate; si quieres venir, estás invitada. —Ambos sabemos que no voy a ir; seguro que Nate no quiere un recordatorio de Patrick y Finn... Aun así, agradezco que me lo proponga—. Por cierto, Alice. He estado pensándolo mucho y no sé si me estoy equivocando o no, pero... creo que quiero seguir dedicándome a lo que hacía antes. De hecho, he estado dándole vueltas y creo que lo mejor sería tomarme un descanso este verano y volver en septiembre. No sé, ¿qué te parece?

No tengo que meditar la idea: me parece fantástica.

—Si es lo que quieres, me parece genial. De verdad, Roy. Y lo de esperar a septiembre creo que también es muy acertado; si la gente sabe que vas a volver, te esperará con muchas ganas después de las vacaciones.

—Eso espero... —murmura él.

—Pero ¿te refieres a YouTube o a más cosas? —Jugueteo con un boli entre las manos.

—No sé... A lo que vaya viniendo. No me importaría seguir participando en otros proyectos si quieren volver a contar conmigo.

—¿Te has enterado de lo de Jasmine? —le pregunto, recordando de pronto la noticia que llegó el otro día a la agencia gracias a una compañera que tenía contacto con varias productoras.

—¿El qué?

—La han contratado para protagonizar una película y se va a ir a Los Ángeles enseguida, si es que no se ha ido ya.

El bolígrafo se me cae de las manos, pero no me agacho a recogerlo.

—¡Vaya, qué bien! —Me alivia constatar que en su tono no hay ni un ápice de envidia, sino verdadero agrado—. ¿Qué tipo de película?

—Al parecer, una adaptación de una novela romántica juvenil. La han elegido en parte porque buscaban a una chica con una cicatriz en la cara; quizás eso le ayude a aceptarse un poco más...

No he llegado a conocer mucho a Jasmine, pero sé que lo ha estado pasando mal por las marcas que le habían quedado tras el accidente. Basta con ver cómo se las disimula con capas de maquillaje.

—¿Sabes, Roy? El otro día estuve en Westminster. Hacía muchos años que no entraba en la abadía.

—¿Ah, sí? —comenta, curioso—. Yo también... Creo que la última vez fue

en el colegio.

—Es absurdo, pero Laurence Olivier es uno de mis actores favoritos y no recordaba que estaba enterrado ahí. —Sé que en cualquier momento va a empezar a escucharme a medias, distraído por lo que está haciendo, y me apresuro a continuar—: ¿Sabías que tenía miedo escénico? Estaba convencido de que en muchos de sus papeles no daba la talla y pasó varios años aterrado por una mala experiencia con el público en un escenario. —Sé que ahora me está escuchando atentamente—. Lo que quiero decir, Roy, es que da igual si no siempre das lo mejor de ti. Da igual si fallas en alguna prueba, si no tienes claro lo que debes hacer... Al final, lo más importante es que te sientas bien contigo mismo y que nunca te avergüences de ser quien eres.

—Alice... Gracias. —Su voz suena queda, algo ronca, y sé que me ha comprendido—. Oye..., ¿cómo estás?

—Oh, bien —respondo con tono distendido. Sé perfectamente a qué se refiere y no quiero darle importancia—. Intentando rehacer un poco mi día a día... Ya sabes, todo el mundo me hace preguntas.

—No vas a volver a verlo, ¿verdad?

Pensar en Patrick hace que se me revuelva el estómago, pero me sobrepongo.

—No, nunca más. No quiero saber nada más de él.

Decirlo en voz alta me ayuda, y de pronto me siento un poco más fuerte, un poco mejor que ayer. Todavía no puedo afirmar haber superado por completo lo que pasó, sobre todo la sensación de no poder fiarme de los demás con la misma facilidad que antes, pero sé que, con el tiempo, llegará un día en el que conseguiré no pensar en esto. Y si ahora me siento mejor que ayer, puede que mañana me sienta mejor que hoy.

Pensar en eso me reconforta e intento contagiarle el sentimiento a Tom:

—Pase lo que pase con Lily, Roy, tienes que seguir adelante. Y siempre que me necesites, puedes contar conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

Capto la sonrisa en su voz cuando responde:

—Lo sé, Alice. Gracias por todo.



TOM

Cuando cuelgo la llamada con Alice, me topo con una notificación de que alguien ha estado intentando hablar conmigo mientras tanto. Lily. El corazón se me acelera y respiro hondo. Sé que el motivo de su llamada es importante: Lily no es de ese tipo de personas que dicen las cosas esenciales en un mensaje si puede hacerlo hablando.

Pulso sobre su nombre y me siento. Sin embargo, en cuanto empiezan a sonar los primeros pitidos, me pongo de pie y doy una vuelta por mi habitación, donde tantos buenos momentos he vivido. No puedo quedarme quieto cuando estoy esperando una noticia, ya sea buena o mala.

—Hola, Lilo —me apresuro a decir en cuanto responde—. ¿Cómo te ha ido el último examen?

—¡Hola, Tom! Genial, la verdad —exclama, esperanzada—. Creía que sería más complicado, aunque a Connor no le ha salido tan bien. Habrá que esperar para ver su nota; estoy más nerviosa yo que él...

—Seguro que sí —intento animarla, y al instante me siento como un idiota porque no tengo ni la más remota idea de si hay posibilidades o no—. Bueno... ¿Has pensado...? —Trago saliva y enmudezco, sintiéndome todavía más idiota que antes.

El silencio se adueña de la conversación durante unos segundos.

—Sí —dice Lily finalmente, y su cautela hace que el corazón me dé otro vuelco.

Recorro de nuevo la habitación, indeciso. Sé que sólo vino a Londres para buscar un lugar en el que quedarse hasta que terminara la carrera. Suficiente tuvo con aguantar a Oliver, pero encima se vio arrastrada en el escándalo en redes sociales, con todo eso de #Tomily. Luego me apoyó con la pérdida de

Finn, vivió aquellos momentos horribles con Nate, aguantó mi incertidumbre con Jasmine... Sé que le he exigido demasiado. Nadie debería estar obligado a dar tanto, lo sé. Entendería perfectamente que quisiera volver.

Y aun así..., no puedo evitar pensar que perdería algo irremplazable si se fuera.

En muy poco tiempo, Lily se ha convertido en una de las personas en las que más confío y no puedo imaginarme despidiéndome de ella.

—Lo he estado pensando mucho, Tom. —Su tono suena más serio—. Quiero que sepas que conocerte ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en esta ciudad. Vine aquí arrastrada por alguien que no era bueno para mí, que se dedicó a fastidiarme siempre que pudo y a engañarme a mis espaldas. Durante mucho tiempo, no fui capaz de darme cuenta de ello. Contigo lo he pasado genial, he descubierto una parte de Londres que no conocía, he pasado momentos muy divertidos y, ¡eh!, hasta me he hecho medio famosa —bromea, intentando aliviar la atmósfera de tensión que se ha creado—. Pero echo de menos a mi familia. Sé que mis padres y mis abuelos están deseando verme, siempre me están preguntando por mi vida aquí y no puedo darles el disgusto de no volver.

»Por eso no quiero que te sientas mal porque haya decidido volver a España.

Cuando escucho esas últimas palabras, cierro los ojos y me imagino rebobinando, volviendo a donde estaba hace cinco minutos, cuando aún creía que la respuesta podía ser otra. Pero sólo sirve para que sea más consciente de la noticia.

Y me la imagino a ella: sus hoyuelos ahora poco marcados por la falta de una sonrisa; una expresión compungida, de compasión, porque Lily odia hacer sentir mal a los demás; los mechones anaranjados enmarcándole el rostro mientras se pega al móvil para escuchar mi reacción, ansiosa; la piedra de su collar entre sus dedos, retorcida nerviosamente...

—No te preocupes —le digo. Estoy a punto de llorar, pero lo comprendo y jamás le pediría que se quedara—. Lo entiendo perfectamente. No quiero que te sientas mal por irte ni que sea yo quien te lo impida.



LILY

—Lo siento mucho.

—No tienes por qué disculparte, Lilo.

—Pero estás llorando y quiero pedirte perdón —insisto.

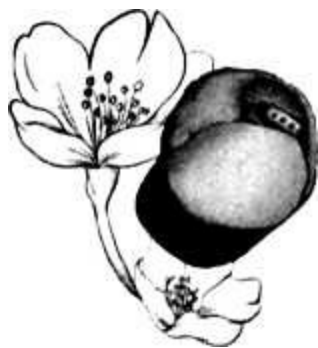
Tom se ríe entre lágrimas.

—¿Por qué ibas a pedírmelo? —repite de nuevo.

—Porque... te he dicho sólo una parte de lo que quería contarte.

Sí, quiero volver a España porque necesito estar con los míos, pasar el verano juntos, ponerme al día...

»Pero después de eso me gustaría volver a Londres. Y... no sé tú, pero yo necesitaré un compañero de piso.



CONNOR

—Y entonces le dije que volvería después del verano para estar con él; si quería, claro —termina de contarme mientras no puedo parar de reír.

—No me lo puedo creer —contesto con una carcajada—. Vamos, que le devolviste pero bien todas las bromas que te había hecho.

—Aja —responde ella, con una risita traviesa—. Después dijo varias veces que esta me la iba a devolver, que ya vería cuando un día me despertara en mitad de la noche con una careta de payaso mirándome a la cara o algo así.

—La verdad es que te lo tienes merecido —replico sin parar de reír—. Sí, la noticia al final era buena, pero el sufrimiento...

—¡Sólo duró un minuto! —se justifica ella, que ahora me saca la lengua.

Sacudo la cabeza a ambos lados, intentando imaginar el instante en el que Tom probó un poco de su propia medicina.

—Pero, bueno, estoy muy contenta —resume Lily—. La verdad es que tengo muchísimas ganas de ir a Madrid, ver a mi familia y mis amigos... Hasta de tomar un poco el sol, que a mí no me va mucho. —Se señala su propia cara para enfatizar lo blanca que está y vuelve a reírse.

—Y luego volverás.

Ella asiente.

—Sí, me gustaría estudiar aquí un máster, aunque buscaré algún trabajo entretanto para pagar el piso.

—Compartido —matizo, y le guiño un ojo.

—Eso es —confirma ella, y me da un golpe en el hombro.

—Entonces lo tendré más fácil para venir a verte, porque no hay vuelos directos a Madrid desde California, creo. Aunque puedes visitarme cuando quieras, eso ya lo sabes.

—¡Sí! —exclama Lily—: Hay uno desde Los Angeles, si no me equivoco. ¡Ojalá podamos volver a vernos pronto! Sería genial quedar en algún sitio a mitad de camino entre Madrid y California, pero que no esté en mitad del Atlántico, claro...

No tengo que pensar mucho para encontrar una respuesta:

—¿Nueva York?

—Mmm... —medita ella, y entonces recuerdo quién se encuentra allí.

—Bueno, no te preocupes —continúo—. Siempre he querido ir a París, así que si quieres que nos escapemos este verano...

—Voy a llorar mucho cuando tengamos que despedirnos, de modo que sí, apruebo la idea de París —dice ella—. ¿Te gustaría que invitáramos a Ava?

No tengo que meditar mucho la respuesta. Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, quizá debería dolerme verla, pero no es así. A pesar de nuestra breve relación, para mí sigue siendo una persona muy importante.

—Claro —respondo, y para que vea que no me afecta le pongo mi gorra, despeinándole la melena totalmente. Ella se ríe y me da otro golpe en el hombro.

Lo que más me duele es pensar en cuando nos tengamos que despedir los dos, mucho más que recordarla a ella. En parte, Agatha me ha ayudado en ese aspecto. Hace unos meses, cada vez que veía a una chica alta y rubia me ponía nervioso..., incluso me ocurrió con ella. Ahora no sólo no me altero, sino que veo con claridad todo lo que hice mal con Ava y eso me ha ayudado a no recordarla con pena ni con rencor.

No puedes apostar todo a una persona que no está segura de si quiere apostar algo por ti.

—¿Quién se va primero? ¿Tú o yo? —pregunto, algo melancólico.

—Yo, despistado —bromea Lily—. Tú te vas tres días más tarde. ¿Qué va a pasar con Agatha, por cierto?

—Supongo que nos despediremos y ya está. Ha sido agradable conocernos, pero ambos tenemos claro que no buscamos nada más.

Ella asiente y se recoge el pelo en una coleta. Cuando alza la barbilla y me mira, veo que tiene los ojos brillantes, como si fuera a echarse a llorar, y le doy un abrazo que dura varios minutos, hasta que termina conmigo nuevamente poniéndole la gorra y Lily fingiendo un enfado mal disimulado con las risas que se le escapan.

De todas las cosas que he ganado durante mi estancia en Londres, me quedo sobre todo con ella. A veces te fijas tanto en las personas que te

fascinan o te atraen que no valoras lo suficiente a las amistades que te apoyan en los buenos y los malos momentos. Durante estos últimos meses, he descubierto en ella a una amiga de verdad y eso no lo olvidaré jamás.



JORDAN

En la penumbra de mi habitación, le escribo un mensaje a Tom con buenas noticias y espero, nervioso, a que se conecte y lo lea. Desde que lo vi aquí en Edimburgo, cuando fue a visitar a Nate, he estado pensando y creo que ha llegado el momento de solucionar un asunto que llevo arrastrando demasiados años.



XIMENA

La puerta de casa se abre y se cierra con un golpe tan fuerte que mi brazo se mueve de forma involuntaria y me estropea una parte del dibujo. Desde que han empezado las vacaciones de verano, lo único que he hecho ha sido pasar horas y horas delante de este boceto.

—¡Te voy a matar! —le grito a mi hermano, porque sé que a estas horas sólo puede ser él.

Oigo las ruedas de una maleta arrastrarse por el salón hacia mi cuarto. Tom abre la puerta sin llamar y se queda plantado ahí mismo. Me giro para mirarlo a la cara y echarle la bronca por lo que acaba de hacer, pero su expresión me descoloca. Está sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Tom viene corriendo hacia mí y me abraza.

—Ay, pero ¿qué mosca te ha picado?

—¡La mosca llamada «haz-la-maleta-que-nos-vamos-a-Edimburgo-a-ver-a-Nate»!

Ahogo un grito y me pongo de pie con tanta fuerza que la silla se cae hacia atrás.

—¿¡En serio!?! —chillo, mirándole a la cara para asegurarme de que no me está mintiendo—. Como sea una de tus bromas...

—No, te lo juro, Ximena.

Entonces pienso en mis padres y me vengo abajo. Seguro que no me van a dar permiso. La última vez no me dejaron.

—Pero no voy a poder, Tom, mamá y papá no me van a dejar.

—¡Que sí, tonta! Ya he hablado con ellos. He recibido un mensaje de Jordán. Vamos a ir a verlo y él va a reconciliarse con su padre.

Voy como un rayo hacia mi armario y saco mi maleta de cabina.

—¿A qué hora es el vuelo? —exclamo mientras la coloco sobre la cama y comienzo a meter a toda prisa, sin el menor orden, lo que tengo que llevarme.

—En tres horas.

—¿Cómo? No nos va a dar tiempo —le acuso, deteniéndome.

Él se encoge de hombros.

—Perdona, es que había tráfico y quería darte la noticia en persona. Nada, coge cuatro cosas, que sólo vamos un par de días ahora que estás de vacaciones. Jordán nos espera allí, nos vendrá a buscar al aeropuerto.

—¿Y cómo está Jordán? —le pregunto al tiempo que retomo la búsqueda de prendas. Titubeo y cojo también mi libro favorito para llevárselo a Nate: El jardín secreto.

Vale, es un poco infantil, pero ya va siendo hora de que Nate lo lea. Y trata sobre un niño enfermo —aunque bastante más malcriado que él— que mejora gracias a la compañía de una nueva amiga suya. Adecuado, ¿no?

—Bueno, un poco asustado por el panorama... Hemos estado intercambiándonos mensajes, pero diría que está nervioso. Aun así, seguro que va bien.

—Sí —corroboro al tiempo que meto un par de zapatillas Vans en la maleta y la carpeta con mis dibujos más recientes para enseñárselos a Nate.

El señor Jason siempre ha sido una persona amable y no me lo imagino negándole una disculpa a su hijo.

—Estoy nerviosa..., lo he echado de menos —reconozco, cerrándola en cuanto termino de meterlo todo.

—Lo sé. Él a ti también. —Tom sonrío abiertamente.

Su cambio de humor me gusta y me alegro de verlo así. Ya casi se me había olvidado lo que era tenerlo por casa con sus bromas y su buen humor. Pero ¿no es un poco repentino?

Lo miro con suspicacia, de golpe consciente de que tiene que haber pasado algo más aparte del viaje improvisado a Edimburgo.

—¿Has hablado con Lily?

Por su cara, me doy cuenta al instante de que he dado en el blanco.

—Sí. —Se pone más rojo de lo que creo haberlo visto nunca.

—¿Y qué ha pasado? —le pregunto, y me acerco a él—. ¡Vamos, suéltalo!

—No te lo voy a contar, cotilla.

—¡Juro que no les diré nada a papá ni a mamá! —Me llevo la mano al corazón con aire solemne.

Él me observa, receloso, y tras unos segundos me saca la lengua. —Está

bieeeen. —Suelta un suspiro exagerado—. Vamos a vivir juntos después del verano. Ahora vuelve a Madrid y luego regresará aquí para estudiar o trabajar. Así que... —se lleva la mano a la nuca, avergonzado, y me río—, eso.

Lo miro con picardía. Él pone los ojos en blanco, me revuelve el pelo y agarra ambas maletas, decidido a no mirarme más a la cara. Aun así, al pasar a mi lado advierto de refilón que sus mejillas están ruborizadas y su media sonrisa atontada, y el resto del camino se dedica a maldecir por las carcajadas incontrolables que se me escapan.



KANNA

Noto que Ava me está acompañando al trabajo por última vez en cuanto salimos del hotel. Su actitud es diferente y sé que en parte se debe a que esta noche apenas hemos podido dormir ninguna de las dos. Ella se ha pasado gran parte del tiempo llorando y yo la he abrazado, sin saber qué más hacer. Por eso, cuando en el exterior le doy la mano, lo último que me importa son las miradas que voy a recibir por la calle. Lo único en lo que puedo pensar es en que esta escena no se va a repetir y me arrepentiré si no la aprovecho al máximo.

Recuerdo el día que la conocí, perdida en una estación de metro y sin saber cómo llegar a su hotel. Lo que en un principio me pareció una turista desorientada luego se reveló como alguien que necesitaba distancia para arreglar sus problemas... y eso es justo a lo que va ahora. Estoy tan orgullosa de ella que sólo de pensarlo me dan ganas de llorar.

Caminamos muy juntas y, por su silencio, sé que ella también piensa en que esa será la última vez que lo hagamos. El recorrido se me hace más corto que nunca, como si con cada paso de hoy recorriéramos diez metros de ayer, y cuando llegamos al estudio sé que no habrá mejor ocasión para despedirnos.

Ava ya se ha dado cuenta de que, poco a poco, estos últimos días he ido recogiendo todas mis cosas de su habitación. No quería que eso le presionara a retrasar su salida, por eso lo he ido haciendo progresivamente. Y estoy segura de que sospecha que es porque vi la hoja con todas las opciones de vuelos de vuelta a Copenhague junto con su pasaporte.

Las dos frenamos en seco en la entrada del estudio y Ava me mira con una expresión que no puedo descifrar. Sé que esto está resultando demasiado

complicado para ella, así que decido hablar yo:

—Ven, hay algo que quiero enseñarte antes de que te vayas.

Todavía de su mano, abro la puerta, escucho el tintineo que tantas veces he oído y saludo a mis compañeros. Luego la llevo directamente a la planta baja. Les pedí ayer que nos dejaran solas, así que no tengo que preocuparme por cerrar la puerta detrás de ella cuando las dos llegamos a la zona donde tatuamos a nuestros clientes.

—Ava... —empiezo, y ella hace una mueca de dolor—. Creo que es el momento de que nos despedamos. Va a ser mejor así. No quiero que suframos más. Te he traído hasta aquí porque me gustaría que, antes de que te marcharas, me dejaras hacerte un regalo.

Ella abre mucho los ojos, con una mezcla de pánico y curiosidad, y me alejo unos metros para rebuscar algo en un cajón. Saco unos diseños que tengo preparados desde hace poco más de una semana y se los acerco. Ella lo entiende enseguida.

—Si no te gustan, podemos mirar otros —le propongo, pero ella niega con la cabeza.

—Son preciosos, pero... no sé si me voy a atrever —se sincera. Le tiemblan las manos.

—No quiero obligarte a nada, ya lo sabes; piensa sólo en si te apetece.

Ava se queda un rato mirando los diseños. Son cuatro hojas diferentes, cada una con una opción distinta. Veo que las mueve entre los dedos y, al poco tiempo, descarta una. Abro mucho los ojos, dándome cuenta de lo que está haciendo. Tarda algo más en dejar el segundo diseño sobre la mesa y se queda dudando entre dos. Mira uno y después el otro, hasta que al final extiende el brazo hacia mí, sin decirme nada. En completo silencio, lo cojo y no me sorprende cuál es el que ha elegido. Es una patita de conejo con un corazón dibujado en la parte inferior. Le sonrío y me doy cuenta de que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás preparada?

Ella asiente, dejando que caigan por sus mejillas.

—Siéntate —le indico, y señalo la mesa que hay al fondo de la sala. Es el lugar en el que he tatuado a todos mis clientes desde que abrí este negocio. Ava se dirige a la camilla y se sienta, visiblemente nerviosa. Me acerco a ella, me pongo justo enfrente y le doy un beso en los labios, sujetándole la cara por las mejillas y sintiendo sus lágrimas en mis manos.

—Todo va a ir bien. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí —musita con la voz algo ronca.

Voy a preguntarle dónde lo quiere, pero ella se adelanta y me muestra su muñeca.

—Que no sea muy grande, pero tampoco muy pequeño. No sé si me explico.

Sonrío al recordar todas las veces que he escuchado esa frase entre estas cuatro paredes.

—¿Algo más o menos así? —le pregunto, haciendo un círculo con las manos sobre su piel.

—Sí, eso es —me confirma ella, y empiezo a prepararlo todo.

Percibo que su respiración es desacompañada y, de vez en cuando, me acerco para darle la mano.

—¿Quieres que te ponga una crema con anestesia?

Si ya me he sorprendido con su disposición para tatuarse, algo que no tenía muy claro desde que se me ocurrió la idea, todavía me sorprende más cuando la rechaza con una negación vehemente.

—Quiero sentirlo. —Cuando se inclina hacia delante para secarse las lágrimas, el pelo le enmarca la cara como una cortina pálida.

Le doy un abrazo antes de empezar y espero a que se calme.

—Ahora intenta no moverte, ¿vale? No voy a tardar más de diez minutos, ya verás. —Me aseguro de que todo está preparado, coloco el diseño sobre su piel, justo donde ella me indica, y le aviso de que voy a empezar. En cuanto la aguja toca su piel, Ava se mueve un poco—. Todo va a ir bien; intenta respirar hondo, ¿vale?

Ava asiente y lo vuelvo a intentar, y esta vez aguanta sin moverse durante todo el procedimiento. Ha dejado de llorar y se limita a observarme mientras perfilo la silueta de una patita idéntica a la de la raza de Panda. De todos los tatuajes que he hecho, este es en el que más corazón pongo. Con cada línea siento que vuelco una parte de mí en ella porque Ava me ha permitido hacerlo, y me libero. No me doy cuenta de que soy yo la que está llorando ahora y tengo que parar para que no se me emborrone la vista. Sé que probablemente nunca nos volvamos a ver y que no olvidaré lo que ha sido estar con ella.

Pero sobre todo sé que, de vez en cuando, ella se mirará la muñeca y recordará todo lo que vivimos durante esta primavera en Tokio.



TOM

Ximena sale disparada hacia Nate en cuanto lo ve. Todavía no está recuperado del todo y aún le queda un largo camino por delante, pero por un instante, cuando sus miradas se cruzan, es como si nada hubiera pasado y sólo fueran dos grandes amigos viéndose al cabo de mucho tiempo separados. Los dejo solos y me quedo con Jordán y el señor Jason en el salón de la casa, intentando con poco éxito que no se genere una atmósfera de tensión. Es la primera vez que Jordán está aquí y me ha pedido que no me vaya, pero conforme pasan los minutos y escucho a Ximena y Nate charlar animadamente desde su cuarto, sé que lo mejor es que los deje tranquilos. Tienen muchos temas que solucionar y yo no pinto nada en esto.

Me levanto del sofá, disculpándome, y me invento que tengo que hacer una llamada importante. Jordán me mira suplicante, pero lo ignoro y abandono el salón.

Cierro los ojos cuando salgo a la calle y me estremezco por un viento frío que se cuele entre mi ropa. Me imagino a Finn a mi lado, arrugando la nariz con aire quejumbroso y con la mirada fija en la pantalla arañada de su antigua Game Boy.

—Sé que tú también lo hubieras hecho —murmuro en la quietud de las calles de Edimburgo.

Creo que por primera vez en todos estos meses siento paz al pensar en mi amigo.



JORDAN

El silencio se convierte en mi peor enemigo. No me atrevo a levantar la cabeza para saber si mi padre me está mirando o no. De hecho, ni siquiera me atrevo a moverme ni un milímetro. Lanzo varios improperios en mi mente dirigidos a Tom, a pesar de que no pueda oírme, por haberme dejado solo con él.

—¿Cuándo dejará Nate la medicación? —pregunto, por decir algo.

—Todavía le quedan varios meses, aunque ya está mucho mejor — responde mi padre con voz pausada.

Aprovecho que se distrae con algo para mirarle a la cara. El tiempo y el sufrimiento han hecho que su cara haya envejecido; tiene la frente surcada por arrugas, las cejas salpicadas de canas y en sus rasgos parece haberse asentado una especie de cansancio permanente que me hace un nudo en la garganta.

—Gracias por dejarme subir.

Él parece sorprenderse por mis palabras. Entonces, con sólo ver su expresión, me echo a llorar sin poder contenerme. Y, de pronto, siento que aflora todo lo que llevaba años conteniendo. Mi padre se acerca y se sienta a mi lado en el sofá.

Hablamos durante lo que parecen horas. Le pido perdón por todo lo que he hecho, tanto a él como a Nate, por todo el odio que había acumulado y por haberme dejado llevar por el rencor para arruinar la vida de Nate. Le reconozco que me llegué a alegrar por la muerte de Finn y que le culpé durante mucho tiempo por algo que no había hecho. Él me abraza y se disculpa también. Me dice algo que hasta ahora no sabía que necesitaba escuchar: que lo último que quería era hacerme daño. Le confieso que fui yo el culpable de todo, que luego intenté enmendarlo trayendo a Nate de vuelta a su casa.

Lloramos durante un buen rato y a veces nos reímos para liberar la tensión. Siento que me duele tanto el pecho que en cualquier momento voy a dejar de respirar, pero aguanto el dolor y suelto todo lo que durante tanto tiempo me he guardado para mí. Poco a poco, me voy sintiendo como si dejara atrás una fracción amarga de mí mismo; la clase de fracción que te corroe por dentro, que crece cuanto más sufres y cuya existencia nunca te reconforta lo más mínimo.

—Sé que es egoísta por mi parte, sobre todo después de lo que ha pasado —le digo después—. Pero me gustaría poder decir que tengo un padre.

Él me pasa la mano por los hombros y responde algo que sé que jamás olvidaré:

—Siempre voy a ser tu padre, Will, como siempre lo seré de Finn, aunque ya no esté aquí, y de Nate, aunque no me corresponda biológicamente. —Sonríe un poco—. Siempre voy a estar ahí para ti.



NATE

Las últimas veinticuatro horas han pasado tan deprisa que ni siquiera me he dado cuenta de que avanzaba el reloj. Cuando me despierto de la siesta, salgo al salón para ver de dónde provienen las voces que oigo y me lo encuentro lleno de gente a la que admiro.

A la izquierda está Tom, que me recibe con una sonrisa, probablemente porque tendré una cara de sueño terrible. Sé que ha sufrido lo indecible, Finn y él eran fundamentales el uno para el otro, y me alivia pensar que le quedan cosas capaces de dibujarle todavía una sonrisa.

A su lado, Ximena. Su principal apoyo y también el mío. Desde que Finn se marchó, se ha convertido en alguien a quien podía confiarle todos mis secretos a sabiendas de que no me iba a juzgar y que siempre podría contar con ella. Por eso no me sorprende ver a Alex junto a ella. Sé que, después de todo lo que le he dicho sobre él, se habrá encargado de llamarlo.

Conocí a Alex de casualidad y se está convirtiendo en una parte vital para mi recuperación, que va más allá de lo que expresamos juntos en el lienzo. Todavía me da miedo volver a sentir algo y me siento culpable por hacerlo. ¿Cómo podría no ser así? Él aún pervive en mí... y no quiero que no sea así. Cuando mis ojos se cruzan con los suyos, no puedo reprimir una sonrisa.

En el otro sofá están Jordán y Noel. Verlos juntos es como sentir que es Navidad.

Ximena me dice que tienen algo preparado para mí y que tenemos que salir. Cojo una chaqueta y, curioso, los sigo mientras ninguno quiere revelarme adonde vamos. Simplemente caminamos hasta la parada de bus de la línea más concurrida de la ciudad.

A medida que nos acercamos, me doy cuenta de adonde estamos yendo: al castillo, con sus vistas increíbles sobre Castle Hill. Es una perspectiva que siempre he adorado, aunque no vengo tanto como me gustaría por los turistas. Ahora mismo, sin embargo, no hay muchos porque está atardeciendo. Entre

hebras de nubes, los rayos solares se despliegan en una oleada rojiza, como si el cielo estuviera ardiendo. Rodeamos el castillo y vamos a una zona más tranquila, donde nos sentamos en la hierba algo húmeda.

Cuando nos acomodamos, todos se quedan en silencio, con la vista fija en Ximena, y yo hago lo mismo.

—Nate... —Me sonrío con cariño—. Queríamos prepararte algo especial y hemos venido aquí para despedirnos juntos de Finn.

Trago saliva, de pronto con la garganta seca.

—Hemos traído un globo en el que cada uno va a meter una nota dirigida a él. Luego lo hincharemos y dejaremos que se vaya... para siempre.

Noto que los ojos se me llenan de lágrimas y asiento. Tom reparte unos papeles y bolígrafos y cada uno se pone a escribir algo, lo enrolla y lo va metiendo ordenadamente en el interior del globo, todavía sin inflar.

En vez de concentrarme en lo que voy a poner, miro a mi alrededor y siento que estoy rodeado de mi familia. En silencio, noto que se me desliza una lágrima por la mejilla cuando los contemplo uno a uno.

No tengo que pensar mucho para saber qué ponerle a Finn; es algo que he querido decirle durante mucho tiempo. Apoyo el papel en mi rodilla, destapo el bolígrafo y empiezo a escribir bajo un cielo envuelto en llamas.



ALEX

Para Finn:

Nunca llegué a conocerte, pero espero que seas feliz allá donde estés. Fuiste muy afortunado por vivir rodeado de gente que te quería tanto y estoy convencido de que nunca te olvidarán.

Prometo cuidar de Nate todo lo que pueda, hasta donde él me deje.



JORDAN

Nunca pensé que le escribiría una carta a mi hermano, y menos en un espacio tan pequeño.

Lo siento mucho. Ojalá las cosas hubieran sido de otra manera. Nunca me perdonaré lo que hice y todo lo que te odié, nunca podré olvidarlo. Sólo espero que tú sí puedas hacerlo.

Descansa en paz.



XIMENA

No todo el mundo tiene la suerte de haber sido tan importante en la vida de alguien como lo has sido tú —y lo sigues siendo— para tu padre, Nate y Tom. Finn, siempre te recordaremos.



TOM

*Finn, jamás te olvidaré. Londres no es lo mismo sin ti. Te quiero mucho.
Vuela alto, compañero.*

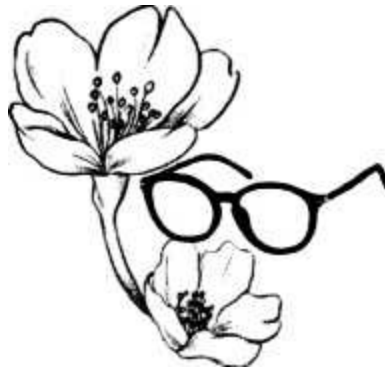


NOEI

Hijo, no te preocupes por mí: yo estoy feliz sabiendo que por fin te has vuelto a reunir con tu madre. Dale un beso de mi parte. Os quiero mucho a los dos y estoy muy orgulloso de vosotros. Pienso en vosotros todos los días.

Nos vemos en otra vida.

Papá



NATE

Desde que te conocí, nunca imaginé una vida sin ti, pero por lo menos sé que ahora cuento con una nueva familia para salir adelante cuando los días sin ti se hagan demasiado largos. Siempre te querré, Finn, no lo olvides. Siempre.



VARIOS DÍAS MÁS TARDE



AVA

Cuando el avión aterriza en Copenhague, siento que no soy la misma que salí de aquí a principios del curso en dirección a Londres. Rebusco en mi mochila, en el compartimento secreto, para hacer algo que llevo deseando desde que decidí regresar. Y, cuando no localizo mi diario, me pongo nerviosa. Siempre lo he guardado ahí, pero ahora... no está.

Repaso dónde he podido dejarlo o dónde he escrito en él por última vez. No tardo mucho en recordarlo: en el hotel de Nara, en el baño, cuando lo guardé en el cajón... y se me olvidó sacarlo cuando volvimos a Tokio.

Me muerdo el labio, por un segundo aterrorizada por la posibilidad de que alguien lo haya encontrado

Pero entonces me relajo. En primer lugar, porque está escrito en danés. Y en segundo, porque puede que hasta me haya hecho un favor a mí misma. Ese diario guarda muchos secretos que, en el fondo, prefiero olvidar. Me apena no volver a poder revisarlo nunca,

aunque quizá sea mejor así. Habrá cosas que olvidaré, pero las que más me importan, como Lily, Connor y Kanna, se quedarán conmigo para siempre.

Miro por la ventana mientras el avión se detiene y pienso en el pasado.

Hay algo que tengo claro: después de todo lo que he vivido, después del sufrimiento, estoy retrocediendo para avanzar. Estoy volviendo a casa, tras muchas huidas, porque voy a salvarme.

Pero no lo hará ninguna amistad, ningún familiar, ninguna relación.

Me salvaré yo a mí misma.

FIN DEL TERCER LIBRO



AGRADECIMIENTOS

Poner punto final a esta historia ha sido mucho más duro de lo que pensé en cuanto me enfrenté a la página en blanco. Por eso quiero dar las gracias y dedicar un trocito de este libro a todas las personas que me han acompañado durante este viaje por Londres, Las Vegas y Tokio.

A Julia, que ha sido mi copiloto en esta historia. Sin ti no habría sido lo mismo. Siempre te has volcado en las tramas y los personajes y me has dicho la verdad incluso cuando esta era difícil de asumir. Gracias por quedarte a mi lado, por escuchar mis audios (que son tan largos que parecen audiolibros) y por tu amistad. Te quiero.

A mis padres, que, como siempre, han tenido que aguantarme durante la escritura de esta novela y me han apoyado desde el principio. Gracias por guiarme cuando a veces no veo el camino y también por recorrerlo conmigo. También a mis abuelas, que son lo mejor que tengo. Os quiero mucho a todos.

A Koke, gracias por creer en mí desde el principio y por ayudarme a poder compaginarlo todo (dicho de una manera menos seria: gracias por copiar apuntes en clase mientras yo escribía, je, je).

A May y Josu, que se han convertido en una parte muy importante de mi vida. Os quiero mucho y jamás voy a olvidar todo lo que hemos pasado juntos y lo que nos queda por vivir.

A David, porque a veces la vida te enseña que hay personas a las que no hace falta conocer de toda la vida para conectar con ellas.

A mis chicas favoritas: Gisela y Nerea, por todo vuestro entusiasmo y apoyo con mis proyectos.

Al resto de mi familia y amigos, por acompañarme a dar la vuelta al mundo con mis personajes, en especial a Ester, Paco, Clau, Gema, Bea, Iria, Selene, Laia, Victoria, David Lozano, Gonzalo, Javier Ruescas, Chris Pueyo,

Carol, Lulú y M^aTere.

Al equipo de Nocturna, gracias por adoptar a Lily, Ava, Tom y los demás como si fueran vuestros propios hijos, por mimarlos tanto y por hacerme sentir como en casa.

A Lola Rodríguez por tus maravillosas portadas y a Elena Pan- corbo por dar vida a mis personajes. Me siento muy afortunada porque forméis parte de este equipo.

A J. K. Rowling, Cornelia Funke, Colleen Hoover y R. J. Palacio, gracias por dejarme crecer junto a vuestras historias y personajes.

A todas las personas que, día a día, me apoyan a través de las redes sociales. Mención especial a la gente que en mayo me recibió en Argentina con los brazos abiertos. Ha sido una experiencia que nunca olvidaré. Ojalá pueda visitaros de nuevo y viajar a otros países en el futuro.

Y lo más importante: a ti, que estás leyendo estas líneas. Gracias por creer en mí y por apoyarme. Porque lo más bonito de viajar es compartir el camino, y vivir esto con todos vosotros es mil veces mejor. Ojalá la carretera nunca termine.



Esta edición de Primavera en Tokio se terminó de imprimir en Salamanca el 4 de octubre de 2018, aniversario de la primera publicación de El hijo de Neptuno, de Rick Riordan, en 2011.